

# **DIÁLOGOS CON SOFÍA**

De Olga López

## *Agradecimientos*

A Paco, mi compañero de viaje, que fue el primer lector de esta novela.

A Irene y Natalia, mis hijas, por sus palabras de ánimo.

A mis amigos Eduardo, Mari Carmen, Carmelo, Andrés, Antonio, Santi y Xavier, por sus correcciones, consejos y apoyo.

¿Cómo empezar? ¿Cómo expresar en palabras la amistad que le unió con Sofía?

Miguel sabía ahora que aquello que marca nuestras vidas, los amigos que nos encontramos por el camino, la sonrisa que alguien nos regala un día que nos sentimos especialmente afligidos, la mano que nos ayuda cuando todo parecía perdido...nada de eso es fruto de la casualidad.

Cuando conoció a Sofía, Miguel no estaba pasando por problemas irresolubles. Sus necesidades materiales estaban cubiertas. Tenía unos padres comprensivos, amigos de verdad, una novia que le quería y a la que quería...pero, a pesar de todo eso, tenía muchas preguntas en la cabeza para las que no encontraba una respuesta satisfactoria. Y eso le hacía sentirse extrañamente incómodo.

A veces se sentía incluso un poco ridículo. La mayoría de la gente no se planteaba por qué y para qué vivían. Simplemente vivían, aunque Miguel no tenía muy claro si esas personas vivían la vida o si la vida les vivía a ellos. En verdad, era posible vivir dejándose llevar por la corriente, hacer lo que hace todo el mundo: estudiar, trabajar, ganar dinero, comprarse un coche o una casa, casarse, tener hijos, irse de vacaciones, salir de marcha con los amigos...

Pero Miguel no quería ser como todo el mundo. Alguna vez había intentado unirse a la masa, pero el hastío y el vacío acababan por adueñarse de él y entonces volvía a su actitud de siempre. Finalmente acabó por asumir que era un poco bicho raro, aunque intentaba pasar lo más desapercibido posible en su vida diaria. Y, en verdad, no era de los que llaman la atención. Prefería observar y pensar antes que lanzarse a hablar, siguiendo el proverbio que dice: “tienes dos ojos, dos orejas y una boca, para que veas y escuches el doble de lo que hablas”.



¿Cómo empezar? Ésa era la pregunta que se hacía Miguel sentado frente al ordenador, ante la pantalla en blanco. Sentía que tenía que dejar por escrito su experiencia, sus conversaciones con Sofía, pero le abrumaba la sensación de querer explicarlo todo en poco tiempo.

“Tienes que ser paciente”, se dijo a sí mismo. “Recuerda lo que decía Sofía: la impaciencia es un veneno para el espíritu”.

Poco a poco, las frases iban surgiendo en la pantalla blanca; al principio lentas y vacilantes, pero rápidas y decididas a medida que pasaba el tiempo.



Era una tarde de primeros de julio. El bochorno de las primeras horas de la tarde había remitido un poco y empezaba a soplar una brisa fresca y húmeda procedente del mar, así que Miguel aprovechó la ocasión para sacar a su perro a pasear y así estirar un poco las piernas.

Hacía pocos días que había terminado los exámenes de la universidad. Con suerte no tendría que estudiar durante el verano, y ésa era una perspectiva que le hacía especialmente feliz. Odiaba estudiar con el calor.

Normalmente Miguel solía seguir una ruta fija cuando sacaba a pasear al perro, pero aquel día, sin que supiera muy bien por qué, echó a andar en dirección opuesta a la que habitualmente seguía. Entonces no le dio mayor importancia a aquel impulso repentino pero, con la perspectiva que da el tiempo, llegó a preguntarse si no hubo “algo” que le hizo llevar sus pasos en aquella dirección. Nada es casual...

Tuvo que caminar un buen trecho hasta llegar a un parque donde poder sentarse en un banco a la sombra y vigilar desde allí los movimientos de su perro. A pesar de la brisa, la caminata y el calor le habían hecho sudar de lo lindo, así que agradeció la sombra que le ofrecían los árboles tras el banco.

Una vez se hubo sentado, resopló y miró a su alrededor. Algunos niños pequeños jugaban en los columpios del fondo, bajo la atenta mirada de sus madres. Un par de ancianos intentaban aguantar el calor como podían en un banco cercano. En fin, el tipo de gente que suele reunirse en un parque público...o casi.

Miguel tardó unos minutos en reparar en ella. La brisa soplaba de cara, así que levantó la cabeza y cerró los ojos para disfrutar de la caricia del viento. Estuvo un buen rato así, sin pensar en nada en concreto, y cuando abrió los ojos buscó con la mirada a su perro. Cuál fue su sorpresa al verlo sentado en el suelo junto a una mujer mayor, que le acariciaba distraídamente el lomo mientras leía un libro.

Durante unos segundos no supo qué hacer. Su perro, un pastor alemán al que llamaban Dick, no era de los que se sentaban junto a desconocidos. Normalmente se acercaba a alguien, saludaba y seguía correteando y husmeando por ahí. ¡Ni siquiera se sentaba junto a Miguel cuando lo sacaba a pasear!

Finalmente decidió levantarse y dirigirse hacia el banco donde estaba sentada la mujer que acariciaba a su perro. Estaba tan ensimismada con su lectura que no levantó la cabeza hasta que Miguel estuvo frente a ella. Entonces le miró abiertamente con una sonrisa sincera, de las que la gente no solía emplear cuando trataba con desconocidos.

-¡Dick! ¿Qué haces aquí? – Miguel se dirigió al perro, un poco desconcertado ante el rostro sonriente de la mujer, para luego dirigirse a ella – No le estará molestando, ¿verdad?

Enseguida pensó que aquella era una pregunta estúpida. Era evidente que el perro no la molestaba en absoluto. Pero ella no pareció pensar eso, pues sonrió aún más abiertamente y respondió:

-Claro que no. Es un perro muy cariñoso – y sacudió el pelaje del lomo con más energía, para satisfacción del animal.

Se hizo un corto silencio, que Miguel rompió sin saber muy bien por dónde salir.

-Disculpe que la haya interrumpido, estaba leyendo...

-Oh, no importa – respondió ella- Hace años que lo leí, y ahora lo estaba releendo.

-¿Qué libro es? – preguntó Miguel. Le gustaba mucho leer, y no podía evitar fijarse en los libros que leían los demás.

La mujer no contestó, sino que le enseñó la portada para que pudiera leer el título.

-“La filosofía perenne”, Aldous Huxley – leyó Miguel en voz alta.

-El título quizá sea un poco equívoco pues, más que de filosofía, habla sobre religión. O, mejor dicho, sobre cómo gentes de diversas épocas y culturas han vivido su religiosidad – y entonces le preguntó, a bocajarro - ¿Eres religioso?

Miguel se quedó tan estupefacto ante lo inusual de la pregunta que se la quedó mirando con los ojos muy abiertos, sin saber qué decir. Entonces ella se dio cuenta y se echó a reír. Su risa era grave, sin estridencias ni asomo de burla.

-¡Perdona! – se disculpó, todavía riendo- Ni siquiera nos hemos presentado y ya te estoy disparando preguntas comprometidas – Y, dicho esto, añadió, con una sonrisa – Me llamo Sofía.

-Yo me llamo Miguel – dijo él a su vez.

Sentía que la mujer le iba cayendo mejor por momentos; él también sonreía.

-Es un bonito nombre – respondió Sofía, y brillaba un destello especial en sus ojos cuando añadió – Me recuerda a alguien muy querido.

Miguel puso cara de no saber a qué se refería pero, como Sofía no parecía que fuera a dar más explicaciones sobre el particular, preguntó:

-¿Le importa si me siento?

-¡Por supuesto que no! La conversación es uno de los pocos placeres que nos quedan a los mayores.

Miguel se sentó y, justo entonces, volvió a su mente la pregunta que Sofía le había hecho unos segundos antes. Sabía que no tenía por qué contestar, pero sintió en su interior aquella vieja inquietud que apenas podía compartir con las personas de su entorno, y tuvo la intuición de que Sofía le comprendería.

-Antes me ha preguntado si soy religioso – Miguel bajó la cabeza, pensativo. No sabía muy bien cómo expresar lo que sentía – Es difícil para mí contestar a esa pregunta con un sí o un no. Digamos que creo en Dios, pero tengo muchas preguntas a las que ninguna de las religiones que conozco responde de manera satisfactoria para mí.

Sofía se lo quedó mirando durante unos segundos y finalmente dijo:

-Te entiendo perfectamente. A mí me pasaba exactamente lo mismo que a ti.

-No recuerdo exactamente cuándo empecé a hacerme preguntas – continuó Miguel – O sea que debí empezar a hacérmelas desde que era apenas un mocoso.

-Yo también – asintió Sofia. Y añadió - ¿Fuiste a un colegio religioso?

Miguel dio un profundo suspiro antes de contestar.

-Sí, y todavía me parece increíble que siga creyendo en Dios. Supongo que no todo el que haya ido tendrá la misma impresión que yo, pero a mí desde luego no me convencían las explicaciones que me daban. Además, no siempre lo que decían se ajustaba a lo que hacían. No sé si me explico.

-Y claro, empezaste a buscar respuestas en otra parte.

-Sí, supongo que inconscientemente iba “con las antenas puestas”, por si encontraba algo que me convenciera.

-¿Y lo encontraste?

Miguel se tomó unos segundos antes de responder, aunque la respuesta estaba muy clara en su mente.

-No – y añadió, con una media sonrisa – Me temo que todavía no he encontrado ninguna respuesta que me satisfaga al cien por cien.

-Un chico exigente –apuntó Sofia, sonriente.

-Sí –rió Miguel – Ya que estoy viviendo en este planeta y en este tiempo, me gustaría saber por qué estoy aquí y cómo se supone que he de vivir.

-Sin embargo – replicó Sofia - No todo el mundo tiene esas preocupaciones. Se limitan a vivir y no se hacen preguntas.

-Sí, pero yo no puedo vivir sin saber hacia dónde voy – se revolvió Miguel, espoleado por su vieja inquietud – Para mí la vida es algo más que intentar sobrevivir mientras esperamos a que llegue la muerte. Esa es la inercia en la que vive todo el mundo – se corrigió –, en la que vivimos todos. Pero tiene que haber algo más, porque si no simplemente la vida sería demasiado cruel y sin sentido. ¿Qué sentido tiene una maquinaria de traer vida al mundo, cuando esa vida se consume lentamente con tareas anodinas y finalmente se destruye por siempre jamás?

Hubo otro breve silencio, en el que Miguel tuvo tiempo de preguntarse, una vez más, por qué había hablado así ante una mujer a la que acababa de conocer.

-Yo tengo una respuesta a eso – respondió Sofia al fin – Después de pasarme muchos años buscando aquí y allá, encontré finalmente algo que respondió a mis preguntas. A mí me sirve, pero no sé si te servirá a ti.

Miguel sintió como si se encendiera una bombillita en su cerebro.

-¿En serio? Pues me gustaría conocerla.

Sofía respondió, con una expresión entre enigmática y divertida en su rostro:

-Muy bien. Lo más fácil sería que te dijera dónde la encontré, pero como soy una mujer mayor y sola y, como te dije antes, me gusta disfrutar del placer de la conversación, mejor te voy contando un poco cada día. Siempre y cuando tú quieras, claro.

Miguel no se lo pensó demasiado.

-¿A esta misma hora? –preguntó.

-Sí a ti te va bien...

-Me va perfecto. Estoy de vacaciones, y mi novia a estas horas está trabajando, así que poco tengo que hacer, aparte de pasear a Dick...

-Entonces, quedamos mañana a la misma hora en el parque. ¿Hecho?

-¡Hecho!

-Muy bien. Pues... ¡hasta mañana! – Sofía se levantó y añadió - Me voy a casa, que ya se me ha hecho un poco tarde. Tengo que preparar la cena y, además, espero la llamada de mi hijo. Vive en Helsinki, ¿sabes? Cuestiones de trabajo.

-¿En qué trabaja?

-Es ingeniero de telecomunicaciones.

-Vaya, ¡casi! Yo estoy estudiando ingeniería industrial.

-Pues sí, casi. Por cierto, tenéis algo en común...él también se llama Miguel.

-¿Miguel? Ahora entiendo que le recordara a alguien muy querido.

Sofía esbozó una sonrisa enigmática.

-Sí...y no. Es el nombre de mi hijo, sí, y le quiero muchísimo, pero también tiene otro significado especial...Espero contártelo algún día... ¡si no te aburres con mi charla!

-No creo que me aburra. Es más, empiezo a sentir curiosidad por el significado de mi nombre...

Sofía se agachó a hacerle una última caricia al perro, se despidieron hasta el día siguiente, y tomaron direcciones opuestas.



Miguel se pasó el camino de vuelta a su casa dándole vueltas a su conversación con Sofía. Desde luego, no había sido una charla demasiado convencional. En vez de hablar sobre el tiempo, como hace todo el mundo, se habían puesto a hablar sobre religión y sobre el sentido de la vida. ¡Ahí es nada!

Mientras caminaba hacia su casa iba abstraído en sus pensamientos, ajeno a todo lo que le rodeaba. Sentía curiosidad por lo que Sofía iba a contarle, aunque por otro lado temía tener demasiadas ilusiones puestas en aquellas conversaciones y que luego fuera todo “más de lo mismo”, otra moto que intentarían venderle como la definitiva.

“En cualquier caso, no pierdo nada con escuchar”, se dijo finalmente, mientras metía la llave en la cerradura de la puerta y entraba en su casa.

Al día siguiente, más o menos a la misma hora del día anterior, Miguel salió de su casa con Dick. Durante las últimas horas intentó no estar ansioso y probó a distraerse con todo lo que pudo, pero la sensación de tener un nudo en el estómago no dejó de incomodarlo. Y eso a pesar de que hacía lo posible por no crearse muchas expectativas. Después de todo, Sofía podía no acudir a la cita, y dejar a Miguel con un palmo de narices.

Sin embargo, todas sus dudas se disiparon al momento cuando entró en el parque y vio a Sofía sentada en el mismo banco en el que estaba el día anterior, esperándole. Esta vez no llevaba ningún libro. Tenía las piernas cruzadas y las manos en el regazo en un gesto despreocupado.

-Hola, Miguel.

-Hola, Sofía. ¿Qué tal? ¿Lleva mucho rato esperando?

-No, apenas un par de minutos.

Miguel se sentó y, después de respirar profundamente, dijo sonriendo:

-Soy todo oídos.

Sofía rió de nuevo con su risa grave.

-Vaya, no pierdes tiempo con los prolegómenos, ¿eh? -y, tras una breve pausa, dijo - Hace muchos, muchos años, estudié filosofía en la universidad. No por obligación, sino por afición. Siempre me había gustado, pero también tenía claro que filosofando no me iba a ganar los garbanzos. De modo que estudié Derecho para tener la posibilidad de conseguir un buen trabajo, y más adelante, cuando tuve ese buen trabajo, retomé mi proyecto de estudiar filosofía.

Miguel escuchaba atentamente, aunque no sabía exactamente a dónde quería ir a parar Sofía.

-Si te cuento esto - dijo Sofía, como adivinando sus pensamientos - es porque uno de mis filósofos favoritos, Sócrates, utilizaba el diálogo con su interlocutor para exponer sus ideas. No daba clases magistrales, sino que hacía preguntas a sus discípulos para que estos descubrieran las respuestas. Si a eso le añadimos el placer que proporciona una buena charla, prefiero el diálogo a soltarte un rollo. Además, ayer te dije que tengo respuestas, pero de ningún modo quiero presentarlas como verdades absolutas. Es posible que no te convenzan y, si fuera así, lo entendería perfectamente. No estoy intentando convencerte de nada. Me conformaría con hacerte pensar un poco cada día.

Miguel no pudo evitar sentirse aliviado al escuchar esto. Parecía que Sofía no iba a intentar venderle ninguna moto. Al menos no descaradamente.

-Me alegra escuchar eso -dijo Miguel, reflejando así sus pensamientos- No hay nada que odie más que me digan cómo he de pensar y en qué he de creer.



-Oh, ¡no pienso hacer nada de eso! Eso eres tú quien ha de decidirlo. Para algo tienes un “coco” con el que pensar.

Miguel, una vez más, se alegró al escuchar estas palabras tan poco dogmáticas.

-Sí, me gusta utilizar el “coco”. No quiero que nadie acierte ni se equivoque por mí.

Sofía esbozó una amplia sonrisa. Miró a su alrededor: el parque, los niños jugando, las madres entablando charlas intrascendentes, Dick husmeando por aquí y por allá...

-¿Por qué crees que estamos aquí? – preguntó sin más preámbulos.

Miguel se sorprendió un tanto, aunque con el tiempo empezaría a acostumbrarse a las preguntas a bocajarro de Sofía.

-Bueno – suspiró- me gustaría pensar que no somos una rareza en el universo, que no somos producto del azar.

-Mucha gente cree seriamente que somos fruto de la casualidad.

-Sí, es cierto. Pero soy de los que creen que es imposible que un mono escriba “Hamlet”, aunque tenga miles de millones de años para hacerlo. Cualquiera que haya pensado seriamente sobre eso y haya leído un poco sobre el tema se dará cuenta de que la evolución de la vida es demasiado compleja como para ser dirigida por el azar. ¿Cómo pueden los aminoácidos dar lugar al ADN por casualidad? ¿Y cómo ese ADN puede dar lugar a los organismos unicelulares? Eso por no hablar del salto de éstos a los organismos multicelulares, y de ahí a animales tan complejos como los mamíferos. Y ya, para acabar de rematar el asunto, el salto del mono al hombre. Lo siento, pero me niego a creer que todo eso sea debido al azar y a la necesidad. Es como si me dijeran que se puede montar un reloj de cuco a base de ir agitando sus piezas en una cubitera miles de millones de veces. ¡Y una molécula de ADN es muchísimo más compleja que un reloj de cuco!

Sofía escuchaba a Miguel atentamente.

-¿Y cuál sería la alternativa? ¿Pensar que Dios se ha encargado paso por paso de dirigir la evolución de la vida?

Miguel se rascó la incipiente barba, cosa que hacía siempre que pensaba detenidamente sobre cualquier cosa.

-No, supongo que no. De una cosa no me cabe la menor duda: hay un Diseñador.

-¿Por qué crees que nos creó ese Diseñador?

-¡Supongo que no fue por matar el aburrimiento! –exclamó el joven, y los dos rieron.

-Bueno, si fuera así, no dudo de que se estará divirtiendo mucho con nosotros –repuso Sofía- Pero, ¿realmente crees que somos el entretenimiento de un Dios aburrido?

-No, no lo creo. Habrá quien lo piense, pero algo dentro de mí se resiste a creerlo.

Sofía levantó la vista hacia el cielo azul, limpio de nubes, que tenían por encima de ellos.

-Imagina por un momento que eres Dios. Un ser infinito pero solo. Lo ves todo, lo sabes todo, lo puedes todo. De hecho, lo eres todo. Fuera de ti no hay nada, no puede haber nada.

Miguel intentó imaginárselo, y lo único que le vino a la mente fue el vacío, oscuridad por todas partes, pero también luz por todas partes.

-Estoy empezando a pensar que sí, somos el entretenimiento de un Dios aburrido –dijo Miguel, riéndose.

Sofía rió también.

-Aunque eres un ser omnipotente –prosiguió la mujer-, de alguna forma estás preso dentro de tu infinitud, no puedes salir fuera de ti puesto que tú lo eres todo. Eres lo que es y lo que puede llegar a ser. ¿Qué harías entonces?

-Supongo que intentaría escapar –respondió Miguel rápidamente. Y luego añadió – Intentaría escindirme.

-Exacto. Esa es la única forma de que puedas escapar de la infinitud, de experimentar algo que hasta ahora no podías hacer. Te diferenciarías. Es como si hasta entonces hubieras sido una tortilla, y pasaras a ser un huevo frito, por decirlo burdamente.

-Entonces... ¿nosotros somos el resultado de aquella decisión de Dios?

-Sí, digamos que estamos al otro extremo de la escala, aunque hay muchos pasos intermedios. La distancia entre la infinitud y la finitud es demasiado grande como para cruzarla de un solo salto.

Miguel se quedó un rato pensativo, dándole vueltas a lo que Sofía acababa de decir.

-Usted acaba de decir...

-Por favor, Miguel, tutéame.

-Está bien. Acabas de decir que Dios se diferenció para liberarse de la infinitud. Pero, ¿en qué se diferenció exactamente?

Sofía resopló antes de contestar.

-Sería muy largo de explicar, y no quiero agobiarte el primer día con explicaciones demasiado abstractas. Podríamos decir que Dios separó lo personal de lo impersonal, y lo real de lo potencial. Separó al mago de la chistera. A partir de entonces, cuando necesita crear algo nuevo, echa mano de la chistera y ¡voilà!, saca un conejito blanco.

Miguel la escuchaba, pero a la vez seguía dándole vueltas a todo aquello.

-De todos modos, eso todavía no responde a la pregunta de por qué estamos aquí.

-Por supuesto que no, pero era un preámbulo necesario para contestarla. Lo que voy a contar a partir de ahora puede sonar a una historia inventada, además de tremendamente paradójica, pero creo firmemente en ella. Como con muchas otras cosas que te cuente, tú eres quien decidirá en última instancia si crees que realmente sucedió así o no.

-Adelante.

-En el momento en que Dios se liberó de las cadenas de la infinitud, dejó de estar solo. Y justo aquí aparece la paradoja, porque lo que sucedió se supone que fue así durante toda la eternidad. Pasamos a tener una Trinidad...

-Un momento – la interrumpió Miguel - ¿Te refieres a la Trinidad cristiana, a la del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

-No exactamente. Estoy hablando de una Trinidad en la que los tres son distintos pero también uno solo, como la Trinidad cristiana, pero en la que los componentes no son los mismos. Estoy hablando del Padre Universal, el Hijo Eterno y el Espíritu Infinito.

-Pues la verdad, parecen los mismos.

-No, no lo son. El Hijo Eterno no es Jesús de Nazaret, y el Espíritu Infinito no es el Espíritu Santo.

-Entonces, ¿quiénes son el Hijo Eterno y el Espíritu Infinito?

-Todo a su debido tiempo, Miguel – le dijo Sofía con una sonrisa – ¡No puedo explicártelo todo a la vez! Hay que ir paso por paso. Ya llegaremos a eso...si sigue interesándote, claro.

-De momento me interesa, sí.

-Pues bien, volviendo a la Trinidad...se plantea una paradoja. Bueno, paradoja para nosotros, claro, porque vivimos dentro del espacio y el tiempo y no comprendemos que surja algo que siempre ha estado ahí...pero de hecho es lo que sucedió con la Trinidad, y no sólo con ella. Pero vayamos poco a poco.

-¿Quieres decir que hubo más cosas que surgieron pero que a la vez son eternas?

-Correcto. Verás: Dios, el Padre o como prefieras llamarle, una vez tenía la compañía de sus dos asociados y una chistera de la que sacar cosas nuevas, trajo a la existencia una creación perfecta. Por un lado surgió el Paraíso, y por otro lado surgieron los mundos donde viven seres perfectos por naturaleza. Eso sí, ten siempre presente que estoy hablando de los acontecimientos como si siguieran un orden secuencial, pero es engañoso. Hasta ahora todo lo que he mencionado es eterno. Es simplemente que no tengo otra forma de explicarlo.

Miguel empezaba a sentirse un poco mareado pensando en una eternidad sin principio ni fin de la que habían surgido personas y cosas que en realidad siempre habían estado. Sofía debió adivinar su estado de ánimo porque añadió, con una sonrisa:

-Ya sé que es difícil de entender. Por otro lado, no es fácil explicar los actos de un ser infinito y eterno. Pero sigamos. Nos habíamos quedado en que Dios hizo la creación perfecta. Para qué, preguntarás. Y yo respondo: para servir de modelo. Y tú a tu vez preguntarás: ¿modelo para quién? Y yo responderé: para nosotros.

-Vamos, que Dios lo tenía todo planeado desde el principio.

-Por supuesto. Para algo es Dios –y añadió - ¿Recuerdas a Platón? Él hablaba de un mundo de las Ideas donde estaban los arquetipos, los modelos de todo, donde estaba todo lo que era inmutable. Pues bien, el universo perfecto sería algo parecido. Sus mundos están habitados no por ideas, sino por seres que encarnan esas ideas, que de hecho “son” esas ideas.

Miguel sentía como si su cerebro fuera una cafetera a punto de soltar café por todas sus rendijas.

-¿Y dices que estos seres son un modelo para nosotros?

-Así es. El primer paso de esta obra de teatro cósmica fue la creación de seres inherentemente perfectos. Y recalco lo de “inherentemente”: son perfectos por naturaleza. No necesitan aprender

qué es lo correcto: simplemente lo saben. Ellos representan una de las formas de alcanzar la perfección: siendo perfectos en origen. Pero hay otra forma de ser perfecto.

-¿Cuál?

-¿No lo adivinas? –Miguel negó con la cabeza, tras lo cual Sofía añadió- Por experiencia. Y ahí es donde entramos nosotros en escena. Nosotros somos las criaturas que alcanzan la perfección mediante ensayo y error. Equivocándonos y aprendiendo de nuestros errores.

-O sea, que estamos en este mundo para aprender. Esa sería básicamente la respuesta a la pregunta inicial.

-Básicamente, sí.

-Pero ahora se me plantean nuevas preguntas...

-Me lo imagino, pero no pretenderás que te las responda todas hoy

-Sofía miró su reloj – Se ha hecho tarde y, además, es mejor que vayas digiriendo poco a poco todo lo que hemos hablado.

-De acuerdo. ¿Nos vemos mañana?

-A la misma hora.

-Aquí estaré. Hasta mañana – Miguel se levantó y llamó a Dick. Era hora de volver a casa.



Miguel se sentía confuso y excitado a la vez. Confuso porque lo que estaba escuchando hasta ahora era algo nuevo para él, algo que no había escuchado ni leído antes en ningún sitio. Y excitado porque algo muy dentro le decía que era una explicación no sólo plausible, sino que tenía mucho de verdadera.

Esa historia de la creación que Sofía había empezado a esbozar no se parecía mucho a la “historia de la creación en siete días” que aparecía en la Biblia, aunque Sofía había mencionado el Paraíso y una Trinidad, conceptos estos que sí le eran familiares. ¿Cuánto habría de familiar y cuánto de novedoso a partir de ahora? Eso el tiempo lo diría.

De momento seguía decidido a escuchar las explicaciones de Sofía. Y, si algo no le convencía, no dudaría en replicar y debatir. ¡No iba a comulgar con ruedas de molino!

Al día siguiente por la tarde, Miguel llegó al parque a la misma hora que el día anterior. Miró a su alrededor y no vio a Sofía. Como el banco en el que se sentaron el día anterior estaba ocupado por dos madres con sus respectivos retoños, se sentó en un banco que quedaba vacío (donde, por cierto, no daba la sombra), y se dispuso a esperar a que llegara Sofía. Aquella tarde el parque estaba inusualmente lleno.

Después de media hora de espera, que a Miguel se le hizo muy larga, vio llegar a Sofía, caminando apresurada.

-Disculpa que no haya podido venir antes –se disculpó, acalorada por las prisas- pero me ha surgido un pequeño contratiempo y no he podido llegar hasta ahora. ¡No te imaginas lo que sufro cuando hago esperar a alguien!

-No importa –dijo Miguel, sonriendo.

Sofía miró a su alrededor, probablemente buscando un banco mejor donde sentarse.

-Parece que hoy el parque está más lleno que de costumbre – señaló- Y en este banco no da la sombra. ¿Qué tal si vamos a tomar algo fresquito en un bar? Venga, te invito. Es lo menos que puedo hacer, después de tenerte aquí esperando a pleno sol.

-Por mí estupendo – respondió Miguel, y salieron los dos del parque con Dick.

Entraron en un bar cercano que tenía aire acondicionado y donde no había demasiada gente. Miguel pidió una caña de cerveza, y Sofía café con hielo. Cuando el camarero les trajo las bebidas, y tras dar cuenta de buena parte de la caña, Miguel tomó la iniciativa de nuevo:

-Ayer quedaron preguntas en el aire, ¿recuerdas?

-Sí, muchas preguntas – dijo Sofía sonriendo, mientras volcaba el café en el vaso con hielo – Y más que todavía no te has planteado – añadió.

-Claro. Una pregunta lleva a otra, y esa a otra...

-Ajá.

-Ayer hablabas de la perfección a través de la experiencia...

-Sí. Te dije que el primer acto de la obra de teatro había sido crear seres perfectos por naturaleza. Nosotros formamos parte del segundo acto.

-O sea, nosotros los seres humanos nacemos imperfectos y nos vamos perfeccionando con el paso del tiempo...

-Aprendiendo de nuestros errores –asintió Sofía.

-Pero no llegamos a ser perfectos en esta vida –replicó Miguel – O sea, no llegamos al cielo y nos quedamos como estamos.

-Tras esta vida, la mayoría estamos todavía muy lejos de la perfección. Luego difícilmente vamos a quedarnos como estamos cuando pasemos al otro lado, ¿no crees?

-No, no sería muy lógico –convino Miguel, pensativo- Pero, ¿cómo alcanzamos la perfección entonces? ¿Seguimos aprendiendo allá arriba?

-Por supuesto –respondió Sofía - ¿Te suena aquella frase de Jesús que decía algo así como que en el reino del Padre había muchas moradas?

-Sí, pero pensé que se refería a otros mundos como el nuestro. El cielo siempre me lo imaginé como eso...el cielo.

-¿Y cómo te imaginas que es el cielo? ¿Un espacio vacío con una nube allí y otra allá? – preguntó Sofía, con cara divertida.

-Algo así –respondió Miguel, siguiendo con la broma – Y con angelitos aquí y allá tocando el arpa encima de las nubes.

-Y, por supuesto, un anciano con barbas y túnica blanca por encima de ellos, dirigiendo la orquesta –añadió Sofía con ironía. Dio un sorbo a su café – No, creo que el cielo es bastante diferente a como nos lo habían pintado.

-¿Y el infierno? – preguntó Miguel - ¿Tampoco es como nos lo han pintado?

Sofía se echó a reír con esa risa suya tan característica.

-¿El infierno? Dime una cosa, Miguel: ¿crees sinceramente que Dios, que nos ha creado, que nos ama con un amor infinito porque ES amor, puede querer para sus hijos el castigo eterno del infierno, por mucho mal que hayan hecho?

-No, claro que no.

-Ya sé que no tienes hijos, pero intenta ponerte en el lugar de tus padres. ¿Te arrojarían al fuego del infierno, al rechinar de dientes, para toda la eternidad, por muy malo que fueras?

-Pero entonces...todos los que han hecho el mal... ¿se van a ir de rositas al otro barrio, porque simplemente no hay infierno?

Sofía se tomó un sorbo más de café y suspiró.

-Imagínate que eres Hitler, o Stalin, o cualquier tirano que haya hecho sufrir a mucha gente. Cuando pasas al otro lado, de alguna forma te hacen ver cuáles han sido las consecuencias de tus actos. Piensa que en el otro lado no hay favorecidos ni desfavorecidos, todos somos iguales ante los ojos de Dios. Allí no hay excusas que valgan: has hecho lo que has hecho, y eso ha tenido unas consecuencias, para bien y para mal. No hay dónde esconderse: nos conocen y tal como somos. Contéstame a esta pregunta: ¿crees que lo que ellos sintieron cuando tuvieron que rendir cuentas no era peor que el infierno? ¿Crees que se fueron de rositas después de todo?

Miguel intentó ponerse en la situación.

-Supongo que no era una situación muy agradable –reconoció.

-Además, hay otro factor importante a la hora de impartir justicia allá arriba –añadió Sofía-, que no es otro que la misericordia.

-¿La misericordia?

-Volvamos a tus padres. Si tus padres son como deben ser, esto es, unos padres normales que quieren a sus hijos, antes de castigarte por hacer una trastada, y puesto que te conocen y te aman, intentarán comprender por qué la has hecho, y eso indudablemente suavizará el castigo. No quiero decir que no tengas castigo, por supuesto, pero podríamos decir que la justicia habrá estado atemperada por la misericordia.

Miguel recordó a sus padres, y convino en que Sofía tenía razón.

-Entonces –preguntó- ¿qué pasa con aquellos que han hecho el mal en esta vida?

-Lo mismo que para los demás: se les da la oportunidad de rectificar, de continuar el camino hacia la perfección. Piensa, Miguel, que no todo el mal que hay en este mundo es debido a la iniquidad, no todo el mal es consciente. Mucha gente obra mal por ignorancia, porque creen sinceramente que están haciendo lo correcto. O porque piensan que no tienen otra salida. O por muchas otras razones que no se deben a la intención deliberada y consciente de hacer el mal. ¿Vas a juzgarles con el mismo rigor que a los que son malos a conciencia? Si les amas, intentarás comprenderles, intentarás ponerte en su lugar, ¿no crees?

Miguel se resistía a darle la razón, aunque seguía dándole vueltas a las palabras de Sofía.

- Ya que en este mundo parece no haber justicia, esperaba que al menos en el otro mundo la hubiera. – y añadió, con el ceño fruncido- No me parece justo que los criminales más espantosos se queden sin castigo.

Sofía le miró fijamente durante unos segundos y sonrió.

-No, no es justo. Pero sí es misericordioso. Recuerda, Miguel, que la justicia debe ir siempre atemperada por la misericordia para ser realmente justa. Y recuerda también que, cuando no conocemos todas las circunstancias que han llevado a alguien a obrar mal, lo más prudente es abstenerse de juzgar, y que sean otros los que lo hagan. Piensa, Miguel: ¿te gustaría ser juzgado con la misma vara de medir con la que tú has juzgado a los demás en ocasiones?

Miguel no supo muy bien qué responder. Siendo honrado consigo mismo tenía que reconocer que, la mayoría de las veces, había juzgado el comportamiento de los demás con demasiada ligereza.

Sofía no esperó a que respondiera. De hecho, el silencio era ya suficientemente elocuente.

-¿Sabes una cosa, Miguel? Allá arriba la justicia no se imparte nunca por un solo individuo sino por varios. ¡Y nosotros, los seres inteligentes más imperfectos que existen, juzgamos continuamente a nuestros semejantes! Es bien cierto que la ignorancia es muy atrevida...

Miguel se había terminado su caña, y bien que lo lamentaba. Se había quedado de repente con la garganta seca.

-Así que...-dijo por fin- Todos tenemos nuestra segunda oportunidad.

-Tenemos tantas oportunidades como sea necesario –respondió Sofía rápidamente- ¿No le darías a un hijo tuyo tantas oportunidades como hiciera falta para que cambie de rumbo?

-Pero... ¿y si se rechaza toda la misericordia? ¿Puede Dios perdonar infinitamente?

Sofía apuró el último sorbo de su café antes de responder.

-La misericordia de Dios es casi infinita, pero no eterna. Si el que ha obrado mal persiste en su error, no le queda otra alternativa que dejar de existir.

-¿Entonces lo matan?

-Puedes decirlo así, aunque podría considerarse que es él quien se ha condenado a ese final. Allí arriba, al otro lado, el mal simplemente no puede existir. Dios es el bien, Dios es amor...y, si nuestro destino es ser como él... ¿cómo podemos persistir en el mal? Si eligiéramos el mal elegiríamos ni más ni menos convertirnos en seres irreales. Llegado el momento dejaríamos de ser como si nunca hubiéramos existido...como si sólo hubiéramos sido un mal sueño.

Miguel acariciaba distraídamente el vaso de cerveza mientras pensaba en todo aquello.

-¿Y puede haber alguien tan cabezota en todo el universo que, después de pasar al otro lado, siga persistiendo en el error aún sabiendo que le puede ir la vida en ello? Porque no estamos hablando de “esta” vida, sino de la vida eterna. Siquiera por puro instinto de supervivencia, yo haría todo lo posible por intentar cambiar.

Sofía esbozó una media sonrisa.

-Me atrevo a suponer, Miguel, que tú tienes una mente normal y que no hay más mal en ti que en cualquier persona normal. Pero estamos hablando de un caso extremo, de un ser cuya mente está tan deformada por el mal que no puede razonar como podrías hacerlo tú, ni siquiera seguir su instinto de supervivencia. Probablemente un ser así preferiría la muerte (incluso la de verdad) antes que reconocer que se ha equivocado, que ha obrado mal y que debe arrepentirse por ello.

-Y... ¿se conoce de algún caso en el que realmente haya ocurrido eso? Quiero decir... ¿alguien ha sido condenado a esa “segunda muerte” y ha dejado de existir para siempre?

Sofía respiró profundamente y miró durante unos breves segundos el poso que había dejado el café en el fondo del vaso.

-No, Miguel, no puedo hablarte de ningún caso conocido porque no lo sé...Pero es probable que alguien que tú conoces de oídas se encuentre en esa situación en un futuro no muy lejano –y sonrió levemente.

-¿Alguien al que conozco de oídas, dices? – preguntó Miguel, extrañadísimo- ¿Y quién es?

Sofía sonrió pícaramente, y Miguel intuyó que no le iba a responder en ese momento.

-Eso forma parte de una larga historia, que te contaré otro día que tenga más tiempo. Ya es hora de que me vaya.



Miguel iba de camino a su casa cuando sonó su móvil. Era Elena, su novia.

-Hola, cariño – le saludó ella alegremente- ¿Por dónde andas?

-Iba a casa –respondió él- ¿Ya has salido de trabajar?

-Sí, esta tarde me han soltado un poco antes que de costumbre. ¿Quedamos para tomar algo?

Miguel tenía ganas de hablarle a su novia sobre Sofía. Todavía no le había dicho nada sobre las conversaciones que mantenía con la mujer



mientras ella estaba trabajando. Claro que sólo habían pasado tres días, y apenas había podido hablar con su novia en todo ese tiempo.

-Se me está ocurriendo algo mejor –respondió Miguel mirando su reloj. Eran poco más de las ocho- ¿Qué tal si quedamos para cenar en el “Pan y cebolla”? Hay que celebrar que es viernes y que tenemos todo el fin de semana por delante...

-Por mí, vale –respondió Elena rápidamente- Entonces voy a casa a ducharme, cambiarme de ropa y acicalarme un poco.

-Te paso a buscar sobre las nueve, ¿de acuerdo?

-De acuerdo –dijo ella

-Un beso. Te quiero –y colgó.

Todavía no les habían tomado nota en el restaurante cuando Miguel empezó a hablar de Sofia, contándole a su novia cómo la había conocido y, en líneas generales, de lo que habían estado hablando hasta entonces. Miguel no sabía muy bien cómo iba a reaccionar Elena, pero fue animándose a dar más detalles a medida que veía gestos de interés por parte de su novia.

Por otro lado, Miguel ya se imaginaba que sus conversaciones con Sofia interesarían a su novia. Justamente cuando empezaron a salir, coincidiendo con el aprobado de la selectividad y la elección de la carrera, Elena dudaba entre decidirse por Económicas o por Filosofía. Finalmente se decidió por Económicas, no porque fuera la carrera que más le atrajera, sino simplemente porque pensó que tendría más salidas profesionales. Pero su interés por la filosofía no desapareció, así que de vez en cuando, entre novela y novela, procuraba leer algún ensayo de filosofía o algún libro de historia de la filosofía.

De hecho, Miguel pensaba que Elena era un poco como él, una buscadora que iba también recogiendo ideas de aquí y de allá. Eso fue una de las cosas que le gustó de ella, a medida que se fueron conociendo mejor. De alguna manera tenían inquietudes parecidas, aunque Elena parecía no sentir la desazón que sentía Miguel al desconocer tantas cosas. Alguna vez que él se había sentido especialmente agobiado por la falta de respuestas, ella le había dicho que no se preocupara, que las respuestas acabarían llegando. Elena era una optimista nata.

Miguel y Elena llevaban saliendo cuatro años, y él estaba cada vez más convencido de que se complementaban muy bien. Le gustaba la alegría natural y nada afectada de Elena; si había algo que Miguel no soportaba era la frivolidad y la superficialidad. Los dos eran de gustos sencillos; una de las cosas que más les gustaba era pasar el fin de semana con otros amigos en alguna casa rural, o de acampada si no tenían mucho dinero.

-Así... ¿qué te parece? -preguntó Miguel una vez le puso al tanto de sus conversaciones.

Elena se quedó pensativa durante unos segundos.

-Hombre, no es una forma muy convencional de comenzar una amistad, pero desde luego suena interesante -dijo finalmente, mientras les traían el primer plato - Al menos no parece que quiera captarte para ninguna secta.

-No, de momento no me ha pedido dinero ni me ha invitado a ninguna reunión de acólitos -rió Miguel- No, simplemente creo que se siente un poco sola, y que busca a alguien para conversar.

-¿Vive sola?

-No se lo he preguntado, pero creo que sí. Me comentó que tenía un hijo que trabajaba en Helsinki. La verdad es que apenas hemos hablado de temas personales.

-Pues nada, ya me irás contando cómo van tus conversaciones con ella. Porque supongo que continuarán, ¿no?

-Sí, hemos quedado para el lunes por la tarde en el parque donde hablamos por primera vez. Ya dimos por supuesto que los fines de semana los dejaríamos para “asuntos propios”.

-Lástima que no pueda acompañarte por las tardes –se lamentó Elena.

-A mí también me gustaría que estuvieras conmigo –respondió Miguel. Y, pensativo, añadió – Quién sabe, igual podemos quedar para comer o para cenar, un día de fin de semana.

-No te preocupes, Miguel. Tiempo al tiempo.



El lunes por la tarde, Sofia y Miguel volvieron a verse en el parque.

-¡Hola, Miguel! ¿Qué tal el fin de semana?

-Muy bien. El viernes por la noche salí a cenar con mi novia y le hablé de nuestras conversaciones.

-¿Y qué le pareció que nos dedicáramos a hablar de lo humano y de lo divino todas las tardes laborables?

-Bien. A ella también le interesan estos temas. Estuvo a punto de estudiar filosofía en la universidad. Es una buscadora, como yo.

-Espero conocerla algún día, entonces.

-Sí, claro. Ella también quiere conocerte. Sólo que ahora durante el verano trabaja por las tardes.

Se quedaron un rato en silencio. Miguel supuso que Sofia estaba pensando sobre qué iban a hablar ese día, pero eran tantas las preguntas que se había hecho que quiso tomar la iniciativa.

-Estos días me has hablado sobre quiénes somos y adónde vamos, pero faltaría la otra gran pregunta: de dónde venimos.

Sofia le brindó una de sus cálidas sonrisas.

-Venimos de Dios, por supuesto.

-Sí, eso ya lo supongo. Pero ¿de dónde exactamente?

-¿Quieres decir si venimos de algún sitio?

-Bueno...sí.

-A mí siempre me gusta decir que, antes de venir a este mundo, estábamos en la mente de Dios.

-¿Así, según tú, al comienzo de todo éramos sólo una especie de pensamiento divino?

-Algo así –dijo Sofia ensanchando su sonrisa.

-Entonces... ¿no hemos estado en ningún otro planeta ni en una vida anterior antes de venir aquí?

Sofia negó con la cabeza.

-No, Miguel. Éste es un mundo de punto de partida, la primera etapa en el largo camino hacia la perfección. Y no volveremos aquí, cosa de la que, por cierto, me alegro enormemente.

-¿Entonces, los que creen en la reencarnación están equivocados?

-Yo no soy quién para decir que están equivocados, Miguel. Simplemente digo que no creo en ella porque he encontrado una

explicación alternativa que me satisface más. Al fin y al cabo, ni los que creen en la reencarnación ni los que piensan como yo tenemos pruebas irrefutables. Sólo tenemos fe.

-¿Sabes una cosa? Me fastidia no tener pruebas irrefutables. Debe ser cosa de mi mente de futuro ingeniero –comentó Miguel.

-Ese es un sentimiento muy humano, Miguel. Siempre tenemos menos certezas de las que nos gustaría tener. Pero plantéatelo de otra manera: ese es precisamente nuestro encanto ante los de allá arriba.

-¿Nuestro encanto? A ver, explícamelo, porque no le acabo de ver la “gracia” a la situación en la que nos encontramos.

Sofía suspiró profundamente.

-Miguel, todo en el universo, en la creación, tiene un porqué. Los seres humanos somos los últimos de una escala inmensa que baja desde Dios, desde el Padre, hacia abajo, hacia los seres más humildes. Somos seres inteligentes con capacidad de elegir, pero también con una herencia animal muy fuerte que tira de nosotros hacia lo material, hacia los instintos y las bajas pasiones.

-En otras palabras, somos diamantes en bruto que necesitan ser pulidos.

-Exacto. Venimos a este mundo ignorándolo todo. La vida es la gran escuela, que casi siempre nos enseña a base de dificultades, de duras pruebas, de “palos”, hablando llanamente. Mucha gente se limita a sobrevivir como puede y a intentar pasarlo lo mejor posible. O dura supervivencia o hedonismo. Pero otros intentan elevarse, buscar lo que hay más allá de la dura existencia. No tienen certezas pero tienen fe. Su vida puede ser dura, pero no desesperan porque tienen la profunda convicción de que ahí fuera hay un Padre amoroso que les ayudará a soportar las cargas. Si tropiezan se levantan rápidamente y siguen avanzando. No se desaniman fácilmente ante las dificultades.

-Perdona, Sofía, pero sigo sin verle el encanto a esto.

-El encanto, querido Miguel, reside en que somos capaces de creer sin ver. Y esto nos hace muy valiosos en nuestra carrera futura. Somos capaces de afrontar las misiones más difíciles, de pasar por los mayores sinsabores y de seguir en la brecha con fuerzas todavía mayores. Muchos seres de allá arriba nos envidian sanamente por ello.

-O sea, que allá arriba podremos llegar a formar parte de las “fuerzas de choque” del universo.

-Sería una forma de decirlo, sí.

-Pero...yo pensaba que allá arriba no había conflictos, que...

-¿Que todos éramos buenos? No, Miguel, no es tan fácil como pasar al otro lado y volverse bueno de repente. La perfección completa sólo se alcanza cuando estamos casi llegando al Padre.

-¿En el universo perfecto por naturaleza del que me hablabas?

-Allí hay seres perfectos, Miguel, pero eso no significa que tú lo seas cuando llegues. Aún estarás aprendiendo.

-¿Y no se deja nunca de aprender?

-Nunca, Miguel. Todo el universo es una escuela gigantesca.

-Entonces, si el universo es una escuela, ¿qué se supone que es nuestro mundo? ¿El parvulario?

-Ni siquiera el parvulario, más bien la guardería. Somos los bebés del cosmos. Estamos apenas empezando a aprender. Volviendo a la reencarnación... ¿no te parecería absurdo repetir el parvulario un año tras otro? Y, para colmo, sin acordarte de nada de lo que has estudiado el año anterior. No; lo lógico sería que en el universo fuera como en la escuela: que en cada curso hubiera nuevas lecciones que aprender, nuevas destrezas que adquirir. Siempre, claro, adaptadas a nuestra capacidad para absorber esas nuevas enseñanzas.

-Y, si no las aprendemos, ¿repetimos curso?

-No, Miguel. Simplemente el curso se alarga para nosotros. Piensa que tenemos toda la eternidad por delante. Al otro lado no existen las prisas.

-Pero, entonces, en este mundo...

-Recuerda que este mundo es el primero, Miguel, y es por tanto especial. Aquí nuestra vida es corta pero intensa. Vivimos experiencias que no pueden vivirse al otro lado. Aquí tenemos un cuerpo material que siente dolor, hambre, frío, sed...No vamos a volver a sentir nada de eso más allá de este mundo. Con una vez, basta. Por otro lado, nacemos como seres sexuados, con todo lo que eso conlleva. Eso tampoco continúa al otro lado, aunque la "marca" masculina o femenina la seguimos llevando.

-Vaya, creo que voy a echar de menos una parte de mí cuando pase al otro lado –comentó Miguel con una sonrisa irónica.

-No te preocupes, Miguel, habrá placeres mejores, de eso estoy segura –respondió Sofía con un guiño.

-¡Eso espero! –exclamó Miguel devolviéndole el guiño.

Se quedaron en silencio durante un momento.

-¿Sabes? –dijo Miguel finalmente- Me gusta eso de que estaremos aprendiendo constantemente. La perspectiva de estar sin hacer nada durante toda una eternidad no me resultaba demasiado halagüeña.

-A mí tampoco –rió Sofía- Resulta más atrayente, más...estimulante estar siempre en constante reciclaje. Como puedes ver, la creación no se ha hecho para estancarse: todo es cambio, evolución, perfeccionamiento.

-Y... ¿tienes una idea de lo que aprenderemos al otro lado?

Sofía dio un bufido.

-Tengo una idea, pero estoy segura de que estará muy alejada de la realidad. Supongo que aprenderemos física avanzada, biología avanzada, filosofía avanzada...y otras habilidades como las de trabajar en equipo y saber convivir con otros seres radicalmente diferentes a nosotros. Pero los mundos que nos esperan son tan distintos a éste que estoy segura de que nos esperan lecciones que hoy no podemos ni siquiera intuir. Además, ten en cuenta otra cosa: si tenemos otro cuerpo con nuevos sentidos, es lógico que tengamos que aprender a utilizarlos.

-¿Otro cuerpo? Pero... ¿no seremos espíritus?

-No, Miguel, no tan pronto. Piensa que ahora mismo somos un poco más que animales, somos muy materiales. Llegar a ser espíritus puros nos llevará mucho tiempo porque la distancia es

considerable...antes hay que pasar por los pasos intermedios. En la creación, recuérdalo bien, no hay saltos bruscos.

-Caramba, y yo que creía que seríamos espíritus difusos...

-Los espíritus tienen forma y son tan sólidos para otro espíritu como puede serlo otra persona para ti, Miguel.

-Entonces, si no vamos a ser espíritus... ¿qué seremos?

Sofía sonrió pícaramente antes de responder.

-Eso, Miguel, te lo contaré mañana.

Al día siguiente, en su cita con Sofía, Miguel le recordó que tenía que explicarle lo que quedó pendiente el día anterior.

-Cuando me interesa saber algo, no paro hasta obtenerlo –añadió Miguel, sonriendo.

-Ésa es una buena actitud, Miguel. Es más, te aconsejaría que persistieras en ella. Recuerda lo que dijo Jesús: “Pedid y se os dará. Buscad y encontraréis”.

-¿Y eso funciona siempre?

-Siempre. Te lo aseguro. Funciona.

Miguel se rascó la barba crecida que siempre llevaba (le daba muchísima pereza afeitarse).

-No sé, Sofía, no siempre tengo la impresión de que los de allá arriba respondan a mis preguntas.

Sofía sonrió con una mirada especialmente brillante en sus ojos color caramelo.

-Eso es porque esperas que la respuesta llegue como tú quieres, y las respuestas llegan como llegan. Es más, es posible que esperes una respuesta concreta que probablemente sea errónea y que, por tanto, nunca llegará.

-¿Y cómo sabré si los de arriba me están mandando una respuesta?

-Sólo hay una forma, Miguel, y es teniendo los ojos y los oídos bien abiertos. Cuando estás atento a las señales, estas se muestran meridianamente claras. Si no estás atento, pueden pasar ante tus narices sin que te des cuenta. Piensa que las respuestas no son explícitas, no te van a mandar un correo electrónico ni se te va a aparecer un ser de luz a los pies de tu cama para transmitirte el mensaje. Normalmente se valen de intermediarios de carne y hueso y de pequeñas “casualidades”.

Sofía calló, y durante unos segundos se miraron a los ojos. Miguel recordó entonces la forma en que había conocido a Sofía, aparentemente casual. Ella pareció adivinar su pensamiento, porque dijo:

-¿Crees que ha sido casualidad que nos hayamos conocido? Según me has dicho, hace tiempo que buscabas respuestas. Qué casualidad que, justo en esta época del año, cuando es verano y no tienes clases ni exámenes, cuando tienes en definitiva más tiempo libre, nos conocemos y empezamos a hablar sobre las “grandes preguntas”.

-Bueno, tener más tiempo libre es algo que me pasa todos los veranos –replicó Miguel.

-Sí, pero te olvidas de mí. Da la casualidad de que me he jubilado hace un par de meses...yo he pasado ahora a disponer de más tiempo libre, y a necesitar un poco más de conversación, por otras circunstancias que también han cambiado este año.

-¿Qué tipo de...circunstancias? –preguntó Miguel, que apenas sabía nada de la historia personal de Sofía.

Sofía suspiró hondo y respondió, con el semblante algo más serio:

-Mi marido murió a principios de año de un derrame cerebral. Afortunadamente fue una muerte rápida. Pasó al otro lado prácticamente sin sufrir nada.

-Lo siento mucho –se apresuró a decir Miguel, lamentando haberle hecho la pregunta.

-Gracias, Miguel. Tuve la suerte de tener a mis hijos a mi lado, que me apoyaron mucho. Mi hijo pidió un mes de permiso para estar conmigo, y mi hija, que vive más cerca, también me acompañaba todo lo que podía. Sé que la muerte no es un “adiós” sino un “hasta luego”, pero eso no me ha librado de estar triste y de echar de menos terriblemente a mi marido. Afortunadamente pensar que él está bien y en un lugar mejor me reconforta muchísimo.

-Lo cual nos lleva al tema que quedó pendiente ayer –le recordó Miguel, en un intento de ahuyentar la conversación sobre la muerte. Siempre se había sentido incómodo cuando aparecía ese tema en las conversaciones.

Sofía recuperó su alegría habitual.

-Sí, tienes razón. ¡Qué fácil es irse por los cerros de Úbeda cuando se comienza una conversación! Bien: nos habíamos quedado en que, cuando pasamos al otro lado, no somos directamente espíritus, sino que tenemos un cuerpo de naturaleza intermedia.

-¿Intermedia?

-Sí, a medio camino entre lo físico y lo espiritual.

-¿Y cómo es ese cuerpo?

-Es menos denso que éste que tenemos, y tiene características diferentes. Por ejemplo, tenemos más sentidos que los que hay en un cuerpo físico. Como te dije ayer, no tenemos órganos sexuales, porque no seguiremos procreando. En lo que a nosotros respecta, la procreación es exclusiva de mundos materiales como el nuestro.

-Y en esos primeros mundos... ¿tendremos necesidad también de comer y beber?

-Según parece, sí. ¡También de respirar! Con una ventaja: que no hay desechos. O sea, todo lo que comemos es asimilado por nuestro nuevo cuerpo.

Miguel se quedó pensativo, intentando imaginarse cómo sería ese nuevo cuerpo y cómo sería el mundo que le esperaba más allá de la muerte.

-¿Y me reconoceré en ese nuevo cuerpo?

-Sí. Lo cual implica que tendremos un aspecto bastante parecido al que tenemos aquí. De lo contrario no nos reconoceríamos. ¿Te imaginas que tuviéramos un cuerpo radicalmente distinto? ¡Menudo trastorno! Ya es bastante traumático el tránsito de este mundo al siguiente como para encima añadirle otro trauma más.

-Y ese mundo al que vamos... ¿está en alguna parte del universo?

-Por supuesto, Miguel. Es un mundo físico. Y, tal y como está organizado el universo, no debe estar muy lejos. Aunque hablar de



“lejos” y “cerca” cuando se trata de distancias tan inmensas casi no tiene sentido.

-Pero podríamos llegar a ese mundo –insistió Miguel- Si la tecnología lo permite algún día, claro.

-Sí. Pero ten en cuenta dos cosas. Primero, ese tipo de planetas no giran alrededor de estrellas, con lo cual no es fácil localizarlo desde la Tierra. Y segundo, verías un mundo prácticamente vacío. Tus ojos no son capaces de distinguir a seres que no son de carne y hueso sino de una materia más ligera. Así que no serviría de mucho llegar hasta allí con este “traje” que llevamos puesto ahora.

Miguel se quedó un rato pensativo. Lo que le estaba contando Sofía estaba muy lejos de la idea que él se había hecho de la vida en el “más allá”. Siempre había pensado que el cielo era mucho más “nebuloso”, más “etéreo”. ¡Y Sofía le estaba diciendo que el cielo era en realidad un mundo físico donde incluso tendríamos un cuerpo! Diferente al actual, pero un cuerpo al fin y al cabo. Pero Miguel tenía más preguntas que hacer sobre lo que sucedía al otro lado...

-Hay algo que siempre me ha preocupado...-dijo Miguel entrecerrando los ojos- ¿Volveré a ver a las personas que quiero al otro lado? Supongo que, si voy a reconocerme a mí mismo en ese nuevo cuerpo, también reconoceré a otros que haya conocido en este mundo y que estén en ese momento al otro lado, como yo.

-La respuesta es: sí. Los lazos del amor son eternos y no se desatan jamás. No digo que estés siempre junto a las personas que te han acompañado en esta vida, pero seguro que los volverás a ver a lo largo de tu camino hacia la perfección, y que nunca perderás el contacto con ellos, estés donde estés. Eso sí, tu relación con ellos no será la misma que aquí.

-¿A qué te refieres?

-Pues...a que reconocerás a tu padre o a tu madre, pero ellos ya no van a actuar como tales contigo. Esa etapa ha acabado y debe comenzar otra. Al otro lado no hay relaciones en exclusiva. El amor debe dirigirse hacia todos.

Miguel dedujo que, entonces, su relación con Elena tampoco iba a ser la misma.

-Entonces, lo mismo se aplica para las relaciones de pareja –comentó Miguel.

-Así es. Pero piensa que, si has tenido un alto grado de compatibilidad, de “sintonía”, con alguien de este mundo, esa buena relación continúa en el futuro. Quién sabe si no llevarás a cabo alguna misión con tu novia, en alguna de las etapas hacia la perfección. Allá arriba los equipos se forman con mucho mayor acierto que aquí. Saben perfectamente cuáles son nuestras capacidades y lo que podemos llegar a conseguir. Y qué mejor que organizar equipos de personas que congenian bien, que se complementan estupendamente. Los viejos lazos terrenales pueden ayudar a crear buenos equipos.

A Miguel las preguntas le bullían atropelladamente en la cabeza. A pesar de que la muerte era un tema que le incomodaba, le interesaba enormemente lo que llegaba después.

-¿Y qué pasa cuando llegas a ese otro mundo? ¿Te hacen un juicio o algo así?

Sofía movió la cabeza a ambos lados, como pensando que todavía tenían muchas ideas que aclarar.

-Me parece que todavía estás muy influido por ciertas ideas sobre el juicio final –dijo finalmente con una amplia sonrisa- Por cierto, ve olvidándote de la idea de que los buenos van al cielo y los malos al infierno. No, no somos juzgados nada más llegar. Todavía hay otras tareas por hacer.

-¿Como cuáles?

-En primer lugar, y para que te acostumbres a tu nuevo cuerpo, te dan unos días de vacaciones, para que vayas donde quieras. Imagínate que te mueres de viejo y despiertas con un cuerpo que se parece al que tenías en la Tierra, pero con un aspecto mucho más joven. Estarás de acuerdo conmigo en que necesitarás un tiempo de adaptación.

-O sea, que allí arriba todos somos jóvenes y guapos.

-Bueno, lo de guapos dependerá de tu belleza interior, y a medida que vayas ascendiendo esa dependencia se hará mayor. Allí arriba no se puede ser guapo por fuera y feo por dentro. Volviendo a lo anterior: una vez pasadas estas mini vacaciones, toca ponerse a estudiar.

-Entonces, ¿hay escuelas?

-Por supuesto. Ya te dije que todo el universo es una escuela inmensa. En la Tierra pasaste por la escuela de la vida, y ahora toca pasar de curso y continuar tu formación en una escuela superior. Recuerda que tienes que atravesar la enorme distancia que hay entre un ser humano casi animal y un espíritu puro. Pero no te preocupes: estoy convencida de que las clases serán mucho más apasionantes que las que hayas tenido aquí en el colegio, en la universidad o donde fuera.

-Y en esas escuelas, ¿hay exámenes?

-Creo que no. Al menos no como se conciben aquí. Hay, eso sí, una prueba determinante de que se ha aprendido una lección: cuando puedes enseñarla a los que van por detrás de ti.

-O sea, que los alumnos se van convirtiendo en maestros...

-Exacto. Si puedes enseñarlo, es que ya lo has aprendido, lo has hecho tuyo.

-¿Sabes que te digo? Me va gustando esa escuela.

-Me lo imaginaba –sonrió Sofía. Y añadió – Sobre lo que se aprende en este primer mundo del más allá, hay dos cosas que son importantes. Primero evalúan si en el mundo de inicio (la Tierra, en nuestro caso) hemos tenido una experiencia paternal satisfactoria y, en caso contrario, vamos a trabajar a las “guarderías”. En segundo lugar...

-Espera, espera –le interrumpió Miguel - ¿Guarderías? ¿Quieres decir que hay niños en ese mundo?

-Sí, Miguel. Los niños que mueren en mundos como el nuestro pasan al siguiente tal como eran. Esto es, como niños. Por el hecho de pasar al otro lado no se gana ningún tipo de conocimiento ni de experiencia, si exceptuamos que se tiene la evidencia de que hay algo más después de la muerte física. Por tanto, el que pasa al otro lado como niño no sigue el mismo camino que el que consiguió vivir como

adulto en el primer mundo. De momento, tiene que esperar a que uno de sus padres pase al otro lado. Y, mientras eso sucede, está en la guardería y alguien ha de cuidar de él.

-Y ahí es donde ayudan los que no han sido padres en el primer mundo, o no lo suficiente. ¿Y qué se entiende por suficiente?

-Bueno, eso depende de cada caso individual...No se trata tanto de cantidad de hijos como de calidad de paternidad. Según tengo entendido, el número de hijos mínimo considerado es de tres.

-Vaya, tendré que darme prisa entonces –comentó Miguel irónicamente- Aunque no está muy boyante la situación hoy día para tener muchos hijos.

-No te preocupes, Miguel, de todo se sale –dijo Sofía con un guiño. Y añadió – Otra de las cosas que se aprende en el primer mundo del más allá es a quitarnos de encima todas las ideas erróneas, todos los lastres que seguimos arrastrando de nuestro primer mundo.

-Me imagino que eso debe ser más difícil de aprender que el trabajo en las guarderías.

-Sí, supongo que debe ser duro para gente que se ha aferrado firmemente a ciertas ideas comprobar que eran falsas. Me imagino que todos pasaremos por eso en mayor o menor medida. Nadie tiene en este mundo la posesión de la Verdad absoluta, así que todos estamos más o menos equivocados.

-Pero tú pareces muy convencida de todo lo que dices –replicó Miguel.

-Porque tengo la convicción de que es así, Miguel. Lo cual no quiere decir que pretenda imponerte nada. Como te dije cuando nos conocimos, eres tú el que has de reflexionar sobre lo que te digo y decidir si te convence o no.

Miguel asintió con la cabeza varias veces. La verdad es que hasta ahora le estaba pareciendo muy interesante lo que decía Sofía. Y no sólo eso: le estimulaba a pensar más sobre ello, le llevaba a nuevas preguntas. Le empujaba a querer saber más.

-¿Y cuánto tiempo estamos en este primer mundo? –preguntó finalmente.

-No lo sé, Miguel, depende de cada uno. Aquí no hay periodos fijos, como en los cursos escolares. Si aprendes rápido pasas rápidamente a la siguiente etapa. Si necesitas ir más despacio para asimilar lo que debes aprender te llevará más tiempo. Pero te recuerdo que el tiempo no importa cuando tienes toda la eternidad por delante.

-¿Y qué sucede después?

-¿Después de este primer mundo?

-Sí.

-Pues que hay otro.

-¿Y cómo se pasa a ese mundo? ¿Morimos también?

-No, Miguel, sólo morimos una vez. La muerte es una experiencia muy fuerte e intensa como para ir la repitiendo más veces. Después el paso se hace de otra forma: te duermes en un mundo y despiertas en el siguiente. Con otro cuerpo, por cierto.

-¿Otro cuerpo? ¿Y eso por qué?

-Porque te recuerdo que debes convertirte en espíritu, y por tanto cada vez vas teniendo cuerpos menos densos y más parecidos al espíritu en el que te vas a convertir. Y te adelanto que te darán muchos cuerpos hasta que adquieras tu forma espiritual.

-¿Y por cuántos mundos se pasa hasta llegar a ser espíritu?

-¿Alguna vez has oído hablar del séptimo cielo?

-Sí, claro.

-Pues algo sabía el que aludió al séptimo cielo por primera vez, porque los primeros mundos de transición entre lo físico y lo espiritual son justamente siete. Pero creo que será mejor dejar para mañana los mundos por los que vamos pasando. Como verás, tiene mucho que ver con la forma en la que está organizado el universo.

-Sí, mejor que lo dejemos para mañana. ¡Todo esto da un poco de vértigo!

Al día siguiente, en lugar de estar sentada en el banco del parque, Sofia le esperaba de pie.

-He pensado que podríamos ir dando un paseo, aprovechando que sopla una brisa agradable y que el calor ha aflojado un poco. ¿Te parece bien?

A Miguel le pareció bien, así que salieron juntos a caminar por la calle sin rumbo fijo. Dick iba trotando alegremente junto a Miguel, que sujetaba firmemente la correa que lo ligaba. Miguel propuso bajar hasta el mar por la rambla principal de la ciudad, así que hacia allí fueron.

Esta vez fue Sofia quien empezó, sin esperar a que Miguel le recordara en qué punto de la conversación se habían quedado el día anterior.

-Siguiendo con lo que hablamos ayer, empezaré por recordarte que venimos del Padre y por decirte que nuestra carrera hacia la perfección (o, mejor dicho, hacia el Paraíso) no es otra cosa que hacer el camino inverso: o sea, vamos ascendiendo hasta llegar a Él. Y en este camino, aunque sea diferente según quien lo recorra, vamos visitando todo el universo creado. Podría decirse que viajamos desde fuera hacia dentro.

Miguel asintió en silencio, sin saber todavía muy bien a qué se refería Sofia. Ésta se quedó también un rato en silencio, para luego lanzar una pregunta:

-Miguel, ¿sabes cómo está organizado el universo?

-Bueno -Miguel vaciló- Si no me equivoco, el universo lo forman millones de galaxias, formadas a su vez por estrellas, que a su vez pueden contener sistemas de planetas, como es el caso de nuestro Sol.

-¿Y si yo te dijera que el universo que conocemos está organizado de forma diferente a como lo consideramos habitualmente?

-Entonces te pediría que me explicaras cómo es esa organización a la que aludes.

-Y yo estaré encantada de explicártelo, pero tendrás que usar un poco la imaginación.

-De acuerdo. Dispara.

-Bien. Vamos a partir del Paraíso, que es donde vive la Deidad. El Paraíso es el único lugar fijo en toda la creación. Es el que marca dónde están el norte, el sur, el este y el oeste absolutos. Pero, paradójicamente, no está en el espacio.

-¿Que no está en el espacio?

-No, Miguel. Si piensas en el espacio como una red muy tupida de coordenadas, has de concebir el Paraíso como “algo” que está fuera de esa red, pero del que sin embargo surge esa red. Ya sé que es difícil de concebir, pero todo lo que está en relación con la Deidad es una fuente de paradojas para nosotros, que somos seres finitos inmersos en el espacio-tiempo.

-De acuerdo. Ahí en el Paraíso es donde vive Dios. Si es que un ser infinito puede vivir en algún sitio concreto -sonrió Miguel.

-Sí, allí es donde vive Dios, donde se advierte su presencia más intensamente, si es que eso es posible. Pues bien, una vez salimos al exterior nos encontramos con la creación perfecta, que consta de mil millones de mundos girando alrededor del Paraíso.

-¡Mil millones de mundos! ¡Ahí es nada! ¿Y eso a qué se corresponde según la astronomía actual?

-El universo perfecto, aun siendo material, no es visible desde donde nosotros estamos. Hay un cinturón de enormes cuerpos oscuros que lo mantienen oculto. Además, está hecho de una materia cualitativamente diferente a la nuestra...pero sigamos con este viaje desde dentro hacia fuera. Saliendo hacia los confines del espacio desde el universo perfecto nos encontramos con siete universos que giran alrededor del universo perfecto, pero en sentido contrario a éste.

-¿Siete universos? ¡Creía que sólo había uno!

-Sí, reconozco que denominarlos universos puede dar lugar a confusión. Mejor será llamarles “superuniversos”, porque más adelante aludiré a universos bastante más pequeños.

-De acuerdo. Siete superuniversos. ¿Y éstos son visibles con el telescopio?

-Según tengo entendido, sólo podemos ver parte del superuniverso en el que estamos inmersos. Una buena parte de nuestro superuniverso tiene un nombre que te sonará familiar: la Vía Láctea.

Por supuesto que a Miguel le sonaba. La Vía Láctea es el nombre de la galaxia a la que pertenece el sistema solar y, con él, la Tierra.

-O sea, que un superuniverso es una galaxia –dedujo Miguel.

-Es algo más que una galaxia, pero si prefieres imaginarlo así... Esta es una cuestión “nebulosa”, y nunca mejor dicho, hablando de galaxias.

-Los siete superuniversos... ¿forman parte de la creación “imperfecta”?

-Así es –corroboró Sofía.

-Pero hay algo que no me encaja. Los superuniversos no pueden equivaler a galaxias, porque los astrónomos han descubierto millones de galaxias en el espacio. Siete galaxias para la creación habitada me parecen pocas. Además –añadió Miguel – me acabas de decir que sólo podemos ver una parte del superuniverso en el que estamos.

-Dicho así es cierto que suena incoherente. Pero hay algunas cosas que debemos tener en cuenta. Primero, los otros superuniversos están girando en el mismo plano; no están situados unos por encima o por debajo de los demás, por lo que, si tenemos en cuenta las enormes distancias que nos separan y los cuerpos celestes que se interponen, es comprensible que no podamos verlos. Segundo, no está tan claro que los superuniversos tengan la misma forma espiral que las galaxias que vemos con nuestros telescopios.

Miguel asintió con la cabeza, aunque no estaba muy convencido.

-Es difícil de creer –acabó diciendo, con el ceño fruncido – No se parece mucho a lo que dicen los astrónomos al respecto.

-Estoy de acuerdo –admitió Sofía- Pero considéralo como una hipótesis de trabajo. Quién sabe, quizá algún día el modelo de universo

que propongan los astrónomos se parecerá al que te estoy describiendo. De momento ya hay astrónomos que han planteado que el universo es plano, lo cual ya es un buen punto de partida para ir a parar a mi modelo.

Miguel seguía dándole vueltas a esta descripción del universo.

-De acuerdo. Vamos a admitir que los superuniversos no son exactamente galaxias y que están dispuestos en el mismo plano, de forma que no podemos distinguirlos –recapituló el joven- Pero, entonces, ¿a qué corresponden los millones de galaxias que vemos desde la Tierra?

-Ésta es la siguiente parte adonde quería ir a parar –respondió Sofia rápidamente- Siguiendo con nuestro viaje por el universo desde dentro hacia fuera, está el espacio exterior, que es donde se sitúan los millones de galaxias que mencionas.

-Ese espacio exterior... ¿está organizado de alguna manera? ¿Hay superuniversos allí?

-No, Miguel. El espacio exterior es una zona inmensa (comparativamente muchísimo más grande que los siete superuniversos) donde se está preparando el siguiente acto de la creación. Allí todavía no hay vida inteligente, y es probable que los seres que la habiten sean muy diferentes a nosotros.

-¿A qué te refieres con “el siguiente acto de la creación”?

-Bueno, como ya te dije, el primer acto de la creación fue la creación de seres perfectos en origen. El segundo acto fue la creación de seres imperfectos que han de perfeccionarse mediante la experiencia y el aprendizaje. El tercer acto será...otra cosa. Como puedes ver, a Dios no le gusta repetirse. Pero hay algo más...esos futuros habitantes del espacio exterior estarán en relación con nosotros.

Miguel se quedó esperando a que Sofia explicara de qué forma los habitantes del espacio exterior estarían relacionados con nosotros, pero la mujer siguió caminando sin decir nada.

-Sé que te estoy diciendo muchas cosas de golpe, pero a su debido tiempo hablaré un poco más sobre todo esto –le dijo, como si respondiera a sus pensamientos- De hecho te estaba contando todo esto para situarte frente al gran viaje que le espera a todo ser humano, y del que nuestro mundo es uno de los muchos puntos de partida. Si te parece, ahora iré más al detalle, partiendo del superuniverso y yendo hacia divisiones cada vez más pequeñas.

-De acuerdo –convino Miguel.

-Bien –prosiguió Sofia- Ahora tienes la visión de conjunto de toda la creación, la habitada y la no habitada. Dentro de la creación habitada por seres perfectibles, que es donde nos encontramos, existe una organización física y administrativa, con sus diferentes responsables.

-Vaya, yo que creía que Dios lo hacía todo... –bromeó Miguel.

-Dios delega siempre que puede, es otra manifestación más de su amor hacia sus criaturas –respondió Sofia con una sonrisa- Pero descendamos ahora en la escala de los superuniversos hasta llegar a nuestro pequeño mundo. La primera división que nos encontramos es la de los sectores mayores. Según parece, los sectores mayores se

podrían distinguir visualmente, siempre que estuviéramos en la posición correcta para ver un superuniverso entero.

-Desde arriba, por ejemplo.

-Por ejemplo. Un superuniverso tiene diez sectores mayores – prosiguió Sofía – Si nos situamos en un sector mayor, nos encontramos que éste se compone a su vez de cien sectores menores. Desconozco si se pueden distinguir claramente, aunque todas estas divisiones tienen cantidades similares de materia. Pero esto no es todo, porque los sectores menores se dividen, a su vez, en cien universos locales.

-¡Anda! ¿Universos? –exclamó Miguel.

-Sí, a partir de aquí el nombre que se le da a las divisiones empieza a ser equívoco, pues estamos acostumbrados a hablar de “un” universo, cuando en este modelo que te estoy describiendo tendríamos que hablar exactamente de setecientos mil universos, cien mil en cada superuniverso.

Miguel no pudo evitar soltar un silbido.

-A su vez, cada universo local contiene cien constelaciones – prosiguió Sofía – Como en el caso de los universos locales, tampoco en este caso estas constelaciones son las que nosotros conocemos. Hasta ahora las considerábamos como agrupaciones de estrellas que a los antiguos les parecieron que formaban una figura determinada, pero ya sabes que, desde otro punto del universo, esa figura no puede ser la misma. Las constelaciones “tradicionales” son agrupaciones totalmente arbitrarias. Las constelaciones de las que te hablo ahora obedecen a una clasificación administrativa, y no dependen de si configuran o no una figura en el espacio.

Miguel volvió a sentir una extraña sensación de vértigo. Era difícil concebir una creación tan enorme pero a la vez organizada de una forma tan minuciosa. Por su parte, Sofía seguía con su descripción de modo entusiasta, como si fuera una profesora disfrutando de la lección que estaba impartiendo:

-En cada sector menor hay cien constelaciones. Pero aún tenemos una división más, que es la de los sistemas. Una constelación contiene 100 sistemas.

-Una vez más, me imagino que tampoco se refiere a “sistemas” en el sentido que damos a nuestro sistema solar –comentó Miguel.

-Cierto. Tampoco en este caso estamos hablando de los mismos sistemas. Ésta es la última división administrativa, que engloba a mil mundos habitados. Y fíjate bien que he dicho “habitados”. En esos mil mundos no están incluidos aquellos planetas que no albergan vida.

-Es curioso –señaló Miguel, después de unos segundos de reflexión- que en las divisiones aparezcan potencias de diez, como el cien y el mil. Aunque sin embargo los superuniversos son siete, no diez.

-No es algo casual –respondió Sofía- Los números siete y diez son una constante en toda la creación. Ayer te hablaba de siete mundos o “cielos”; hoy te he hablado sobre siete superuniversos...El siete es un número que tiene que ver con el mundo espiritual, mientras que el diez (y sus potencias) es el número relacionado con el mundo físico.



-Pero, si los superuniversos son físicos, ¿por qué no son diez en lugar de siete?

Sofía se detuvo y le miró con una sonrisa enigmática.

-Hay una explicación, que tiene que ver con la Trinidad de la que te hablé.

-¿Con la Trinidad? –inquirió Miguel, perplejo- ¿Qué tiene que ver el tres con el siete?

-Cuestión de combinatoria, Miguel. ¿Cuántas combinaciones diferentes de tres elementos pueden hacerse en grupos de uno, de dos y de tres?

Miguel hizo el cálculo mental y, asintiendo con la cabeza, respondió:

-Siete.

- Padre, Hijo, Espíritu, Padre-Hijo, Padre-Espíritu, Hijo-Espíritu y Padre-Hijo-Espíritu –enumeró Sofía – En efecto, son siete en total.

-¿Eso quiere decir que cada superuniverso “representa” una de estas combinaciones?

-Bingo, Miguel. Veo que tu mente funciona rápido –dijo Sofía con una amplia sonrisa.

-¿Y cuál es la combinación que nuestro universo representa?

-Justamente la del Padre-Hijo-Espíritu.

-Entonces, si cada superuniverso representa una combinación diferente de la Trinidad, se supone que tendrán características distintas –reflexionó Miguel.

-Sí, cada superuniverso es diferente a los demás, aunque todos son físicos. De todas formas, no puedo decirte en qué se diferencia cada uno de los demás, porque no lo sé. No se han dado muchas explicaciones al respecto. Según parece, funcionan separadamente, sin que haya contactos entre personalidades de superuniversos diferentes. Son independientes.

-Y ¿fueron creados todos a la vez, o siguieron un orden?

-Si no recuerdo mal, creo que el primer superuniverso, el que representa a Dios Padre, es el más antiguo.

-¿Y qué número es el nuestro?

-El séptimo, que, como te he dicho antes, representa a las tres Personas de la Trinidad.

Miguel y Sofía caminaron durante un buen rato en silencio. Miguel con la cabeza baja, mirando al suelo, intentando ordenar en su cabeza todo lo que Sofía le había explicado ese día. Sofía mientras tanto levantaba la cabeza hacia el cielo, contemplando el lento desplazamiento de las nubes hacia el norte.

-¿Sabes una cosa? –dijo Miguel finalmente – Me alegro de vivir en el séptimo superuniverso, aunque no sé explicar el porqué.

-Hay algo reservado en el futuro para el séptimo universo, de lo que quizá te hable algún día –respondió Sofía – Pero hemos llegado al final del paseo. ¡Hablando, hablando, hemos llegado hasta la playa!

Efectivamente, habían bajado por el paseo que llega hasta el mar. Miguel casi no había prestado atención a la caminata, atento como había estado a las explicaciones de Sofía.

-¡Es verdad! –exclamó Miguel –Y todavía queda pendiente que me hables del camino que recorremos hasta Dios.

-Es verdad –reconoció Sofía – En cierto modo, será como desandar lo que hemos andado. Del mismo modo que vamos a hacer ahora para volver a casa. Pero, si te parece, hablaremos de eso mañana.



Durante el camino de vuelta, Miguel y Sofía repasaron toda la organización de la creación. Sofía sacó una libreta y un bolígrafo de su bolso, y anotó en una hoja las unidades en las que se componía un superuniverso junto con las cantidades de las unidades inmediatamente inferiores que las componían. También le hizo un pequeño croquis sobre la disposición de todo el universo creado, que ella llamó Gran Universo.

Una vez en casa, Miguel empezó a multiplicar hasta llegar al número de mundos total, y se quedó tan anonadado que se prometió a sí mismo que al día siguiente, en cuanto viera a Sofía, se lo comentaría.

-Ayer estuve haciendo cálculos sobre el número de mundos habitados – dijo Miguel la tarde siguiente, una vez estuvieron sentados en su banco del parque - ¿Sabes la cantidad de mundos con vida que hay ahí fuera?

Sofía rió brevemente antes de responder.

-Pues, la verdad, no recuerdo exactamente. ¿Cuántos son?

-En cada superuniverso hay un billón -con “b”- de mundos. O sea, siete billones de mundos contando los siete superuniversos. ¡El cosmos está lleno de gente! ¡Y pensar que todavía hay quien se pregunta si estamos solos en el universo!

-Sí, suena ridículo, ¿verdad? –Sofía respiró hondo y miró el cielo azul, esta vez sin nubes – Siempre me pareció que, si era cierto que estábamos solos en el universo, todo lo que podía verse en el cielo durante una noche clara era un desperdicio. Me costaba creer que las estrellas estaban ahí simplemente para deleitar a los terrícolas con su brillo.

-Supongo que si ha costado tanto admitir algo tan obvio es porque aceptar la existencia de seres en otros planetas lleva a cuestiones que han sido espinosas en otros tiempos, tanto religiosas como científicas. Porque, esos otros humanos... ¿son también hijos de Dios? ¿Llevan también el estigma del pecado original? ¿Fue Jesús a visitarles y a redimirles de sus pecados? Y, en cuanto a las implicaciones científicas, no son menos importantes. Porque para aquellos que piensan que los humanos de este planeta somos un accidente del cosmos causado por el azar, cuesta creer que ese accidente pueda repetirse miles de miles de millones de veces en otras partes y en otros mundos que pueden diferir mucho del nuestro.

Sofía iba asintiendo cada cierto tiempo a lo que Miguel decía.

-Una cosa está clara, Miguel –dijo finalmente Sofía – En todos los aspectos de la vida tenemos que ser fieles a la verdad, aunque eso nos lleve a plantearnos nuestras creencias más sólidas. Tenemos que ser valientes, tener la mente abierta, examinar críticamente los conocimientos que recibimos. El que no se atreve a cuestionarse sus ideas por miedo a lo que se puede encontrar no avanzará jamás, se quedará estancado y anclado en sus pequeñas verdades muertas. El que se atreve a dudar, el que busca, siempre llega lejos, y sus esfuerzos tarde o temprano se ven recompensados.

-Al menos en ese aspecto no tengo problema; nunca me ha importado reconocer que estaba equivocado –dijo Miguel al cabo de un rato – No soy de los de “sostenella y no enmendalla”.

-Ésa es una buena actitud –rió Sofía – Reconocer los propios errores es liberador. Te permite dedicar tus esfuerzos a la búsqueda de la verdad, en lugar de ir buscando pretextos para mantener tus ideas erróneas. Aunque siempre hay que tener cuidado: el orgullo a veces nos juega malas pasadas.

-Sí. Algunas veces preferiríamos cortarnos las venas a reconocer que estamos equivocados, todo por mantener el ego bien alto.

-Al ego hay que mantenerlo en su justa altura, ni muy alto ni muy bajo –replicó Sofía- No tenemos que darnos excesiva importancia, pero tampoco quitárnosla. ¡En esta vida siempre tenemos que ir haciendo equilibrios! El ser humano tiene tendencia a irse a los extremos en todos los ámbitos, cuando la mejor actitud es la del término medio.

Miguel no acabó de entender este último comentario de Sofía y, como fuera que el día anterior quedó una explicación pendiente, aprovechó para cambiar de tema:

-Ayer me explicaste cómo está organizado el universo, y me dijiste que nosotros realizamos el viaje hacia el Paraíso siguiendo esa organización...

-Exactamente –corroboró Sofía- Comencé hablándote de los siete mundos o “cielos” de transición. En realidad, esos mundos forman parte de un sistema de mundos que giran alrededor de la capital de nuestro sistema. De hecho, vamos recorriendo todo esos mundos hasta llegar a la capital. Para entonces se ha producido un hecho importante, del que te hablaré otro día.

-Vaya, siempre hay otro día –comentó Miguel irónicamente – Voy a tener que apuntar todo lo que tienes pendiente de explicarme. La lista promete ser larga.

-¡Y que lo digas! –rió Sofía- Mejor será que me vayas recordando todo lo que voy dejando para más tarde, porque tengo muchas cosas en la cabeza y la edad no perdona. Seguro que se me olvida.

-Tranquila, tengo buena memoria –dijo Miguel con un guiño.

-Bien. Siguiendo con nuestro viaje, desde la capital del sistema viajamos hacia el sistema de mundos que rodean la capital de la constelación. Debo decir que, durante el camino de ascensión hacia el Paraíso, mientras estamos en nuestro superuniverso siempre nos movemos dentro de la unidad a la que pertenecemos.

-De momento... ¿cuántos mundos llevamos? –preguntó Miguel.

-Déjame contar... –Sofía alzó los ojos, ocupada en hacer cálculos mentales – La capital del sistema tiene siete satélites, y éstos a su vez tienen otros siete planetas alrededor. Esto hace un total de cincuenta y seis mundos, sin contar la capital. Alrededor de la sede de la constelación hay setenta esferas, que también hay que recorrer una por una. ¡Ve sumando! Pero esto es sólo el principio. ¡Espera a que lleguemos al final!

Miguel asintió y esperó a que Sofía continuara.

-Veamos...desde la capital de la constelación “saltamos” a la capital del universo local, que tiene la friolera de 490 mundos dispuestos en esferas primarias y secundarias. Iremos recorriendo todas esas esferas hasta que lleguemos a la capital del universo local. Allí tendremos un encuentro (o reencuentro) con Alguien muy especial...pero eso lo voy a dejar para más adelante. Así que ya sabes, toma nota de otro tema pendiente –dijo Sofía con un guiño.

Miguel le devolvió el guiño y siguió escuchando atentamente.

-De momento llevamos recorridos, si mis cuentas no fallan, unos 1.118 mundos. Pero eso no es todo: durante este peregrinar dentro de los límites de nuestro universo local hemos utilizado unos 570 cuerpos diferentes, cada uno de ellos menos material, menos denso que el anterior. Recuerda que estamos realizando el tránsito del mundo físico al espiritual y que no podemos dar un salto demasiado brusco. Cuando debemos pasar por un cambio de éstos, entramos en una especie de sueño del que despertamos con un cuerpo nuevo en el siguiente mundo de nuestro largo viaje.

-Pero si pasamos dormidos de un mundo a otro, se supone que alguien nos ha de llevar hasta allí, ¿no?

-Efectivamente. En las etapas finales ya podemos desplazarnos por nosotros mismos de un mundo al siguiente, pero al principio nos tienen que llevar. Hay ángeles especialmente destinados a ese fin.

Miguel asintió sin decir nada. Era la primera vez que Sofía mencionaba a los ángeles. Por aquel entonces Miguel los consideraba como bonitas figuras de la mitología cristiana, aunque recordaba que cuando era pequeño pensaba en ellos como seres reales que le protegían, seguramente debido a su educación religiosa. Se anotó mentalmente que tenía que pedirle a Sofía que, más adelante, le hablara con más detalle de estos seres celestiales.

-Siguiendo con nuestro viaje, desde la capital del universo local, ya como espíritus, damos un nuevo salto hasta el sistema de mundos que rodean la capital de nuestro sector menor. Una vez más, pasamos por los siete mundos que rodean a la capital del sector menor antes de recalar en ella. Desde la capital realizamos un nuevo salto, esta vez al sistema de mundos del sector mayor. Este sistema está compuesto por setenta mundos, que también deben ser recorridos antes de llegar a la capital del sector mayor.

Sofía hizo una pausa. Miguel intentó imaginarse cuál sería el siguiente paso.

-Si la unidad inmediatamente mayor es el superuniverso, me imagino que el siguiente paso será ir a la capital de éste –aventuró el joven.

-Pues, curiosamente, no es así –replicó Sofía- Cuando has “acabado” con tu sector mayor, te esperan los nueve restantes del superuniverso.

-¿Quieres decir que hay que recorrerlos todos? –preguntó Miguel, asombrado.

-Sí, pero no exhaustivamente. Me imagino que se recorren sólo las capitales de los sectores mayores y, como mucho, las esferas que giran alrededor de éstas.

-Ah, bueno –Miguel respiró aliviado, aunque acto seguido pensó que, aún así, se recorrían una barbaridad de mundos. ¡Desde luego no le iban a faltar lugares que visitar!

-Una vez se han recorrido todos los sectores mayores del superuniverso, entonces sí, se va a la capital –prosiguió Sofía- Por supuesto, y para no ser una excepción, está rodeada de un sistema de mundos satélite por los que también hemos de pasar en nuestro camino

de formación. Son otros cuatrocientos noventa mundos de nada antes de recalar en la capital –añadió, con una sonrisa.

Miguel soltó otro silbido de admiración.

-Piensa que no hay prisa, Miguel. Tenemos toda la eternidad por delante, y cada uno de los mundos que recorreremos tiene mucho que enseñarnos y ofrecernos –comentó Sofía.

-Sí, tienes razón –admitió Miguel- Pero no deja de sonar impresionante todo lo que nos espera.

-Es impresionante, sí –respondió Sofía- Aunque la cosa no se queda ahí, porque desde la capital del superuniverso saltamos a... – Sofía se quedó a la expectativa, esperando que Miguel acabara la frase.

Miguel dudó unos segundos entre los superuniversos restantes y el universo perfecto, y finalmente respondió:

-¿Al universo perfecto?

-¡Exacto! Ése es uno de los grandes saltos. En este viaje hay una diferencia respecto a los viajes anteriores: se tiene que hacer en solitario. De modo análogo, si hasta ahora nos habían enseñado siempre en grupos, a partir del universo perfecto la formación es individual.

Miguel asintió mientras su imaginación volaba lejos, intentando visualizar cómo serían aquellos mundos perfectos. Intentó imaginar la máxima belleza y esplendor, aunque intuyó que, probablemente, se estaría quedando corto en sus elucubraciones.

-Igual que sucedía en el primer mundo tras la muerte física, nada más llegar al universo perfecto nos dan unas largas vacaciones para hacer lo que queramos: visitar a antiguos amigos o averiguar dónde se encuentran, hacer turismo...Es un periodo de ocio necesario antes de seguir con nuestro peregrinaje, y más teniendo en cuenta que debemos recorrer todos y cada uno de los mundos del universo perfecto.

-¿Y cuántos son exactamente? –inquirió Miguel, que no recordaba el número de mundos (si es que Sofía lo había mencionado alguna vez).

-Creo que te lo dije cuando hablamos de la organización de la creación –respondió Sofía- Mil millones de mundos.

-¡Madre mía! –exclamó Miguel –¡El viaje por el superuniverso era un paseo en comparación con esto!

-Y que lo digas –admitió Sofía- Los mil millones de mundos están dispuestos en siete circuitos dispuestos concéntricamente alrededor del Paraíso. Llegamos al universo perfecto en el circuito más exterior, y tenemos que ir recorriendo todos los planetas de ese circuito para, a continuación, saltar al circuito inmediatamente interior. Así hasta llegar al último mundo del último circuito.

A esas alturas de la exposición de Sofía, Miguel ya llevaba un buen rato boquiabierto.

-¿Quién dijo que el cielo es aburrido? –se preguntó el joven. Y añadió –Con lo que me gusta viajar, ¡cuando pase al otro lado me voy a hartar!

Sofía rió de buena gana.

-No creo que te hartes –le respondió con un guiño.

-No, yo tampoco –replicó Miguel con otro guiño.

-De todos modos, aquí no finaliza el viaje –prosiguió Sofia- Una vez hemos recorrido todos y cada uno de los mundos del universo perfecto, nos queda otro salto importante: ¡el Paraíso nos está esperando!

-Si el Paraíso no está en el espacio, si no es un lugar, ¿cómo se llega hasta allí? –preguntó Miguel.

-En cierto modo el tránsito es similar a cuando pasamos de una esfera a otra de los mundos de transición. Hay ángeles “especiales” que cargan con nuestro espíritu dormido y nos llevan hasta las orillas del Paraíso. No podríamos viajar conscientemente a un lugar en el que el tiempo y el espacio no existen.

-O sea, que hasta que no llegamos al Paraíso no nos libramos completamente de las cadenas del espacio y el tiempo.

-Así es.

-Me cuesta concebir cómo se vive sin espacio y sin tiempo –reconoció Miguel.

-Es normal que te cueste, porque hoy por hoy nuestra existencia está tan inmersa en el espacio y el tiempo que no concebimos vivir fuera de sus coordenadas. Pero cuando lleguemos al Paraíso nos habremos librado ya de existir dentro de la tupida red del espacio, dentro del túnel de secuencialidad del tiempo: viviremos en un eterno Aquí y Ahora.

-Y, una vez estemos en el Paraíso, ¿nos quedamos allí para siempre jamás?

Sofía negó con la cabeza.

-No, Miguel, ni siquiera el Paraíso es el final. Una vez allí, cuando ya hemos “aprendido” a ver a Dios, nos esperan misiones apasionantes que cumplir, misiones que no son las mismas para todos. Cada mortal sigue un camino que en líneas generales es similar al que emprenden los demás, pero que en realidad es tan único como aquél que lo recorre.

Durante unos breves instantes se mantuvieron en silencio. A su alrededor reinaba el bullicio, pero Miguel había conseguido aislarse del ruido. Su mente estaba muy lejos, más allá del universo conocido.

-Comenzamos nuestro viaje como mortales imperfectos de mundos del tiempo y del espacio, y acabamos como espíritus puros y perfectos gracias a la experiencia adquirida en la enorme escuela de la creación –recapituló Sofia- ¿Qué más nos puede aguardar entonces? De hecho las posibilidades son innumerables. Podemos servir a otros mortales embarcados en su viaje. Podemos ayudar a los seres encargados del gobierno de una parte de la creación. Y aún existe una perspectiva todavía más apasionante: nos pueden destinar a gobernar los reinos inmensos del espacio exterior.

-¿Ésta es la relación con los habitantes del espacio exterior de la que me hablaste? –preguntó Miguel.

-Sí –afirmó Sofia- Nosotros, como mortales perfeccionados, seremos para los habitantes del espacio exterior lo mismo que los habitantes del universo perfecto para nosotros. Seremos la manifestación de un tipo de perfección que ellos no pueden poseer por su naturaleza, pero que podrán conocer a través de nosotros.

Miguel se desprezó en el banco, aspiró aire y lo expulsó de golpe.

-Me gusta ese viaje –dijo el joven con una sonrisa - ¿Cuándo nos vamos?

Sofía soltó una carcajada. Miguel al verla pensó que podría ser mayor en edad, pero en espíritu estaba llena de energía y vitalidad.

-El viaje, querido Miguel, acaba de empezar –respondió la mujer.



Debido a compromisos del uno y del otro, pasaron unos días antes de que Miguel y Sofia pudieran proseguir con sus conversaciones. Eso dio ocasión a Miguel para reflexionar sobre todo lo que habían estado hablando. Cuantas más vueltas le daba a las explicaciones de Sofia, más coherencia veía en ellas: en la organización del universo, en el destino de los mortales de carne y hueso, en la historia de la creación...

De todos modos, Miguel sabía que todavía faltaba mucho por contar, le quedaban muchas preguntas por responder...Así que, el día que reanudaron las conversaciones, esperó a que Sofia tomara la iniciativa y sacara ella el tema sobre el que iban a tratar.

Aquella tarde acababa de caer un chaparrón de verano. Los bancos del parque estaban mojados y el suelo lleno de charcos, así que decidieron tomar un café en un bar cercano. Era un bar pequeño pero acogedor, con una luz suave y tenue que invitaba a la conversación. Miguel advirtió sorprendido que había incluso una pequeña estantería con libros, que los clientes podían tomar y leer si querían. Se prometió que, un día de esos, llevaría allí a Elena.

Una vez les trajeron los cafés a la mesa, después de un breve intercambio de comentarios intrascendentes, Sofia dijo:

-Estos últimos días hemos estado de viaje por el espacio exterior, así que ahora toca poner los pies en el suelo y hablar un poco de nuestro planeta, ¿no te parece?

-De acuerdo –convino Miguel.

Sofia se tomó unos segundos antes de comenzar, y lo hizo con una pregunta:

-¿Cómo crees tú que surge la vida en un planeta, Miguel?

-Bueno, como te dije hace unos días, me cuesta aceptar que la vida pudiera surgir del azar –respondió Miguel casi al instante – Así que la respuesta alternativa tiene que ser que hay un Diseñador.

-Entonces –replicó Sofia - ¿Qué hubo en realidad? ¿Evolución o creación?

Miguel se quedó un rato pensativo. Había algo en esa disyuntiva que le parecía engañoso, y así se lo hizo saber a Sofia:

-¿Y por qué tiene que ser o una cosa o la otra? ¿No pueden ser las dos a la vez?

-Exacto –aprobó Sofia con una gran sonrisa – Has dado en el clavo. No tiene sentido discutir sobre si la vida surgió por evolución o por creación, pues las dos intervienen en el desarrollo de la vida. ¿Sabes, Miguel? La vida en un planeta no surge fortuitamente...se siembra.

-¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Miguel, asombrado.

-Quiero decir que, una vez se considera que el planeta tiene las condiciones físicas apropiadas, “alguien” siembra la vida en ese planeta, y vigila que el proceso no se detenga.

-Vaya –dijo Miguel, rascándose la cabeza – Al final van a tener razón los que dicen que somos una creación de los extraterrestres.

-Decir que fueron los extraterrestres los que crearon la vida en la tierra sería simplificar demasiado –contestó Sofía enigmáticamente.

Miguel esperó a que Sofía diera más detalles, pero ésta tomó unos sorbos de café antes de proseguir

-La vida... -dijo, como pensando para sí misma- ¿Te has parado a pensar qué es la vida? ¿Qué es lo que distingue la materia inanimada de la materia viva? Todavía hoy los científicos no tienen claro dónde poner la línea. ¿Un virus es un ser vivo? En muchos aspectos no lo es, pues necesita de las células vivas para subsistir, y sin embargo se reproduce, muta...igual que los organismos vivos.

Miguel siguió mirándola sin apenas pestañear.

-La vida nos rodea y, sin embargo, no podemos crearla. No podemos dar vida a la materia muerta. Podemos mantenerla, podemos expulsarla, pero no podemos insuflarla a un cuerpo inanimado. La vida, Miguel, es uno de los mayores secretos del universo para nosotros los mortales.

-Entonces, ¿qué dirías que es la vida? –preguntó Miguel.

-Sé que no suena muy científico, pero yo la definiría como un soplo –respondió Sofía con una sonrisa. Y añadió – Un soplo transmitido por un espíritu que rodea la creación en la que vivimos. Un soplo mantenido después por una serie de reacciones químicas, en el seno de una materia que puede sostener ese soplo. Un soplo que, cuando marcha de un cuerpo, vuelve a la fuente de la que surgió.

Miguel estaba estupefacto. Nunca se había planteado que la vida pudiera considerarse de esa forma. No sonaba muy científico, pero tampoco la ciencia había llegado demasiado lejos al respecto.

-Pero volvamos a la siembra –prosiguió Sofía- Antes te he dicho que “alguien”, a los que llamaremos “jardineros”, siembra la vida en un planeta. Estos jardineros vigilan y cuidan que los brotes de vida crezcan en entornos adecuados. Es más, pueden alterar el entorno físico para favorecer el desarrollo de la vida. Al principio la vida es monocelular, como muy bien han dicho nuestros científicos. Todavía tenemos organismos monocelulares hoy día: ¿quién no ha leído sobre las amebas, los paramecios o las diatomeas en los libros de texto?

-Entonces... ¿cómo funciona la evolución? ¿También la provocan los jardineros?

-No, Miguel. La vida que se siembra tiene encerrados unos potenciales, que se activan cuando las circunstancias ambientales son apropiadas. Entonces se produce un cambio, un “salto”, surge algo nuevo que en muchos aspectos es radicalmente diferente de aquello de lo que surgió.

Miguel sacudió la cabeza.

-No entiendo nada –admitió - ¿En qué consisten esos saltos?

-Aunque parezca imposible...surgen especies de otras distintas.

Miguel puso cara de incredulidad.

-Aunque no sólo hay avances; también se producen retrocesos – insistió Sofía – Por ejemplo, en nuestro planeta hubo un desarrollo inesperado de virus y bacterias, que fueron un retroceso no buscado de

los organismos unicelulares. También los primates actuales son un retroceso de los homínidos.

-Soy capaz de comprender lo de los retrocesos –dijo Miguel – Pero lo de los saltos...en fin, me cuesta concebir que surja una especie de otra sin que haya pasos intermedios.

-No existen los pasos intermedios –replicó Sofía – Al menos, no en los cambios realmente importantes. No existen los eslabones perdidos. Es difícil de comprender –le animó Sofía- Pero sucede. Mejor dicho, ha sucedido...en el pasado.

-¿En el pasado? ¿Significa eso que ya no hay evolución?

-Ya no aparecerán especies nuevas, si es eso a lo que te refieres – respondió Sofía – De hecho la evolución va siguiendo su curso, los potenciales de la materia viva se van haciendo reales a medida que las condiciones ambientales son propicias...pero llega un momento en el que ese proceso se agota. Y es justamente cuando entra en escena una especie muy especial, valga la redundancia –rió.

-¿Y qué especie es ésta? –preguntó Miguel, aunque se imaginó cuál era la respuesta.

-El hombre –corroboró Sofía, y volvió a dar otro sorbo de su café, que empezaba ya a enfriarse.

-El hombre...-repitió Miguel, ensimismado.

-El hombre es un animal especial –prosiguió Sofía – Desde antiguo los sabios han apuntado como rasgo distintivo que los hombres tienen alma, mientras que los animales no. Y eso es cierto, pero hay mucho más que decir al respecto. Los seres humanos somos conscientes de nuestra identidad, de que cada uno somos distintos al resto de humanos. Tenemos voluntad: actuamos con vistas a situaciones futuras. No dependemos del medio físico en la misma medida que el resto de animales. Estamos menos adaptados que ellos al medio ambiente, pero por otro lado eso nos hace más independientes de éste. Es más: tenemos la capacidad de adaptar el medio a nosotros. También somos los únicos capaces de conocer a Dios.

-O sea, que somos los reyes de la creación –remató Miguel.

Sofía soltó una de sus breves carcajadas.

-Sí, aunque muchas veces nos comportemos como los tiranos de la creación –y añadió – La cuestión es que, en cuanto aparece en un planeta un ser con voluntad, capaz de tomar libremente decisiones que afecten a su vida futura, las cosas ya no vuelven a ser como antes.

-¿Y qué es lo que pasa a partir de ese momento?

-Como te he apuntado antes, dejan de aparecer especies nuevas. Los potenciales de la vida ya no producen saltos. Los jardineros deben retirarse de la escena. Ya no pueden manipular el medio físico. A partir de entonces, la vida debe seguir su curso.

-Pero, ¿por qué?

-Porque el libre albedrío es sagrado, querido Miguel –respondió Sofía con una amplia sonrisa – Los humanos son, a partir de ese momento, responsables de lo que hagan en ese planeta. Y eso incluye también al resto de seres vivos que comparten el mundo con ellos.

Miguel se quedó callado, contemplando pensativo el poso del café, que hacía tiempo había tomado. Todo eso era nuevo para él, y necesitaba un tiempo para asimilarlo.

-Entonces... ¿No existe el eslabón perdido entre el mono y el hombre? –preguntó finalmente.

Sofía negó con la cabeza.

-No, Miguel. La búsqueda del eslabón perdido es inútil. Jamás se encontrará. Se encontrarán primates u hombres, pero nunca algo situado en un estado intermedio. O se tiene voluntad o no se tiene. Y los primates no la tenían. Los seres humanos dotados de voluntad surgieron repentinamente de una familia de primates. Sus progenitores eran más inteligentes que el resto de congéneres, pero eran primates al fin y al cabo.

-Es increíble...-murmuró Miguel, casi para sí mismo- ¿Crees que los científicos podrían descubrir algún día ese potencial capaz de crear nuevas especies de otras distintas?

-Lo dudo –respondió Sofía, escéptica – Piensa que ese potencial se agotó hace miles de años, y que el comienzo del fin se dio cuando apareció el hombre. De todas formas –añadió, pensativa – es posible que haya potenciales menores que estén esperando el momento de hacerse realidad.

-Y... ¿cómo empezó la especie humana? –preguntó Miguel, al que siempre le había interesado la biología – Dices que surgió repentinamente, pero...¿cuántos humanos surgieron a la vez de entre los primates?

-En realidad, fue sólo una pareja. Gemelos, para ser exactos.

Miguel se quedó estupefacto por unos segundos.

-¿Hermanos gemelos? –repitió.

-Sí –confirmó Sofía- La raza humana se inició con dos hermanos gemelos, que dieron lugar con su descendencia al desarrollo de la especie humana.

-Caramba –comentó Miguel – Y pensar que ahora el incesto es un tabú...

-Eso es ahora –fue la respuesta de Sofía – Cuando se inicia una especie nueva, un linaje nuevo, es la única forma de que este linaje no sólo se multiplique, sino que no degenera con el paso de las generaciones. En el caso del ser humano, la distancia genética existente entre los primates y los humanos no era insalvable como lo es ahora. En los primeros tiempos existía un peligro real de degeneración. Al principio los seres humanos, los descendientes directos de los gemelos, se reproducían entre ellos. Pero con el paso del tiempo muchos humanos se mezclaron con primates, dando lugar a pueblos más atrasados. Debido a la proliferación y mayor supervivencia de los primates más atrasados, la distancia se hizo más grande y finalmente no fue posible el cruce.

Miguel, aprovechando que el camarero andaba cerca, le pidió otro café. Sofía pidió un zumo de naranja y continuaron con la conversación.

-Pero aún hubo otro cambio importante entre la raza humana, un cambio que se dio aproximadamente medio millón de años después de

que surgiera la especie –prosiguió Sofía- Fue, podríamos denominarlo así, el último salto. Aparecieron las razas de color a partir de una pareja.

-¿Así, sin más? –exclamó Miguel, estupefacto- Caramba, no tenía muy claro cuál podía ser el origen de las razas, pero desde luego nunca me imaginé que surgieron todas a la vez, y de una sola familia.

-Pues sí, parece ser que fue así. Una sola pareja de humanos tuvo hijos de colores diferentes. Antes de que me preguntes por qué, te diré que las razas humanas contienen diferentes dotes y características que contribuyen a mejorar a la especie en general cuando se mezclan. Sin embargo, la mezcla no debe hacerse de cualquier manera, sino siempre de lo superior de cada raza.

Miguel se la quedó mirando con aire escéptico.

-Ya sé que no suena muy políticamente correcto esto que voy a decir –continuó Sofía, como si hubiera adivinado los pensamientos de Miguel – Pero la verdad a menudo no suele ser políticamente correcta. No, Miguel, los seres humanos no somos iguales. Nos aguarda el mismo camino, y todos tenemos igualdad de oportunidades en el terreno espiritual. Pero, querido amigo, en el terreno material...es otra historia. Cuando lo superior se une a lo superior, se mantiene la calidad. Si lo superior se une a lo inferior...la calidad acaba por descender al cabo de pocas generaciones.

Miguel iba a replicar algo, pero finalmente no dijo nada. Le parecía que estaban pisando terreno resbaladizo y, por otra parte, recordaba épocas pasadas en las que se cometieron muchas atrocidades en nombre de supuestos pueblos superiores.

-Creo que esto me va a resultar difícil de digerir –reconoció Miguel, sacudiendo la cabeza – Pero estoy dispuesto a llegar hasta el final de tus razonamientos.

-Ésa es una postura muy valiente –reconoció Sofía con evidente satisfacción –Y seguiremos hablando sobre ese tema. Pero he olvidado mencionar un detalle muy importante de la evolución de la vida en nuestro planeta. Algo que explica en parte por qué nuestro mundo es como es.

Miguel le animó con gestos a que siguiera.

-Los jardineros tienen autorización para hacer experimentos con la vida en un planeta de cada diez. Por eso a estos planetas se les llama mundos decimales. Pues bien, nuestro planeta es uno de ellos.

-¿Y eso que implica? –preguntó Miguel enarcando las cejas.

-Eso implica que existe un riesgo de que el planeta se aleje del curso previsto –respondió Sofía- Normalmente los experimentos están controlados; se prueba con reacciones químicas específicas para curar enfermedades, por ejemplo; o bien aparece, como pasó en nuestro mundo, un tipo de mamíferos no placentarios, mamíferos que acabaron por extinguirse pues no se adaptaron bien al medio. También se hicieron algunos experimentos con la especie humana. En los planetas normales, las razas van apareciendo de una en una, siguiendo un orden. En nuestro mundo las razas aparecieron todas a la vez, y de una misma familia. También hubo otra variación; en los mundos normales,

la voluntad humana aparece con las razas de color. En nuestro mundo, la voluntad apareció con los primeros humanos, nada menos que medio millón de años antes de lo previsto.

-Entonces, los planetas decimales son a priori más complicados... - comentó Miguel.

-Es posible. Pero también más entretenidos -y le guiñó un ojo.

Tras salir del bar, Miguel y Sofia se citaron para el día siguiente. Durante esa noche, que fue especialmente bochornosa, Miguel no paró de darle vueltas a lo que Sofia le había explicado sobre el origen de la vida y de los seres humanos. Aunque todavía no acababa de aceptar lo que Sofia le había explicado al respecto, sí que le quedó la idea (por no decir el convencimiento) de que los seres humanos no sólo lo desconocían casi todo sobre sus orígenes, sino también que estaban en gran parte engañados sobre ellos. Ya fuera porque no se había sabido interpretar los indicios encontrados, o porque parte de lo que se había encontrado no parecía encajar en una explicación preconcebida, lo cierto es que había muchos enigmas en la historia que no parecían tener solución.

Miguel pensó que sería buena idea continuar con la historia, a partir del surgimiento de las razas, pues sentía curiosidad por lo que Sofia pudiera decirle sobre el tema.

-Así que quieres que continúe con la historia de la humanidad – respondió Sofia a la sugerencia de Miguel, sentados ya en su banco del parque – Como comprenderás, no puedo ser muy extensa, pero sí que puedo decir alguna cosa acerca de ciertos hechos que sucedieron, y que de alguna manera marcaron el futuro del planeta.

-Adelante, soy todo oídos –dijo Miguel con una sonrisa, mientras se acomodaba un poco mejor en el banco.

-Bien, allá va –dijo Sofia como para darse ánimo – Cuando aparecieron las seis razas de color, se produjo un acontecimiento importante en todo planeta habitado: la llegada del encargado de dirigir los asuntos del mundo.

-Vaya –comentó Miguel – Un rey del mundo.

-Tanto como rey...dejémoslo en príncipe –le corrigió Sofia con una sonrisa.

-Bien. Príncipe entonces.

-Los príncipes de los mundos son seres que los humanos del planeta no pueden ver –prosiguió Sofia – De modo que tienen que acompañarse de seres que sean visibles a los ojos de los humanos. Estos seres, a los que vamos a llamar el séquito del príncipe, son los enlaces entre el príncipe y los nativos del planeta. Los miembros de este séquito se encargan de crear y dirigir escuelas donde enseñar a los humanos todo tipo de cosas relacionadas con el cuerpo, la mente y el espíritu.

-Entonces, si los miembros del séquito eran visibles, ¿se supone que también eran humanos como nosotros?

-Sí, pero hay que matizar un poco esa afirmación –replicó Sofia- El equipo del príncipe está formado por mortales como nosotros que nacieron en planetas como el nuestro, pero que ya van por la etapa de la capital del sistema en su ascensión hacia el Paraíso. Se ofrecen voluntarios para ayudar a mortales como ellos, siempre de un planeta

distinto al suyo. Como no tienen un cuerpo físico, porque el suyo lo dejaron en sus planetas de origen cuando murieron, tienen que procurarles otros. Cuerpos de hombre para los que un día nacieron como hombres, y de mujeres para las que un día nacieron como mujeres. De ese asunto se encargan los jardineros.

Miguel asintió. Aquello era totalmente nuevo para él, y se sentía enormemente interesado por esa parte desconocida de la historia.

-¿Nosotros podríamos ser algún día miembros de un séquito? – preguntó Miguel.

-Por supuesto, si así lo deseas y aceptan tu ofrecimiento –respondió Sofía- Supone una experiencia adicional que se incorpora a tu bagaje vital, y siempre tendrás toda la eternidad por delante para seguir tu camino hacia arriba.

Miguel movió la cabeza, pensativo. “Así que es posible volver a otro mundo material con un cuerpo, aunque no sea a tu mundo”, se dijo a sí mismo.

-Un príncipe y su equipo eligen un lugar y construyen allí una ciudad, que será la capital del mundo, el centro de la civilización – prosiguió Sofía – En nuestro caso, esa capital se situó en algún lugar de Mesopotamia del que se desconoce su ubicación exacta.

“Durante un tiempo, el príncipe y su séquito se encargaron de la elevación cultural de los humanos de aquella época que, dado la época de la que estamos hablando, estaban en la edad de piedra. Los progresos, como suele ser normal en estos casos, eran lentos, aunque efectivos. Había cosas que a nuestros antepasados primitivos les costaba mucho asimilar, y otras que asimilaban más fácilmente. Durante aproximadamente trescientos mil años todo transcurrió según el plan previsto, hasta que sucedió algo que cambió radicalmente el curso de los acontecimientos.

-¿Y qué fue eso que pasó? –preguntó Miguel, ya sobre ascuas.

-El príncipe recibió una visita. Alguien del mismo tipo de ser al que pertenecía él, y cuyo nombre te resultará enormemente familiar –Sofía hizo una pausa de unos segundos para crear un poco de expectación en el joven, hasta que finalmente se limitó a decir – Satanás.

Miguel casi saltó del banco.

-¿Qué me dices? –espetó el joven con incredulidad- ¿Me estás hablando del demonio?

-No, Miguel –respondió Sofía tranquilamente – Te estoy hablando de Satanás, cuyo aspecto seguramente no tenía nada de demoníaco. De hecho tampoco era un ángel; en cualquier caso era un ser situado algo más arriba en la jerarquía de seres de lo que estamos nosotros, los humildes mortales.

Se produjo un breve silencio antes de que Sofía prosiguiera con su relato.

-Satanás era el lugarteniente de alguien cuyo nombre también te resultará familiar: Lucifer.

-Pero, ¿caso no son dos nombres distintos para un mismo ser? – preguntó Miguel, más asombrado si cabe que ante la afirmación anterior de Sofía.



-No, Miguel. Me temo que estamos terriblemente confundidos con los nombres del Maligno. Lucifer era ni más ni menos que el soberano de nuestro sistema de mundos. Te recuerdo que un sistema tiene hasta un máximo de mil mundos habitados. Satanás era su mano derecha, un ser de la misma orden de seres que Lucifer, seres creados para ser gobernantes de mundos y sistemas.

-El ángel caído... -murmuró Miguel como para sí mismo.

-Bueno, esa denominación se le ajusta sólo en un cincuenta por ciento –observó Sofía – Porque es cierto que cayó, pero no era un ángel. Sí, Lucifer cayó en el error y, lo peor de todo, persistió en él aun después de darse cuenta de que se había equivocado. Pero creo que será mejor que, antes de seguir con la historia de nuestro mundo, te hable un poco de Lucifer y de su error.

“Lucifer era una personalidad brillante que se dejó deslumbrar por su propia brillantez. En un momento dado empezó a albergar pensamientos subversivos, hasta que acabó rebelándose contra su creador. Llegó a afirmar que Dios no existía, que era una patraña urdida por otros gobernantes situados más arriba en la organización del universo para mantener su poder sobre el resto de criaturas.

-Ese argumento de “Dios como ilusión” me resulta familiar – comentó Miguel. Lo había escuchado hasta la saciedad entre los que afirmaban no creer en Dios.

-Sí, hoy día son muchos los que dicen que Dios es un autoengaño de mentes débiles que necesitan creer en un ser superior, o bien una fantasía alimentada por el clero para dominar la mente de las personas. Volviendo a Lucifer, éste acabó proclamando una rebelión en el seno de su sistema, a la que se le unieron muchos seres de diferentes tipos. Lucifer envió a su lugarteniente Satanás a los mundos habitados de su sistema, con la misión de que convenciera a los príncipes de los mundos para que se unieran a la rebelión. Cuando fue a nuestro planeta y se entrevistó con el príncipe, éste decidió unirse a la rebelión.

Sofía hizo una pausa antes de continuar. La sonrisa hacía ya unos minutos que había desaparecido de su rostro, para dar paso a una expresión de tristeza contenida.

-Las consecuencias fueron desastrosas para nuestro mundo. Todo lo que se avanzó en miles de años se perdió en muy poco tiempo. Se alentó a los humanos de entonces a que ejercitaran una libertad que no era tal, sino libertinaje. El caos y la destrucción fueron el resultado de esta libertad mal entendida. En general se podría decir que la humanidad retrocedió prácticamente a los niveles en los que estaba antes de la llegada del príncipe. Ese fue el resultado de querer sustituir la evolución por la revolución, de querer acelerar un proceso que necesita mucho más tiempo.

“Así que ya ves. El árbol que era nuestro joven mundo empezó a torcerse siendo apenas un brote. En un planeta normal, el príncipe hubiera conseguido logros que ni siquiera hoy se han conseguido, no al menos de forma generalizada, como por ejemplo disponer de una lengua común. Afortunadamente, hubo una parte del séquito que permaneció leal a los gobernantes superiores. No todo se perdió. Estos miembros

leales consiguieron mantener la llama de la civilización en el planeta aunque, por supuesto, no de la misma forma que si todo hubiera transcurrido con normalidad.

Miguel asintió, en silencio, mientras en su mente bullían los pensamientos.

-Estoy dándole vueltas a lo que has llamado “séquito” del príncipe – dijo finalmente- Es curioso porque en los mitos de muchas civilizaciones diferentes aparecen unos hombres superiores, unos “dioses”, que se mezclaron con los humanos y crearon razas de gigantes.

Sofía asintió, sonriente.

-Es cierto. Esos acontecimientos de alguna forma perduraron en civilizaciones muy posteriores, sólo que muy distorsionados por el paso del tiempo y la ausencia de testimonios escritos. Los miembros del séquito eran auténticos superhombres y supermujeres. Sus cuerpos eran inmortales, siempre y cuando se alimentaran del “árbol de la vida”, un arbusto traído especialmente de la capital de la constelación. Podían reproducirse sexualmente si querían, aunque no lo hicieron en la etapa previa a la rebelión.

-¡El árbol de la vida! –exclamó Miguel – Suena muy familiar.

-Sí, suena parecido al árbol del bien y el mal del Génesis –concedió Sofía antes de proseguir- Cuando estalló la rebelión, hubo una división entre el séquito del príncipe. De los cien miembros del séquito, sesenta se unieron a la rebelión, y cuarenta permanecieron leales a las autoridades del universo.

“Ahora, me gustaría que te hicieras una idea de lo que fue para aquellos supermortales que el príncipe, un buen día, les dijera que rechazaba la autoridad del universo y que, a partir de ese momento, exigía ser adorado como el dios del planeta. Piensa que, aunque estaban en una etapa posterior a la que nos encontramos ahora, no habían avanzado más allá de la capital del sistema. Uno de los que permanecieron leales después, al no aceptar las palabras del príncipe, pidió confirmación al sistema de esa extraña orden. En el sistema no sólo no lo desmienten, sino que apoyan totalmente al príncipe. No contento con esto, el miembro leal pide confirmación a la autoridad superior al sistema (esto es, la constelación), y justo entonces la comunicación se corta.

-¿Cómo? ¿Tenían comunicación directa con los de allá arriba? – preguntó Miguel.

-Sí. Hay unos circuitos de comunicación que permiten transmitir y recibir mensajes entre los mundos y las unidades administrativas de la creación. Así los príncipes pueden estar en contacto permanente con las autoridades del sistema, de la constelación o de donde sea. Pero al poco de estallar la rebelión se cortaron las comunicaciones, para impedir que aquella se propagara. Aunque me imagino que también para “probar” a cada uno de los seres involucrados, para hacerles tomar una decisión no sólo libre, sino totalmente suya.

“Pero volvamos a los miembros del séquito. Se encuentran incomunicados, solos. Tienen que decidir entre seguir a su príncipe e

inmediato superior, o bien permanecer leales a unas autoridades administrativas con las que no pueden ponerse en contacto debido al aislamiento en el que se encuentran. Tienen que tomar una decisión ellos solos. Y es ahí donde unos deciden seguir al príncipe, y otros no. Para estos últimos, la situación es muy delicada. Deben marcharse de la sede del príncipe, pues allí ya no son bien recibidos. Pero fuera no hay lugares seguros. Deben protegerse del resto del séquito, de los humanos hostiles y de las alimañas. Por suerte, llevaron con ellos un tesoro muy preciado: el árbol de la vida.

-Y... ¿cuánto duró esta situación de incertidumbre?

-Según se dice, fueron siete años. Pasado este tiempo vino uno de los gobernadores de la constelación a asumir la autoridad, con lo cual el príncipe y sus seguidores tuvieron que abandonar la sede. El príncipe, al no tener un cuerpo físico, no podía morir, pero los miembros del séquito que le siguieron dejaron de ser inmortales y recurrieron a la reproducción sexual. Éste fue el origen de las leyendas sobre dioses que se unieron a las hijas de los hombres. Finalmente acabaron muriendo, aunque debieron de vivir mucho más que un mortal normal.

“Si todo hubiera seguido su curso normal, este séquito de supermortales inmortales hubiera generado a su vez una descendencia con sus mismas características. ¿Te imaginas qué gobernantes hubiéramos podido tener? Pero, para cuando empezaron la reproducción sexual, ya habían perdido su inmortalidad, así que nunca podremos saber lo que nos hemos perdido. Sin embargo, ese anhelo de seres superiores ha sobrevivido a lo largo de los tiempos hasta nuestros días, ¿no crees? Esa fascinación por los superhombres, por las estirpes legendarias... ¿acaso no son las monarquías un resultado de esa antigua fascinación?

Miguel asintió. Desde luego, podía ser una explicación.

-¿Qué fue de los supermortales fieles? -preguntó, deseoso de conocer más detalles.

-Finalmente se los llevaron de vuelta a la capital del sistema. A todos menos a uno, que fue el que mantuvo la llama de la civilización en nuestro planeta hasta la llegada de una pareja que también desempeñó un papel muy importante en nuestra historia. Un papel que, quizá, fue más decisivo a la hora de explicar nuestra situación posterior. Pero creo que por hoy ya ha habido bastante, así que mejor lo dejamos para mañana. Queda todavía mucho que contar.

Sofía hizo ademán de levantarse, pero Miguel se lo impidió reteniéndola por el brazo.

-¡Espera un momento! -exclamó. Le quedaba todavía una última curiosidad respecto a aquella historia - ¿Qué fue de la sede del príncipe? Se supone que las ruinas deben estar en algún sitio, ¿no?

-Es posible -respondió Sofía mientras esbozaba una sonrisa enigmática- Pero me temo que será muy difícil dar con esas ruinas. Poco más de siglo y medio después de que el príncipe se rebelara, la sede se hundió en el mar.

-Qué casualidad...-comentó Miguel, con un deje de ironía.

Sofía siguió sonriendo significativamente, pero no dijo nada.

Al día siguiente, tal y como habían quedado la tarde anterior, Sofía siguió con el relato de la historia de la humanidad. Durante unos segundos, la mujer le miró con la cabeza ladeada y un brillo peculiar en los ojos, lo que hizo suponer a Miguel que estaba a punto de lanzarle una pregunta. Y no se equivocó.

-¿Conoces la historia de Adán y Eva?

-¡Y quién no! –exclamó Miguel.

-Pero piensas que no es más que es una bonita leyenda... –replicó Sofía.

-Sí, claro. Hay demasiados elementos fantásticos para mi gusto. Eso de hacer a la mujer de la costilla del hombre...por no hablar de la tentación de la serpiente, el fruto prohibido...No suena demasiado verosímil, la verdad.

Sofía se quedó callada durante un rato, en el que volvió a observar a Miguel con una media sonrisa.

-¿Y si te dijera que Adán y Eva existieron realmente?

Miguel la miró entonces con el asombro pintado en el rostro.

-Pero hace dos días me dijiste que los primeros humanos eran gemelos... ¿acaso eran ellos Adán y Eva?

-No, Miguel. Adán y Eva existieron realmente, pero no fueron la primera pareja humana. De hecho no nacieron en la Tierra.

-¡No me digas que también eran extraterrestres, como los jardineros! –dijo Miguel con una sonrisa burlona.

-¡Ya estamos otra vez con la simplificación extraterrestre! –replicó Sofía de buen humor –Digamos que eran tan extraterrestres como los jardineros, pero de un tipo diferente de seres. ¿Recuerdas que ayer, poco antes de volver a casa, te dije que uno de los miembros del séquito del príncipe se quedó en el planeta para preparar el terreno a una pareja? –Miguel movió la cabeza afirmativamente –Pues esa pareja eran, precisamente, Adán y Eva.

-Entonces, si Adán y Eva no son la primera pareja humana... ¿De dónde vinieron? ¿Y para qué?

-Verás, Miguel. Cuando en un mundo como el nuestro los seres humanos alcanzan el máximo grado de desarrollo físico, cuando han evolucionado hasta el límite de sus posibilidades genéticas, comienza otro acto en el drama de la historia de un planeta: desde la capital del sistema llega una pareja de una orden especial de seres, que son elevadores biológicos.

-Explicame eso, porque me he quedado estupefacto –invitó Miguel, con ironía.

-Hace aproximadamente unos treinta y siete mil años, llegaron desde la capital del sistema una pareja de seres humanos mejorados, por decirlo así. Tienen como misión crear una raza nueva en el planeta. Cuando los pertenecientes a esa raza alcanzan un número suficiente,

entonces se mezclan con los elementos superiores del resto de razas y elevan así al conjunto de la humanidad. Y no sólo eso: esta pareja de elevadores biológicos, al igual que los miembros del séquito del príncipe, son inmortales. No así su descendencia que, aunque vive más años que el resto de razas, va progresivamente disminuyendo la duración de su vida, generación tras generación.

“Esta pareja inicial funda otro centro mundial de gobierno planetario que complementa al creado por el príncipe muchos miles de años antes. Aunque son seres físicos, pueden ver al príncipe y a otros tipos de seres que los humanos no pueden ver. Por ese motivo sirven también de enlace entre los seres humanos y otros seres no físicos.

-Pero, según me dijiste ayer, el príncipe de nuestro planeta estaba destronado por haberse unido a la rebelión de Lucifer...

-Así es. Se le había privado de su poder, pero seguía en el planeta. Bueno, de hecho sigue todavía aquí...

-¡No me digas! –exclamó Miguel enarcando las cejas en una expresión de asombro - ¡A ver si va a ser verdad que el demonio existe!

-Bueno, el otro día te dije que había mucha confusión respecto a la verdadera identidad del demonio. Lucifer, Satanás, Belcebú, son todos seres diferentes.

-¿Belcebú? No me habías hablado de él. ¿Quién era Belcebú?

-Belcebú era el jefe de una orden de seres situados a medio camino entre el estado físico y el espiritual, que trabajaban a las órdenes del príncipe. Belcebú y gran parte de los de su orden se adhirieron a la rebelión. Respecto al príncipe, es cierto que sigue aquí, pero también es cierto que se le ha atribuido mucho mal del que no era responsable. Hace ya mucho tiempo que no puede hacernos daño, a menos que se lo permitamos expresamente. El demonio es un “coco” con el que nos han ido atemorizando a lo largo de los siglos, pero en realidad no tenemos nada que temer. En la vida hay otros “demonios” que combatir, y la mayoría están dentro de nosotros.

-Me temo que te he hecho desviar del relato –observó Miguel, que quería conocer más acerca de esa pareja venida para elevar a la humanidad.

-¡Tienes razón! Vuelvo de nuevo a la historia de la pareja, a la que habíamos dejado recién llegada a nuestro mundo. Normalmente, cuando una pareja de elevadores biológicos llega a un planeta, se encuentra hecho el trabajo que el príncipe y su séquito han ido realizando en los milenios anteriores. Pero en nuestro pequeño mundo azul, las circunstancias fueron muy distintas y desalentadoras. Debido a la rebelión, del trabajo del príncipe apenas quedaban unos restos de civilización mantenidos por aquellos que se mantuvieron fieles. Con el príncipe, obviamente, no se podía contar. La pareja de elevadores tenía ante sí mucho trabajo extra; debían mejorar una humanidad muy atrasada respecto a lo que era habitual en otros mundos. Pero lo peor de todo es que se encontraban muy solos. Recuerda que nuestro planeta estaba aislado de los circuitos de comunicación; no podían consultar con sus superiores, debían contar sólo con su entendimiento. Y no es que no supieran a lo que se enfrentaban: antes de llegar a este

mundo habían tenido ocasión de estudiar a fondo la historia del planeta. Pero, como todos sabemos, una cosa es informarse sobre la situación y otra verla con tus propios ojos.

“De todas formas, empezaron muy pronto a hacer su trabajo. Antes de su llegada, se les había preparado una península de tierra en la zona oriental del Mediterráneo, esto es, más al oeste de donde había estado situada la sede del príncipe, y allí se construyó su sede, el Edén al que alude el Génesis. También empezaron a generar su descendencia, la que debía formar una nueva raza sobre la Tierra. A pesar de que, en general, la humanidad estaba en un estado muy atrasado, había tribus más avanzadas, descendientes en su mayoría de los miembros rebeldes del séquito que habían optado por tener descendencia física. Hacia ellos se centraron en gran parte los esfuerzos de la pareja elevadora. Se iban haciendo avances, aunque muy lentos, y eso les desanimaba cada vez más. Ya ves, incluso ellos, seres a priori superiores a nosotros, podían caer en el desánimo.

-Y ¿qué hacía el príncipe mientras tanto? –preguntó Miguel, que no se había olvidado de que el príncipe todavía seguía en el planeta.

-Dicho en pocas palabras: incordiar todo lo que podía. Hacía todo lo posible porque los planes de la pareja fracasaran. Incluso intentó atraerlos a la causa de la rebelión, cosa que ambos rechazaron sin dudar. Entonces, como vio que de forma directa no iba a conseguir nada, lo intentó por la vía indirecta. Se valió de uno de los líderes de una de las tribus humanas más próximas a la pareja (y más avanzadas) para convencer a Eva, la “mujer elevadora”, de que sería beneficioso que tuviera descendencia con un varón de su tribu. Ese líder no se conformaba con que el plan siguiera su curso: quería resultados inmediatos, y Eva también cayó en el mismo fallo apenas sin ser consciente de ello. Recuerda que al principio te dije que no son los elevadores biológicos los que se mezclan directamente con las tribus humanas, sino su descendencia. Lo que finalmente hicieron fue tomar un atajo “antinatural”, por así decirlo.

“Así que Eva, sin comentar nada a su pareja, se unió a un varón de la tribu. Casi inmediatamente las autoridades celestiales les reprendieron por su falta. Para evitar que el castigo recayera sólo en su mujer y verse así separado de ella, Adán cometió la misma falta con una mujer que residía en el Edén. Las consecuencias de esa falta fueron terribles: hubo guerra y destrucción en el Edén y sus alrededores. Se produjeron muchas muertes de humanos sanos, bellos y fuertes, cuyo linaje se perdió para siempre. Pero eso, aun siendo malo, no fue lo peor. Lo peor es que el plan de mejora de la raza humana se vio malogrado prácticamente desde el principio.

-Así que el pecado original no fue tal...-comentó Miguel, casi para sí mismo.

-No –corroboró Sofía – No hubo manzana del árbol prohibido que morder. Pero, aunque la leyenda que se explica en el Génesis está muy distorsionada por el tiempo transcurrido, tiene algo de verdad. De alguna forma, sí hubo una serpiente que tentó a la mujer. Pero el

pecado no fue de lujuria, sino fruto de la impaciencia. El pecado fue, como siempre, querer tomar atajos.

“Es cierto que la situación que vivieron era muy desalentadora, pero con ánimo y con paciencia el plan de elevación biológica de la humanidad habría salido adelante. Quizá se hubiera empleado más tiempo que en otro mundo más acorde con los estándares, pero ¿qué importa eso cuando se es eterno?”

-Y... ¿qué pasó después de que cometieran la falta?

-Debido al caos que se había creado, Adán y Eva se vieron obligados a abandonar el Edén junto con toda su prole, pues había dejado de ser un lugar seguro. Como consecuencia de la falta, tanto Eva como la mujer a la que tomó Adán tuvieron descendencia. La mujer que tomó Adán murió en el parto, debido a las diferencias biológicas entre Adán y ella. Eva sufrió mucho durante el parto de su hijo “híbrido”, pero su naturaleza extraordinariamente fuerte le permitió aguantar. Por cierto, ese hijo mestizo fue Caín.

-¡Quién no conoce la historia de Caín y Abel! –exclamó Miguel.

-Sí, pero una vez más, hay que aclarar cómo fue la historia real, porque no sucedió exactamente como se explica en el Génesis.

-Después de escuchar la historia de Adán y Eva, ya me imagino que también ésta será diferente –replicó Miguel, que también comenzó a sentir interés por conocer la verdadera historia de los dos hermanos.

-Te explicaré esa historia, pero antes quiero comentarte algo más respecto a lo sucedido después del abandono del Edén. Tras la falta, se comunicó a Adán y Eva que, a pesar de no declararles culpables de rebelión, habían perdido la inmortalidad, y su destino pasaba a ser el mismo que el de los mortales nacidos en mundos físicos. En cuanto a su descendencia, eran libres de decidir si permanecían en la Tierra con sus padres o si se dirigían a la capital del sistema. Una buena parte de los hijos de Adán y Eva decidieron marcharse del planeta. ¡Te puedes imaginar lo doloroso que debió ser para ellos ver como parte de sus hijos se iban!

“Como no quisieron echar por la borda todo el plan de mejora biológica, la pareja dirigió la construcción de un segundo Edén. Precisamente en el segundo Edén nació Abel, el primer hijo de Adán y Eva nacido después de la falta. Allí prosiguieron con la creación de la nueva raza, pero ésta tuvo que ser por fuerza mucho más reducida que lo que suele ser habitual en otros planetas. Una vez hubo un número suficiente de descendientes, comenzaron a escoger a miembros de tribus vecinas, para iniciar así su mejora biológica. De hecho los descendientes de Adán no se quedaron en el segundo Edén, sino que se expandieron por otras tierras y se mezclaron con muchos pueblos.

-Por cierto, ¿qué fue del primer Edén? –preguntó Miguel.

Sofía esbozó una significativa sonrisa antes de responder:

-Se hundió en el mar.

-¿Como la sede del príncipe? –preguntó Miguel y, como Sofía asintiera con la cabeza, añadió irónicamente –¡Qué casualidad!

-Sí, aunque yo entrecomillaría la palabra “casualidad” –rió Sofía.

-¿Y qué sucedió realmente entre Caín y Abel? ¡No creas que lo he olvidado!

-La historia de Caín y Abel está fuertemente determinada por los hechos anteriores a su nacimiento. Ambos crecieron en el segundo Edén, un entorno no tan favorable como el primero. Caín fue uno de los hijos de la “falta”, un “bastardo”, que sin embargo tenía muy buenas aptitudes y supo elevarse por encima de sus desventajas genéticas. Abel, por el contrario, era un descendiente “pura sangre” que, aunque tenía una dotación genética inmejorable, no supo aprovecharla para su crecimiento personal. Se jactaba ante Caín de ser un hijo “legítimo” y no desaprovechaba ninguna ocasión de recordarle a Caín su condición de “bastardo”. Tanto le hostigó que Caín acabó por matarlo. El resto ya lo sabes por lo que dice la Biblia. Caín marchó a la tierra de Nod.

Miguel se quedó unos segundos pensativo y dijo:

-¿Sabes a qué me recuerda la historia de Caín y Abel? -Sofía negó con la cabeza - A la película “Gattaca”. ¿La has visto?

-Creo que sí, pero apenas la recuerdo -reconoció Sofía.

-La historia está ambientada en un futuro no muy lejano en el que la gente es considerada socialmente según su ADN -explicó Miguel- Por eso la mayoría de las personas son resultado de una fecundación “in vitro”, en la que se utilizan los mejores embriones de una pareja. El protagonista fue el resultado de una unión “libre” (o sea, del método de toda la vida), y por eso tenía una herencia genética menos ventajosa. Eso implicaba que estuviera en lo más bajo de la escala social y que sólo tuviera acceso a los trabajos más penosos. Pero consigue hacerse pasar por un “apto” genéticamente para trabajar en una empresa de investigación muy importante. Para ello tiene que suplantar la personalidad de otro hombre, mucho mejor dotado genéticamente que él, que tras un accidente queda parálítico y no es capaz de superar esa circunstancia. Así que ya ves, aquí también tenemos dos casos diferentes contrapuestos: un hombre que, con una genética adversa, consigue superarse y realizar su sueño, y otro que, teniendo todo físicamente, es incapaz de superar una situación adversa.

-Es cierto, ahora recuerdo la historia -dijo Sofía asintiendo con la cabeza -Sí, más o menos la historia es parecida. Está claro que la genética propone, pero es uno el que dispone.

-¿Significa eso que, después de todo, no fue tan terrible no haber realizado completamente la mejora biológica? Porque, si Adán y Eva no llegaron a tener la descendencia suficiente para acometer el plan según lo previsto, está claro que la mejora biológica sólo se dio relativamente.

-Así es. No hubo mejora completa, pero también es cierto que la humanidad posterior aprovechó al máximo la herencia que Adán y Eva pudieron ofrecer. De todas formas, las consecuencias de que el plan se malograra han perdurado hasta nuestros días. Debido a que la mejora se hizo a medias hay razas enteras que no pudieron ser mejoradas biológicamente. Otra consecuencia es que estamos más expuestos a enfermedades causadas por virus y bacterias. Y se me ocurre otra, quizá más anecdótica, pero no por ello menos significativa: nuestra



sensibilidad hacia la música sería mucho más elevada si lleváramos más sangre de Adán y Eva en las venas.

-O sea, que musicalmente seguimos siendo primitivos... -observó Miguel, al que enseguida le vinieron ejemplos a la mente.

-Eso parece, sí -Sofía se quedó callada contemplando a unos niños que jugaban a pillarse mientras se reían a carcajadas- ¿Sabes una cosa, Miguel? Los descendientes de Adán y Eva aportaron la risa a la humanidad. Los humanos primitivos apenas sonreían, y mucho menos reían a carcajadas. Carecían de sentido del humor. Así que debemos agradecer a la mejora biológica que podamos tomarnos la vida con alegría. También, como curiosidad, te diré que la piel clara, los ojos azules y los tonos de cabello castaño, pelirrojo y rubio son también aportaciones de los descendientes de Adán.

Miguel pensó entonces en Elena, pues su cabello era castaño claro y tenía los ojos azules.

-¿Eso quiere decir que la raza blanca es la que se llevó la mayor parte de la herencia de Adán? -preguntó Miguel.

-El caso de la raza blanca es curioso, porque, aunque te suene extraño, no era una de las seis razas originales. La raza blanca es una mezcla hecha con ingredientes de otras razas, algunas de las cuales hace muchos miles de años que dejaron de existir como tales. De hecho, hoy día es absurdo hablar de razas puras. Por otro lado, los descendientes de Adán prefirieron a unas razas sobre otras a la hora de mezclarse con ellas. Así que digamos que la raza blanca es una consecuencia de esa preferencia.

“¿Sabías que el hecho de que las mujeres tengan partos dolorosos es consecuencia de la mezcla de las razas? Ni las mujeres primitivas ni las descendientes de Adán y Eva parían a sus hijos con dolor. Eso vino mucho tiempo después”.

-Eso me recuerda al castigo bíblico tras el pecado original: “Parirás a tus hijos con dolor...”

-Ya ves. Los dolores del parto no fueron consecuencia del pecado original, sino de la mezcla de razas sin control. Si hubiéramos seguido más fielmente el plan estándar de desarrollo de la humanidad en un planeta, probablemente esta circunstancia no se habría dado.

Miguel se estiró en el banco, pensativo.

-Según lo que has comentado hasta ahora -recapituló el joven- nuestro mundo se apartó del rumbo normal debido principalmente a tres cosas, si no recuerdo mal. En primer lugar, al hecho de que este mundo es un planeta experimental; en segundo lugar, a la rebelión de Lucifer, que arrastró al gobernante del mundo; y, por último, a la falta de Adán y Eva, que hizo que la humanidad evolucionara más caóticamente. ¿Me equivoco?

-No señor, está muy bien resumido. Aunque, si tuviera que decir qué fue lo más nefasto para nosotros los humanos, diría que fue justamente lo último, la falta de Adán y Eva. Si hubieran perseverado ante las dificultades en lugar de dejarse llevar por la impaciencia, habrían conseguido que nuestro mundo superara las desventajas iniciales.

“¿Te imaginas, Miguel, lo que hubiera sido tener ahora mismo dos centros de cultura mundial en el planeta? Dos centros de cultura funcionando desde el inicio de los tiempos, dirigido por superhombres y supermujeres inmortales y visibles a los ojos humanos, que llevan en el mundo desde que la humanidad recuerda. Tendríamos una prueba palpable de que es posible vivir eternamente, de que es posible un gobierno de tipo superior en el mundo. Perdimos uno de los centros de cultura con la rebelión de Lucifer, pero la pérdida definitiva la sufrimos con la falta de Adán y Eva. Insisto: estamos huérfanos de superhombres y supermujeres, Miguel. Necesitamos modelos que hagan de referentes, y sólo disponemos de otros humanos como nosotros.

-Bien pensado... Sí, nos faltan héroes de los de verdad –reconoció Miguel.

-Ahora sólo nos queda creer que la historia de nuestro mundo pudo ser otra. Que allí arriba, al otro lado, sí hay un gobierno mejor dirigido por seres más sabios. Mientras tanto, hemos de creer sin ver. Eso, querido amigo, es lo que hace que seres como nosotros seamos tan admirados y tan valiosos en el universo.

Pasaron dos semanas antes de que Sofía y Miguel volvieran a verse, ya que la mujer se marchó de la ciudad para pasar unos días con su hija. Miguel lamentó que hubieran dejado las conversaciones en ese punto pues, aparte del hecho de que le encantaba hablar con Sofía de temas como aquellos (cosa que no podía hacer apenas con nadie, exceptuando a Elena), sentía mucha curiosidad sobre la historia olvidada del planeta. Sin embargo, llegó a la conclusión de que le fue bien tener unos días para poder reflexionar sobre lo que Sofía le había estado contando. Demasiada información en demasiado poco tiempo satura la mente e impide pensar con claridad.

Cuando finalmente volvieron a verse, sentados ya en el banco del parque, Miguel le dijo con entusiasmo:

-Estoy listo. ¿De qué vas a hablarme hoy?

Sofía, visiblemente contenta por haber conseguido atrapar definitivamente el interés de Miguel, le respondió:

-Hoy, Miguel, voy a hablarte del significado de tu nombre.

-Vaya. Pensaba que ibas a seguir con la historia de la Tierra.

-De alguna forma, voy a hacerlo. Espera y verás.

Sofía dejó pasar una de sus “pausas dramáticas”, y preguntó:

-¿Recuerdas cuando te hablé de los universos locales?

-Sí, claro.

-Los universos locales están diseñados y creados por unos seres muy especiales, que tienen su origen en el Paraíso. Todos tienen el mismo nombre: Miguel.

-¡Así que de ahí viene mi nombre! –exclamó Miguel –Me siento importante, tengo nombre de pez gordo –bromeó.

Sofía rió de buena gana.

-¡Y tú que pensabas que tenías nombre de arcángel! –exclamó la mujer- Ahora ya sabes que un Miguel está bastante más arriba en la jerarquía. Pues bien: estos seres tienen muchas características que los hacen especiales. Son creados por el Padre Universal y el Hijo Eterno (esto es, las dos primeras personas de la Trinidad), pero no hay dos iguales: cada uno es una expresión única de esa unión. Se encargan de organizar físicamente el trozo de creación que tienen asignado, pero no sólo eso: también tienen la capacidad de crear a seres de muy diferentes tipos y órdenes. Son los “papás” de muchísimas personalidades. Pero no trabajan solos: en cada universo local hay otro “ser especial” para complementar al Miguel. Podríamos hablar de ese ser en femenino. Es la “mamá” del universo, a la que vamos a llamar “espíritu madre” a partir de ahora. Este espíritu es creado por el Espíritu Infinito, la tercera persona de la Trinidad. ¿Recuerdas que te dije que la vida es un soplo dado por un espíritu? –Miguel asintió con la cabeza –Pues ese espíritu es, precisamente, el espíritu madre del universo local.

“Pero aún hay algo muy importante que quiero contarte sobre los Migueles. Estas personalidades, para comprender mejor a sus

criaturas, y para ganarse la plena soberanía de su trozo de creación, tienen que realizar siete misiones. En cada una de esas misiones, deben encarnarse en siete tipos distintos de seres dentro de su universo y vivir como cada uno de ellos, sin ninguna ventaja ni favoritismo por el hecho de ser el gobernante del universo local. La última de esas misiones consiste en encarnarse en la criatura más humilde de su creación: un mortal de un mundo habitado. Una vez cumplen esa misión, se les reconoce la plena soberanía en su trozo de creación: a partir de entonces disponen de una experiencia muy valiosa que les permite comprender plenamente a sus criaturas. Se han puesto en su piel, han vivido, gozado y sufrido como ellas y con ellas.

-¿Y nuestro Miguel? –preguntó el joven- ¿Ha pasado ya por las siete misiones?

Sofía asintió con la cabeza.

-Sí –confirmó – Es más: le conocemos bien. Su nombre en la Tierra fue Jesús de Nazaret.

Escuchar el nombre de Jesús en ese momento fue para Miguel como un mazazo.

-O sea que Jesús es en realidad el Miguel de nuestro universo...- dijo Miguel al cabo de unos segundos.

-Así es. De entre todos los mundos del universo local (de los que, como sabes, hay unos cuantos), vino precisamente aquí a llevar a cabo su séptima misión.

-¿Y por qué vino precisamente a este mundo? –preguntó Miguel casi de inmediato – Por lo que me has contado hasta ahora, da la impresión de que nuestro mundo debe ser de los más “chungos” del universo.

Sofía rió de buena gana ante el calificativo que había utilizado Miguel.

-Bueno, es difícil de comprender para nosotros los humanos, que siempre buscamos evadir las dificultades y elegir lo fácil –respondió la mujer – Creo que eligió nuestro mundo precisamente por eso, por lo “chungo” que era, como tú dices. Era uno de los mundos aislados por la rebelión de Lucifer, un mundo atrasado donde reinaba la confusión, donde muy pocos adoraban a un único Dios, y los que lo hacían lo veían como un dios terrible y vengativo. En fin, no me reconocerás que la perspectiva para él debió ser estimulante.

-Llámalo estimulante, si quieres; yo lo llamo masoquismo –bromeó Miguel, y los dos rieron.

-Ahora en serio –dijo Sofía – Aparte de cumplir con su séptima misión, Jesús vino a la Tierra a dar a conocer la verdadera naturaleza del Padre. Nos enseñó a tener una relación de padre-hijo con Dios, pues Dios es, entre otras muchas cosas, un Padre para todas sus criaturas. El odio y la venganza no tienen cabida en un padre que ama a sus hijos. En Dios tampoco.

-Entonces...lo de que Jesús pagó con su muerte los pecados de la humanidad...-comenzó Miguel, pero Sofía lo interrumpió al momento.

-Eso es rotundamente falso –dijo, tajante- Decir eso es desconocer completamente la naturaleza del Padre. En primer lugar, no hubo

ningún pecado original que estigmatizara a todos los humanos nada más nacer. No cargamos con las culpas de otros. En segundo lugar, Dios no necesita que otro expie nuestras culpas con su muerte. Eso correspondería a un Dios vengativo que necesita sacrificios para que se aplaque su ira. No tiene ningún sentido cuando hablamos de un Dios de amor.

Miguel se quedó sorprendido. En todos los días que llevaban conversando, era la primera vez que veía a Sofía expresarse de forma tan vehemente.

-Entonces, ¿cuál fue el sentido de esa muerte tan cruel? –se atrevió a preguntar Miguel. Se había planteado esta pregunta muchas veces desde que era pequeño, pero no acertaba a vislumbrar la respuesta. Tampoco a él le convencía la explicación “oficial” sobre la expiación de los pecados de la humanidad. No creía que Dios pudiese llegar a querer una muerte tan terrible para nadie, y mucho menos la de un inocente.

Sofía suspiró hondo antes de responder.

-En el fondo, no hay que buscarle un sentido: es algo mucho más simple. Nuestro Miguel vino a este mundo a vivir una vida de hombre mortal, en la Palestina del siglo I, con todo lo que eso comportaba. Las circunstancias de su vida, y no los deseos de ninguna divinidad, le llevaron a morir en la cruz. En todo momento vivió los acontecimientos sin forzarlos. Hay un lema que siguió durante toda su vida, y que debería servir de ejemplo para todos nosotros, que es el de “hacer en todo momento la voluntad del Padre”.

“Hay algo que desde la iglesia cristiana se nos recuerda constantemente, y es el lado divino de Jesús. Y es cierto: realmente Jesús era, en parte, divino, alguien con mucho poder. Pero renunció a él voluntariamente para vivir una vida mortal como la vivimos todos nosotros. Entonces, si las circunstancias lo llevaron a morir en la cruz, no hubiera sido muy honrado por su parte eludir esa muerte utilizando su poder, ¿no te parece? Aunque podría haberlo hecho con sólo desearlo.

-Entonces, los milagros de los que habla el Nuevo Testamento... ¿no ocurrieron en realidad? –preguntó Miguel.

-Sí, Miguel. Jesús hizo milagros. Aunque no me acabe de gustar esa palabra. Los milagros son simplemente aquellos hechos de los que desconocemos su explicación “científica”. Piensa que muchos de los seres de “allá arriba” pueden manipular el medio físico, y eso no tiene nada de sobrenatural. Simplemente tienen la capacidad y la técnica para hacerlo. Por otra parte, con los “milagros” de Jesús pasaba una cosa muy curiosa, y es que él no siempre podía controlar su poder de creador. A veces ese poder se despertaba al sentir pena por alguien, de modo que el mero deseo de aliviar la situación de esa persona ponía en marcha unos mecanismos que escapaban a su control directo. Sin embargo alguna vez, como en el caso de la famosa “resurrección” de Lázaro, fue algo premeditado y realizado conscientemente. Fue un toque de atención hacia aquellos que no creían en él, una especie de demostración palpable de que él era “el camino, la verdad y la vida”. Pero ya sabes que no hay peor ciego que el que no quiere ver. La

cerrazón puede ser tan grande en las personas que ni mil milagros les abrirían los ojos.

Se produjo un largo silencio. La cabeza de Miguel era un hervidero de pensamientos.

-Tiene bemoles –comentó Miguel finalmente, moviendo la cabeza hacia ambos lados- Tuvimos el privilegio de acoger la última misión del creador de nuestro universo, y le colgamos en una cruz. ¡Bonito recibimiento le hicimos!

Sofía sonrió tristemente.

-¿Sabes cómo llaman a la Tierra “ahí fuera”? –preguntó. Miguel negó con la cabeza – “El mundo de la cruz”.

Miguel soltó una breve risa irónica.

-Hay que reconocer que el nombre le viene que ni pintado –suspiró Miguel. Y añadió, mirando a Sofía con los ojos brillantes – Lo peor de todo es que, si volviera a este mundo hoy mismo, nos lo volveríamos a cargar. Estoy convencido.

Sofía esbozó una media sonrisa.

-No creo que vuelva con el mismo traje de la última vez, así que no podremos comprobar si tu suposición es cierta –dijo- Pero sí es cierto que prometió regresar. ¿Cuándo? Eso sólo él lo sabe. Igual está relacionado con un acontecimiento importante para nosotros. Hay un rebelde que está esperando juicio.

-¡Es verdad! –exclamó Miguel- ¿Qué pasó con la rebelión de Lucifer? Porque hasta ahora sólo me habías hablado de lo que pasó con el príncipe y su séquito.

-Nuestro Miguel liquidó oficialmente la rebelión justo aquí, cuando vivía su vida en la Tierra, una vez “recordó” que era el gobernante del universo. Lucifer y Satanás fueron encerrados en un mundo prisión, uno de los mundos que rodean la capital del sistema. Se les han ofrecido numerosas oportunidades de arrepentirse de sus actos y de rehabilitarse, pero han rechazado esas oportunidades una vez tras otra. Ha habido otras personalidades que se unieron a la rebelión que se han arrepentido sinceramente y que serán rehabilitadas cuando se dicte la sentencia final. Pero Lucifer, Satanás y el príncipe de nuestro planeta siguen erre que erre. El mal ha deformado tanto sus mentes que son incapaces de reconocer su error.

-Entonces, si no se arrepienten... ¿qué es lo que les espera? ¿Una cadena perpetua o algo así?

-Creo que ya te dije algo al respecto, Miguel, aunque no mencionara expresamente a Lucifer. El que elige el camino del mal se vuelve irreal. Cuando se pronuncie la sentencia definitiva, una vez agotada toda la misericordia, la única salida que tendrán será el dejar de existir.

-¿Y quién ha de pronunciar esa sentencia? ¿Jesús?

Sofía negó con la cabeza.

-No, Miguel. Tu tocayo no puede impartir justicia en este caso. ¿Cómo podría condenar un padre a su propio hijo? La condena del “dejar de ser” no la puede impartir el creador hacia sus criaturas, es potestad de los gobernantes de los superuniversos, que, por cierto, no

son uno sino tres. Como ves, la justicia nunca se ejerce de forma individual sino colectiva.

Estuvieron callados durante un momento. Con cualquier otra persona Miguel se hubiera sentido incómodo ante ese silencio, pero con Sofía era distinto, se sentía libre para reflexionar tranquilamente sobre lo que estaban hablando.

-Dijiste que nuestro mundo fue aislado por la rebelión –dijo Miguel finalmente – Supongo que el aislamiento todavía continúa...

-Nuestro aislamiento está directamente relacionado con la sentencia sobre la rebelión –afirmó Sofía- El día que la sentencia se dé a conocer, los mundos que hasta ahora permanecen aislados, fuera de los circuitos habituales de comunicación, dejarán de estarlo.

-¿Y eso significará algún cambio en lo que pasa en nuestro mundo? Quiero decir, ¿lo vamos a notar de alguna forma?

Sofía suspiró antes de responder.

-Francamente, no lo sé. En teoría quienes sí lo notarán serán los seres espirituales que trabajan en este planeta. A pesar de que el príncipe del mundo abandonó sus funciones, siempre ha habido un gobierno planetario superhumano, formado por seres de muy diferentes clases u órdenes. Esos seres tienen actualmente muy restringidas sus posibilidades de comunicación con el gobierno del sistema y de otras unidades superiores. Cuando el aislamiento termine esas dificultades desaparecerán. Tengo la impresión de que eso nos beneficiará indirectamente. Que, de alguna forma, se va a producir algo parecido a un cambio de conciencia de ámbito mundial. Quién sabe si nuestro querido Jesús volverá en ese momento a darse una vuelta por aquí, aunque no con un traje mortal sino con el suyo propio...Pero son sólo suposiciones mías.

Ahora fue Miguel el que suspiró hondamente. Recordó cuando era pequeño y en el colegio le hablaron de Jesús por primera vez. Siempre había sentido una simpatía especial por la figura del Maestro, una atracción que ni siquiera las decepciones que había sufrido con la iglesia católica habían conseguido menguar. Para él Jesús de Nazaret era un personaje que trascendía todas las religiones establecidas, y por el que sentía una especie de cariño que ni siquiera sabía explicar con palabras. Incluso él se sentía asombrado de que, a pesar de ser ya un adulto (joven, pero adulto), experimentara hacia el Hijo del Hombre el mismo sentimiento que tenía cuando era niño y le hablaban sobre la vida de Jesús en las clases de Religión.

Intentó explicarle esos sentimientos a Sofía, que le escuchó atentamente, asintiendo con la cabeza frecuentemente.

-Sé lo que intentas decirme –replicó la mujer finalmente –Porque yo siento hacia Jesús algo parecido. Le veo, más que como un ser superior muy lejano e inalcanzable, como a un amigo del alma al que hace mucho tiempo que no ves, y con el que estás deseando volverte a encontrar.

Miguel asintió también con la cabeza antes de exclamar:

-¡Sí! ¡Así es justo como lo siento yo también!

-Pues puedes estar seguro de una cosa, Miguel –dijo Sofia con una amplia sonrisa y los ojos brillantes de emoción –Tenemos una cita pendiente con él...en la capital del universo local, donde reside. Cuando llegemos allí, en nuestro camino ascendente hacia el Paraíso, Él nos estará esperando. ¿Puedes imaginártelo? Yo tiemblo de emoción con sólo pensarlo. ¡Por nada del mundo me perdería esa experiencia!

Miguel se imaginó por un momento lo que significaría estar frente a su presencia, y no pudo evitar compartir el entusiasmo de Sofia.

-Yo tampoco me la perdería –musitó, emocionado.



Agosto estaba tocando a su fin y, como era habitual en aquél rincón de la costa mediterránea, empezaron a hacerse más frecuentes las típicas tormentas veraniegas. Una de esas tardes de tormenta, Sofía y Miguel quedaron para verse en aquel bar con libros que tanto le había gustado al joven. Después de aquella cita estarían unos días sin verse. Esta vez era Miguel quien se marchaba de la pequeña ciudad en la que vivían para pasar una semana en la montaña con Elena y unos amigos, en una casita que habían alquilado meses antes.

-Había pensado –dijo Sofía cuando les trajeron los cafés – que vinierais a comer a casa cuando volváis de vuestras vacaciones. Un sábado o un domingo, como os vaya mejor.

-Por mí, encantado –dijo Miguel, sin poder apenas disimular su entusiasmo. Tenía muchas ganas de ir a casa de Sofía y tener ocasión así de charlar con ella durante más tiempo – Elena está deseando conocerte.

-Pues no se hable más. Cuando volváis, ya quedaremos en un día concreto. Hace tiempo que no cocino para nadie más que para mí, y me apetece hacer algo especial –dijo con una sonrisa.

-Tampoco hace falta que hagas nada del otro mundo, Sofía –le dijo Miguel - Elena y yo somos de buen conformar. Lo que realmente importa es que pasemos un buen rato disfrutando de una buena compañía.

-Por supuesto, pero no me privarás del placer de agasajar a mis invitados –respondió Sofía con un guiño.

Miguel sonrió y bajó la mirada hacia la taza de café.

-Supongo que estos días has estado pensando en todo lo que te he dicho –comentó Sofía mientras movía su café.

-Sí, la verdad es que llevo tiempo dándole vueltas a lo que me dices. A pesar de que algunas cosas me resultan completamente nuevas e incluso descabelladas, no puedo dejar de reconocer que tienen una cierta... -Miguel titubeó, buscando la palabra exacta.

-¿Coherencia? –sugirió Sofía.

-Sí, eso es. Hasta ahora las respuestas a las grandes preguntas han sido tremendamente coherentes, lo que me lleva una y otra vez a preguntarme... ¿de dónde has sacado todo eso?

Sofía volvió a esbozar una de sus sonrisas enigmáticas.

-Supongo que te lo diré algún día...De momento prefiero explicártelo a mi manera.

-Porque... no te lo habrás inventado todo, ¿verdad? –dijo Miguel, deseando de todo corazón que no fuera así.

Sofía soltó una de sus risas graves.

-¡No, por Dios! –exclamó, todavía riendo. Y añadió, con una sonrisa y mirándole limpiamente a los ojos- En serio, Miguel, no tengo tanta imaginación. Digamos que accedí a todo eso, lo he hecho mío y procuro vivir en consecuencia con aquello en lo que creo. Y, ¿sabes lo mejor?

Que creer en todo esto (y en muchas otras cosas que espero que tú también conozcas algún día) me ha hecho mejor persona. Ya sólo por eso tengo fundadas esperanzas de que sea cierto.

-Bueno, Sofía, es posible que haya mucha gente que viva feliz creyendo cosas equivocadas, y no por eso van a ser reales –replicó Miguel.

-No estaba hablando de felicidad, sino de lo que esas creencias hacen en ti. Si crees en algo que no te hace progresar ni mental ni espiritualmente, entonces esa creencia sólo te está sirviendo para vegetar. Puede ser que no avances porque no tienes intención de esforzarte, y entonces no habrá creencia en el mundo que te haga avanzar por sí sola. La inercia materialista es muy fuerte en nosotros. Pero también puede darse el caso de que mucha gente crea firmemente en algo que, directa o indirectamente, inhiba su desarrollo personal. Entonces sí que podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que algo falla en esa creencia. Por lo menos podremos decir de ella que no es del todo verdadera.

-¿Podrías ponerme algún ejemplo? –preguntó Miguel, que no sabía muy bien a qué se estaba refiriendo Sofía distinguiendo entre creencias que inhiben y que no.

-Sí, claro –respondió Sofía – Piensa por ejemplo en el cristianismo. Una religión institucionalizada que, partiendo de la vida y la muerte de Jesús de Nazaret y de su condición divina, ha ido construyendo una doctrina que ningún creyente se puede cuestionar, pues corresponde a los padres de la iglesia determinar qué es lo que sus seguidores deben creer. Por supuesto, esta religión tiene un gran fondo de verdad; el mensaje de Jesús sigue ahí latente, y su figura es demasiado poderosa como para que las manipulaciones la debiliten o la distorsionen completamente. Pero la jerarquía eclesiástica pretende cristalizar la verdad, encorsetarla en dogmas, y la verdad es por definición dinámica. La verdad estática es verdad muerta.

-Sin embargo –replicó Miguel, recordando a unos amigos de sus padres que hacían labores de voluntariado en una parroquia – hay creyentes cristianos que viven una vida plena, que viven su vida dedicados al servicio a los demás.

-Desde luego. Pero ellos de alguna manera han trascendido los dogmas y los rituales, han comprendido que vivir la religión implica servir a los demás. Están exprimiendo al máximo los frutos que su religión les ofrece. Están progresando espiritualmente. A lo que voy, Miguel, es que la religión no es lo que la mayoría de la gente cree. Ser religioso no significa ser beato ni seguir escrupulosamente los preceptos de ninguna iglesia.

-Entonces... ¿qué es para ti ser religioso?

-Ser religioso es sentir a Dios como una realidad más de tu vida. Es considerar tu relación con Dios como un asunto personal entre Él y tú, en el que nada ni nadie tiene por qué inmiscuirse. No importa si eres cristiano, judío, budista o musulmán o si estás fuera de la órbita de las religiones conocidas.

-Pero, si no perteneces a ninguna religión concreta... ¿significa eso que puedes creer en lo que te dé la gana?

-No me refiero a eso, Miguel. No se trata de hacernos una religión a nuestra medida, como el que se hace un traje. Se trata de vivir la relación con Dios de forma fructífera. ¿Y cómo puede esta relación dar frutos? Siguiendo la regla de oro.

-¿La regla de oro?

-Se ha formulado de muchas maneras a lo largo de la historia... Básicamente dice que trates a los demás como te gustaría que te trataran a ti. Kant la llamó el "imperativo categórico": "Obra de tal modo que uses la humanidad siempre como un fin y nunca solamente como un medio".

-Pero... ¿qué tiene que ver eso con Dios?

-Dime, Miguel... ¿de qué sirve que te sientas muy religioso y virtuoso si luego tratas a tus semejantes a patadas? El amor a Dios implica amor a tus semejantes. Si ves a Dios como un padre de amor, el siguiente paso es considerar a tus semejantes como tus hermanos. Los otros dejan de ser extraños para ser seres cercanos. Por muy desagradables que puedan ser a veces, los verás con otros ojos. Ese es uno de los frutos de la religión personal.

Miguel se quedó unos segundos cabizbajo y pensativo.

-¿Y qué me dices de los que dicen ser no creyentes y dedican su vida a ayudar a los demás? –replicó el joven - También conozco casos de esos.

-Y yo, Miguel, y yo –reconoció Sofía –Los seres humanos nos debatimos continuamente entre dos impulsos contrarios: el egoísmo, procedente de nuestra herencia animal, y el altruismo, situado en un nivel de conciencia superior. Mucha gente no se considera religiosa (y mucho menos creyente), pero considera que debe ayudar a los demás. Han seguido el impulso superior de comportarse de modo altruista. Son religiosos a su manera, aunque no sean conscientes de ello.

"De todos modos, actuar según criterios éticos, aun siendo encomiable, no es suficiente. Tiene que haber una justificación superior para la conducta ética. Y esa justificación no puede ser más que religiosa. Hans Küng, un teólogo católico suizo, decía que la ética debía fundarse en valores trascendentes, en lo que él llamaba "lo Incondicionado". Cualquier otro motivo "terrenal" no es lo bastante sólido para aferrarse a él cuando todo a nuestro alrededor se viene abajo.

-Así que somos libres para creer en Dios como nos parezca...

-Yo diría más bien que somos libres de vivir nuestra relación con Dios como nos parezca –precisó Sofía.

-¿Y cómo se vive esa relación? Quiero decir...no puede ser igual que cuando me relaciono con otro ser humano.

-No, claro. Pero tampoco hace falta darle muchas vueltas a cómo entablar esa relación. Piensa que Dios puede comunicarse con nosotros de muchas maneras; sólo hay que estar atento a lo que sucede a nuestro alrededor. No hay que preocuparse demasiado: háblale, pídele, o simplemente dale las gracias por todo lo que tienes. Las oraciones

repetidas mecánicamente no sirven de nada, son ruido de fondo que se pierde en el cosmos. Muchas veces no es necesario siquiera utilizar palabras: simplemente dile “estoy aquí” y ofrécele tu alma desnuda. Él sabe lo que necesitas incluso antes de que seas consciente de ello. Y puedes estar seguro de una cosa: Él siempre responde.

-¿Dios me dará cualquier cosa que pida?

Sofía se quedó un rato en silencio, sonriendo.

-Puedes pedirle que te toque la lotería o algo similar, pero esa petición es como la oración que se repite mecánicamente sin atender a su significado: ruido de fondo en el cosmos –respondió finalmente- No, Miguel, no tiene sentido que le pidas liberarte fácilmente de los problemas y de las tribulaciones de la vida. Lo que sí tiene sentido es que le pidas fuerza, esclarecimiento, valor para enfrentarte a las vicisitudes que te esperan a cada paso del camino. A eso sí que te responderá inmediatamente. Te lo digo por propia experiencia. Funciona.

-Nunca se me habría ocurrido que fuera tan fácil tener una relación con Dios –comentó Miguel.

-¿Por qué? –inquirió Sofía- ¡Seguro que has hablado muchas veces con Él!

-Sí, pero casi siempre para quejarme –dijo Miguel, riendo.

Sofía también rió.

-Eso es muy humano. Pero a partir de ahora puedes probar a hablar con él como si fuera tu padre-amigo. Contarle tus cosas, decirle que quieres ser un poco mejor cada día y que necesitas su ayuda para lograrlo. También puedes pedir para los demás, para que ellos también lleguen a ser mejores algún día.

-De acuerdo. Lo probaré.



Durante la semana que pasaron en la montaña, Miguel tuvo muchas ocasiones de conversar con Dios. Por las noches, después de cenar, salían afuera a contemplar el cielo estrellado. Algunas veces charlaban, pero la mayor parte del tiempo permanecían en silencio, disfrutando del espectáculo.

Miguel recordaba que ya de pequeño le gustaba pasar horas y horas contemplando las estrellas. Incluso se hizo con un mapa celeste y salía fuera al balcón de su casa a buscar constelaciones. Pero por desgracia desde su balcón sólo se veían las estrellas más brillantes. Por eso agradecía poder ir a sitios donde las estrellas se mostraran en todo su esplendor.

Tumbado en la hierba, dirigió la vista hacia el enjambre de estrellas de la Vía Láctea, maravillado por la belleza del cielo. No había luna y el cielo estaba limpio de nubes, así que el espectáculo que ofrecía el cielo nocturno era inmejorable. Pensó en lo que le dijo Sofía acerca de que la Vía Láctea formaba parte de un superuniverso, de su superuniverso. Siempre lo había supuesto, pero ahora estaba convencido de que el cosmos bullía de vida. ¿Cuántos seres en todo el universo estarían en ese mismo momento mirando al cielo contemplando las estrellas? El

número probablemente escaparía a su comprensión. Todo pensamiento sobre el universo (o universos, porque ya no sabía si hablar de ello en singular o en plural) desbordaba la imaginación humana: el número de estrellas, las distancias entre los cuerpos celestes, el número de seres que lo habitaban...

Allí echado junto a Elena, con el silencio de la noche, mirando el cielo, Miguel no podía evitar sentirse insignificante. Y, sin embargo, si hacía caso a lo que le había dicho Sofía, toda aquella creación tan enorme estaba hecha para los humildes mortales como él. Todo el cosmos era una inmensa escuela en la que aprender a ser perfectos.

La existencia es toda una aventura, se dijo Miguel. Nuestra vida en la Tierra es la primera etapa, una de las muchas primeras etapas posibles, pero según Sofía nos quedan muchas hasta llegar al final. En ese momento se veía a sí mismo tan imperfecto, tan inexperto en los asuntos de la vida... Costaba creer que algún día sería todo lo perfecto que un ser humano puede llegar a ser. Sin embargo, algo en su interior le decía que quería conseguirlo, y que no importaba cuánto tiempo le fuera a costar. ¿Acaso no teníamos toda la eternidad por delante? Estaba seguro de que incluso la percepción del tiempo transcurrido sería distinta cuando pasara al otro lado.

Miguel suspiró hondamente. En la Tierra el tiempo pasa muy deprisa, pero es que la vida humana es muy corta. Le vino entonces la idea de que la vida en este mundo era demasiado dura como para alargarla demasiado, y que por ello la vida “en carne y hueso” de los seres humanos en los planetas no se prolongaba mucho. Por eso nuestra percepción era la de que el tiempo pasa a toda velocidad, sobre todo cuando llegamos al estado adulto.

Durante el tiempo que permaneció tumbado y pensando, vinieron a Miguel muchos pensamientos acerca de lo que Sofía le había estado explicando. No supo si era por la circunstancia de estar relajado, en silencio y en tan buena compañía, pero encontró nuevos significados y nuevas relaciones que le hicieron estar más convencido de que aquello podía ser cierto. Recordó que Sofía le había dicho que tenía que evaluar cualquier idea por los frutos que daba, y Miguel no sólo estaba empezando a conseguir respuestas, sino que también esas respuestas le estaban haciendo ver la vida con otros ojos.

Por primera vez en lo que llevaba de vida, se sintió plenamente feliz.

Miguel volvió de sus cortas vacaciones en la montaña, y dos días después quedó con Sofía en el parque que había sido escenario habitual de casi todas sus citas. El joven tenía muchas ganas de volver a charlar con Sofía en lo que para él se había convertido casi en una necesidad. Incluso llegó a preguntarse cómo podía haber estado tanto tiempo sin nadie con quien hablar de esos temas. Bueno, con Elena hablaba de vez en cuando de temas trascendentes, pero con Sofía era distinto. Miguel percibía que tanto Elena como él estaban en el mismo punto del camino, pero Sofía parecía ver un poco más allá del punto en el que él se encontraba. A Miguel nunca le había gustado la palabra “maestro”, pero de alguna forma veía a Sofía como más experimentada, alguien de quien podía aprender, y no pensaba desaprovechar la ocasión de hacerlo. Sentía que había despertado en su interior una enorme sed de saber, de conocer la verdad. Es más: estaba íntimamente convencido de que esa sed de conocimiento no le abandonaría nunca.

-¿Sabes una cosa? –empezó Miguel- Los días que estuve de vacaciones en la montaña intenté hablar con Dios.

-¿Y te respondió? –replicó Sofía con una sonrisa levemente burlona.

Miguel se acarició la barba, pensativo.

-Bueno, se podría decir que sí –dijo, sonriendo- De hecho, a medida que pensaba sobre cosas que tú me habías dicho, era como si nuevos pensamientos vinieran a mí...pensamientos relacionados con todo esto que estamos hablando. Era como si los pensamientos fructificaran.

-Vaya, veo que has aprendido rápido –reconoció Sofía visiblemente satisfecha – Tu buena disposición ha ayudado a tu chispa divina.

-¿Mi qué? –inquirió Miguel, sorprendido. Eso de la chispa divina era algo nuevo - ¿De qué estás hablando?

Sofía le lanzó una de sus miradas brillantes, lo que hizo suponer a Miguel que esa tarde recibiría una enseñanza reveladora.

-Tu chispa divina –repitió Sofía- Recordarás, por lo que te dije hace ya unos cuantos días, que la distancia entre Dios y los mortales como nosotros es muy grande, que éramos creados por Dios y que nuestro destino era volver a Él recorriendo un camino que nos conduce mediante el aprendizaje desde la existencia casi animal en la carne hasta la perfección de los espíritus puros.

Miguel asintió sin decir nada, expectante.

-Pues bien, nuestro Padre, como nos quiere demasiado como para dejarnos solos durante el camino, nos regala un trocito de él, una “chispa”, que “tira” de nosotros hacia arriba. Es como si Dios fuera una piedra imán y la chispa divina fuera una limadura de hierro.

-Pero... ¿en qué consiste exactamente esa chispa? ¿Qué significa que “tira” de nosotros hacia arriba?

-La chispa divina es literalmente un fragmento de Dios. No significa que tengas a Dios alojado dentro de ti...más bien tienes un trozo finito de Dios dentro de tu mente. Esa chispa no es una persona como tú o

como yo, pero tiene alguna forma de conciencia. No se limita a estar alojada dentro de tu mente sino que trabaja. Más concretamente, se dedica a buscar dentro de ti todo lo que tiene valor superior, un valor espiritual, y lo almacena cuidadosamente para que pueda servirte en tu vida futura.

-¿Es algo así como la voz de la conciencia? –preguntó Miguel, intentando comprender lo que Sofía le estaba explicando.

-Es posible que esté detrás de lo que llamamos la voz de la conciencia –admitió Sofía – Pero tengo la impresión de que no se comunica de forma tan explícita con nosotros. Al menos, no siempre. Hace un rato me decías que, al pensar en todo lo que yo te había ido contando, te habían venido a la mente nuevos pensamientos. No sería de extrañar que la chispa divina te hubiera dado un “empujoncito” en esos momentos. Es posible establecer una especie de comunicación con esa chispa, sin que por ello vayas a escuchar voces dentro de tu cabeza. Pienso que debemos intentar ponernos en buena disposición física y mental para hacer más fácil su trabajo y que pueda comunicarse con nosotros más a menudo.

-¿Y los sueños? ¿Puede comunicarse con nosotros la chispa divina a través de los sueños?

-Durante el periodo de sueño la chispa divina intenta poner orden en el caos de nuestra mente. De entre todas las vivencias que hemos tenido durante las horas de vigilia, extrae lo que ha tenido algún valor. Haciendo una comparación un poco burda, sería el traperero que rebusca entre un montón de chatarra, intentando encontrar algo que pueda vender bien. Cuando encuentra algo de valor, lo mete en un saco. Claro que la chispa divina no siempre consigue meter lo bueno que encuentra en el saco correcto. Nuestra mente, llevada tantas veces por las pasiones y los instintos más primitivos, distorsiona muy a menudo los conceptos elevados que la chispa divina quiere guardar en el saco: de ahí que muchas veces tengamos sueños absurdos.

Miguel se quedó en silencio un rato, pensativo, mientras Sofía le miraba en actitud comprensiva.

-El concepto de “chispa divina” no es nuevo, por supuesto – prosiguió la mujer – Hay filosofías y religiones que hablan sobre ella. Pero hay un concepto todavía más extendido en el mundo, que es el concepto de alma, y que está relacionado con la chispa divina.

Miguel la miró interrogativamente.

-La chispa divina guarda en un saco los valores elevados de nuestro interior –dijo Sofía – Ese saco está hecho de una combinación de materiales: por un lado, el material de nuestra mente, y por otro el material divino de nuestra chispa. El saco, querido Miguel, es lo que siempre hemos llamado el alma.

-O sea, que el alma está hecha de la mente y la chispa divina... – razonó Miguel, para demostrarse a sí mismo que lo había entendido bien.

-Así es. La chispa divina, con su propio material y con ayuda de la mente, crea otra realidad que llamamos alma y que está a medio camino de lo material y lo espiritual. El alma forma parte de una

realidad que conoceremos y viviremos cuando pasemos al otro lado, cuando abandonemos este mundo, pero ya está aquí y es potencialmente inmortal. Cada uno de nosotros tenemos nuestra propia alma aquí y ahora, un salvoconducto hacia la eternidad y hacia el Paraíso. ¿No es fascinante?

-Sí, lo es –reconoció Miguel. Hasta ese momento no tenía una idea muy clara de lo que era el alma, y lo poco que conocía no iba más allá de lo que afirmaba la doctrina cristiana al respecto. Sabía que el alma sobrevivía a la muerte física, pero más allá de la salvación y la condenación del alma no tenía ni idea de lo que estaba hecha ni de cómo evolucionaba.

-El alma, al ser un producto de nuestra chispa divina y de nuestra mente, no aparece en nosotros de repente plenamente formada, sino que va creciendo a medida que ganamos en experiencia –continuó Sofia.

-¿Y la chispa divina? –preguntó el joven- ¿Cuándo se supone que llega a nosotros? ¿Cuando nacemos, quizá?

Sofia negó con la cabeza.

-No, Miguel. Llega cuando tomamos nuestra primera decisión moral. Cuando tenemos que elegir entre lo bueno y lo malo, independientemente de cuál haya sido nuestra elección.

-¿Y eso cuándo se supone que sucede?

-No sucede para todo el mundo a la misma edad, pero aproximadamente suele ser a los seis años de edad, año arriba, año abajo.

Miguel intentó rebuscar en la memoria, por si conseguía dilucidar el momento en el que llegó su chispa divina. Pero apenas si recordaba algo de cuando tenía seis años.

-En mi caso, no sé cuándo pudo ser –reconoció Miguel finalmente.

-Es normal –admitió Sofia- No es un hecho que signifique un cambio espectacular en nuestras vidas, y además sucede a muy temprana edad. Pero se puede advertir un cambio significativo si convives con niños pequeños. En el caso de mis hijos, me di cuenta de que hubo un momento en que empezaron a ser conscientes de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Un buen día advertí en que me decían “no es justo” cuando intentaba razonar con ellos. Estaban empezando a poner la línea entre el bien y el mal. O bien se daban cuenta de que habían hecho alguna travesura y mostraban algo parecido al arrepentimiento. Pero no quiero decir con eso que le pueda poner fecha a la llegada de la chispa divina a sus mentes.

-No sé por qué, me imaginaba que tendríamos esa chispa nada más nacer –comentó Miguel.

-La chispa llega con la primera demostración de que somos seres humanos con voluntad –insistió Sofia- Hay otro don de Dios, que aparece antes que la chispa divina, que es la personalidad, entendida como nuestra cualidad de ser únicos y tener conciencia de nuestra identidad.

-Entonces... ¿Significa eso que antes de nacer no tenemos personalidad?



-Ya sé por dónde vas... -dijo Sofia con una media sonrisa- Y, honradamente, tengo que responderte que no lo sé. No sé si un feto en el vientre de su madre tiene o no personalidad. Lo que sí puedo decir con cierta seguridad es que la tiene en el momento de nacer. Así que...me temo que eso no nos ayuda a la hora de resolver el dilema ético que supone provocar un aborto -concluyó, con el semblante serio.

“Volviendo a la chispa divina... ésta no siempre ha llegado a los seres humanos de la misma manera. De hecho, a pesar de que los seres humanos son seres capaces por naturaleza de distinguir entre el bien y el mal, no siempre han estado dotados con mentes capaces de alojar la chispa divina. Por ejemplo, los primeros humanos, los gemelos, la tuvieron, pero no todos sus hijos recibieron ese regalo divino. De algún modo que desconocemos, la mente (y, por extensión, nuestro cerebro) condiciona la posibilidad de que la chispa divina resida en nosotros. Pero también es cierto que, desde que tu tocayo vino a este mundo, nos concedió un regalo de incalculable valor: a partir de entonces toda persona con una mente normal recibe la visita de la chispa divina. ¡Eso es algo que los antiguos no llegaron a tener!

-O sea, que desde hace poco más de dos mil años todo ser humano tiene su chispa divina... -recapituló Miguel.

-Todo ser humano de mente normal -puntualizó Sofia.

-Bueno, prácticamente todos...

-Menos de los que deberían -matizó Sofia con una sonrisa irónica.

-Y... ¿qué pasó con aquellos humanos primitivos que no podían tener chispa divina por esa imposibilidad física?

-El Padre lo tiene todo pensado...recibían una chispa “prestada”.

-¿Prestada? ¿Qué quieres decir?

-Pues que recibían una chispa de Dios Padre para su vida en la carne. Como esta chispa no podía unirse a ellos tras la muerte, se les otorgaba una chispa de otra clase: un fragmento del espíritu madre del universo local. ¿Te acuerdas de ella? La compañera de tu tocayo -respondió Sofia, con una sonrisa pícaro.

-¿Y hay alguna diferencia entre una chispa y otra?

-Hay una diferencia importante, aunque eso no quiera decir que una sea cualitativamente mejor que la otra: los que tenemos una chispa divina del Padre podemos llegar hasta el Paraíso en nuestro camino; los que tienen la chispa del espíritu madre se quedan en el universo local como residentes permanentes.

-No sé, Sofia -dijo el joven ladeando la cabeza - Pero me parece mejor perspectiva tener la posibilidad de llegar al Paraíso en lugar de quedarme en el universo local.

-No es ni mejor ni peor, Miguel -respondió la mujer- Todos los destinos tienen su lado positivo y útil en la economía de la creación. En los universos locales y en las unidades administrativas inferiores es necesario que haya ciudadanos permanentes que atesoren la sabiduría recogida en ese trozo de la creación. A priori te podrá parecer que su vida será menos interesante que la de alguien que alcanza el Paraíso, pero no tiene por qué ser así.

-Ahora que pienso...- dijo Miguel, tras unos segundos de reflexión- ¿Qué pasa con los niños que mueren antes de que les haya llegado la chispa?

-Pues que van a las guarderías del otro lado -respondió Sofía rápidamente - ¿Recuerdas que ya te hablé de ellas? Tienen que esperar allí hasta que llegue uno de sus padres, que son responsables de ellos. También esos pequeños acabarán acogiendo su chispa, a pesar de la carencia experiencial que han sufrido por haber abandonado tan pronto un mundo físico como el nuestro.

Miguel pensó en aquellos padres que han recibido el mazazo de perder a un hijo a edad muy temprana. Suspiró hondamente. No le gustaría recibir un golpe como ese, pero pensó que le consolaría un tanto saber que su hijo estaba esperándole al otro lado, que le iba a volver a ver y que estaba en buenas manos.

-Entonces...la chispa nos acompaña durante toda la eternidad... - dijo finalmente el joven.

-Mejor que eso, Miguel -replicó Sofía - La chispa y tú seréis uno. No estará alojada en ti como lo está ahora: será parte de ti.

-¿Y eso cuándo sucede?

-Creo que te insinué algo cuando te hablé de los siete mundos de transición entre lo material y lo espiritual, los siete cielos de las tradiciones antiguas... ¿recuerdas?

Miguel asintió con la cabeza.

-Tras pasar por esos siete mundos, una vez hemos dejado atrás la marca de la bestia que llevamos en lo más profundo de nuestro ser, se produce un hecho muy importante: nos fusionamos con nuestra chispa y recibimos nuestro verdadero nombre.

Miguel enarcó las cejas, asombrado.

-Parece lógico que nos den otro nombre, ¿no crees? -observó Sofía- Hemos dejado de ser quienes éramos porque se nos ha sumado un factor nuevo: somos nosotros más una pequeña porción de Dios. A partir de ese momento no somos potencialmente inmortales: somos realmente inmortales. Hemos decidido sobrevivir, y nada ni nadie nos privará de nuestra supervivencia eterna.

-¿Y qué sucede con los que deciden no sobrevivir, pero tienen su chispa divina?

-Ya te comenté que los que no quieren sobrevivir no son obligados a continuar, pero nada se pierde en el cosmos. Por esa razón la chispa de ese mortal le abandona para residir en otro mortal. Esas chispas, por cierto, son muy valiosas: tienen un bagaje de experiencias del que carecen las chispas “vírgenes”, recién salidas del Padre. Tu tocayo, por cierto, tenía una de esas cuando estuvo en este mundo.

-¿Él también necesitó una chispa?

-Si tenía que vivir como un mortal, debía ser en todo como un mortal. Cuando te hablé de Adán y Eva no lo mencioné, pero ellos notaron una presencia distinta en su interior poco tiempo después de su falta, cuando les dijeron que a partir de entonces serían como mortales del tiempo y el espacio. Les había llegado su chispa, su

garantía de eternidad. A pesar de todo lo que habían perdido, se dieron cuenta de que seguían teniendo la promesa de eternidad ante ellos.

Ya era tarde y temía que Sofía se quisiera despedir pronto de él, pero Miguel todavía tenía una última curiosidad a propósito de lo que habían hablado aquel día:

-Ya me imagino que Dios, siendo infinito, puede dar infinitas porciones de su ser sin notar ninguna pérdida, pero... ¿son todas iguales?

-La diferencia entre ellas está en la experiencia que consigan – respondió Sofía – Las chispas experimentadas pueden ayudar mucho a los humanos en los que residen. Pero no te creas que por tener una chispa con experiencia vas a tener una vida fácil. ¡Más bien todo lo contrario! Se te va a poner a prueba muchas veces. En el cosmos rige una ley ineludible: a mayor capacidad, mayor exigencia. De todas formas, el Padre no tiene preferencias por ninguno de nosotros, así que lo que no faltará nunca a ningún mortal es una ayuda en forma de chispa, sea esta la que sea, que tire de nosotros hacia Él.

-Entonces... ¿Dios nos da una chispa cualquiera, por azar?

-Tengo entendido que no es así. Es importante no olvidar que las chispas no son algo impersonal sino que, como te dije al principio, tienen una especie de conciencia. Y parece ser que son las chispas las que, antes de habitar en nuestra mente, evalúan nuestras posibilidades y nos eligen como “socios” eternos–terminó, con una sonrisa.

-Vaya –respondió el joven con una sonrisa irónica- Entonces tendremos que darles las gracias por habernos elegido entre muchos otros. ¡Aunque no sé si mi chispa ha hecho buen negocio conmigo!

Los dos rieron de buena gana.

Volvieron a quedar al día siguiente, jueves, y en cuanto se sentaron en el banco de siempre, Sofía propuso a Miguel que fueran a su casa a comer ese sábado.

-Lo siento, Sofía –dijo Miguel, apesadumbrado- Es el cumpleaños de un amigo mío y hemos quedado para comer fuera.

-¿Y el domingo? ¿Tampoco os va bien? –preguntó la mujer.

-Me temo que tampoco. Vamos al cine a la primera sesión de la tarde. Ya tengo compradas las entradas.

-No importa, lo dejamos para el sábado de la semana que viene. ¡Apuntad la fecha en vuestra agenda! Si no tenéis compromisos para ese día, claro.

-No, creo que no –dijo Miguel pensativo, a la vez que intentaba recordar si tenían algo pendiente para entonces.

-Bien. Entonces queda asignado el sábado para las horas del aperitivo, la comida y la sobremesa –dijo, con una sonrisa pícaro. También ella parecía ilusionada con la idea.

-¿Qué llevamos? –preguntó el joven.

-Con vuestra presencia me basta, pero si queréis traer una botella de cava brut estaré encantada.

-Eso está hecho –dijo Miguel, agradecido de que Sofía les diera la oportunidad de tener un detalle con ella.

Se hizo un silencio. Miguel miró a su alrededor y recordó lo que dijo Sofía sobre la chispa divina que habita en cada uno de nosotros. Pensó entonces que todos los que estaban en aquel momento en el parque tenían su chispa divina (menos los niños pequeños, que la tendrían dentro de un tiempo). Le vino entonces la idea de que, ya sólo por esa chispa divina que está dentro de nosotros, deberíamos respetar a los demás del mismo modo que queremos ser respetados. Pero todavía había más razones para respetar y querer a los demás. “También ellos son viajeros, como yo”, pensó el joven.

-¿De qué vas a hablarme hoy? –preguntó Miguel, una vez regresó de sus pensamientos.

Sofía suspiró antes de responder.

-Ayer te hablé de una de nuestras “ayudas” en el largo viaje hacia el Paraíso, pero hay otras no menos importantes que funcionan también aquí y ahora. De eso voy a hablarte hoy.

-Adelante, te escucho.

-¿Recuerdas a los ángeles de la guarda?

-No sólo los recuerdo, sino que creía firmemente en su existencia. De pequeño, antes de irme a la cama, mi madre me hacía repetir una oración que decía:

*Ángel de la guarda,  
dulce compañía,  
no me desampares*

*ni de noche ni de día,  
no me dejes solo  
que me perdería.*

-Pero claro, te hiciste mayor, y dejaste de creer en ellos.

-Así es. ¡Es lo que tiene hacerse adulto! Dejas de creer en las hadas, los reyes magos y los ángeles de la guarda.

-Pues mal hecho. Hay que dejar un sitio para la magia, no dejar que muera el niño que fuimos un día. Además, los ángeles de la guarda existen.

-Adelante, háblame de los ángeles –le animó Miguel.

-Querido Miguel, los mortales de los planetas del tiempo y el espacio, aun siendo las criaturas más humildes de la creación, son también muy valiosas. ¿Cómo no iban a serlo, teniendo en su interior una chispa divina? Por eso las Deidades nos ofrecen su regalo particular para ayudarnos en nuestra larga aventura material, mental y espiritual. Ya te hablé de la chispa divina, regalo del Padre. Los ángeles guardianes son un regalo del Espíritu, ¡y no es un regalo menor! A diferencia de la chispa divina, que reside en nuestra mente, los ángeles no están dentro de nosotros, pero son unos compañeros fieles e infatigables. Son creados por el espíritu madre del universo local únicamente; por tanto son la progenie indirecta del Espíritu Infinito, la tercera persona de la Trinidad. Los ángeles son los seres espirituales que están más cerca de los mortales, y por ese motivo son los que nos comprenden mejor.

-Recuerdo que en las clases de Religión nos hablaban de diferentes tipos de ángeles... –comentó Miguel.

-Hay muchos tipos de ángeles, sí, y muchos de ellos te sonarán familiares: hay arcángeles, querubines, serafines... Los que llamaríamos “ángeles de la guarda” pertenecen al grupo de los serafines.

Miguel suspiró, mirando a la lejanía mientras recordaba las ilusiones de su niñez, que todavía seguían enterradas en algún lugar de su mente.

-Así que es cierto que tengo un ángel de la guarda... –comentó para sí.

-No tienes uno, sino dos –le corrigió Sofia. Y añadió, ante la sorpresa del joven – Aunque es posible que no los tengas sólo para ti, sino que los compartas con más gente.

- ¿Dos ángeles de la guarda? ¿Ángeles compartidos? –preguntó Miguel enarcando las cejas- A ver, explícame eso.

-Del mismo modo que los seres humanos vivimos en parejas, los ángeles también trabajan en parejas. Ya ves, Dios es sabio y no le gusta que sus criaturas anden solas, sin compañía –Miguel hizo ademán de interrumpirla, pero Sofia alzó las manos y prosiguió -Sí, ya sé qué me vas a preguntar ahora. No, Miguel, no hay ángeles femeninos y masculinos. Ya ves, la discusión bizantina sobre el sexo de los ángeles se puede zanjar rápidamente: los ángeles no tienen sexo. Como dato curioso, te diré que allá arriba los seres celestiales hablan de los ángeles utilizando términos femeninos.

“Sin embargo, parece ser que en una pareja hay dos tipos de ángeles diferentes. Puesto que no podemos definirlos como masculino y femenino, podríamos decir que son “positivos” y “negativos”. Sin que lo de “negativo” tenga una connotación peyorativa, por supuesto. Igual que los hombres y las mujeres, la pareja de ángeles se complementan.

-¿Y lo de los ángeles compartidos? –insistió Miguel. ¡Se resistía a creer que tuviera que compartir sus ángeles con más gente! Eso iría en contra de sus ilusiones infantiles.

-No seas impaciente, a eso iba –dijo Sofía con una sonrisa- Los ángeles de la guarda son un regalo valioso que sólo se concede con exclusividad cuando se ha alcanzado un cierto desarrollo espiritual. Sólo entonces la persona custodiada recibe el privilegio de tener una pareja de ángeles para ella sola. Mientras tanto tendrá una pareja, sí, pero ésta se ocupará también de otras personas que no hayan conseguido un mínimo de avances espirituales.

-¿Y no tenemos manera de saber si tenemos una pareja para nosotros solos o no?

Sofía negó con la cabeza.

-No, Miguel. Pero... ¿realmente crees que es tan importante saberlo? Sólo hemos de preocuparnos de avanzar espiritualmente, de intentar ser un poco mejores cada día, de “sintonizar” nuestra voluntad con la del Padre. Si realmente te propones ser mejor persona, es cuestión de tiempo que tengas tu pareja para ti solo.

-¿Crees que estarán aquí, escuchando esta conversación? – bromeó Miguel en voz baja, acercándose a la mujer como queriendo evitar que los ángeles escucharan.

Sofía se echó a reír.

-No lo dudes. Estoy convencida de que se sienten enormemente interesados con estas conversaciones. Debemos tener aquí una pequeña multitud, entre tus dos ángeles y los míos. Eso sin contar a algún otro ser que pudiera estar por aquí –dijo, guiñándole un ojo.

-Bien, pues entonces saludo a todos los ángeles que me estén escuchando –dijo el joven, saludando a su alrededor con la mano. Los dos rieron de buena gana. En ese momento pasó por delante de ellos un anciano, que se quedó mirando a Miguel durante unos segundos, seguramente preguntándose si no le faltaría algún tornillo. Cuando el hombre se alejó de ellos, la mujer y el joven rieron aún más fuerte.

Cuando por fin se serenaron, el joven emprendió de nuevo la conversación:

-Por cierto, acabo de saludarles, pero no sé qué aspecto tienen.

-¿Cómo te los imaginabas de pequeño? –preguntó la mujer.

Miguel se acarició la barba, pensativo, antes de responder.

-No sé...más que como los angelotes de gordos carrillos y pinta de bebés lustrosos, que tan de moda se pusieron en el Renacimiento, yo me los imaginaba altos y delgados, de cabellos largos y rubios, con un halo dorado en la cabeza, unas enormes alas de plumas blancas en la espalda y vestidos con una túnica blanca hasta los pies. Así que mi visión de los ángeles debe de ser más bien medieval.

Sofía sonrió enigmáticamente.

-Igual no andas desencaminado en algunas cosas... -dijo, pensativa. Miguel interrogó a Sofía con la mirada, pero ésta se apresuró a añadir -No, no me malinterpretes. Nunca he visto a ningún ángel ni sé cómo son exactamente, pero después de leer de aquí y allá y de pensar sobre el tema tengo una teoría, que quizás te cuente en otro momento.

-¡Espero que lo hagas! Ya te dije que tengo muy buena memoria.

Se quedaron callados durante un buen rato. Miguel seguía dándole vueltas a la idea de que allí, cerca de ellos pero invisibles a sus ojos, había ángeles escuchándoles. Durante un momento lamentó tener unos ojos tan “ciegos” a otro tipo de realidades no materiales.

-Supongo que habrá algo más que te interese de los ángeles, aparte de su aspecto físico... -dijo Sofía finalmente.

-Sí, claro. Al fin y al cabo, el aspecto es lo de menos. Hay una cosa que me intriga: ¿Qué hacen exactamente? ¿Nos vigilan? ¿Nos cuidan? ¡No creo que estén ahí simplemente mirando lo que hacemos!

-No, yo tampoco. Los ángeles son seres con dotes mentales increíbles, Miguel. No sólo podrían saber el número exacto de cabellos que hay ahora mismo en tu cabeza (si se lo propusieran y fuera necesario saberlo), sino que también tienen la capacidad de modificar el entorno. Lo que nunca harán es atentar contra tu libre albedrío. Nunca insistiré lo suficiente en que el libre albedrío de una criatura es algo sagrado en el cosmos. Nadie, ni siquiera los dioses, pueden atentar contra él. Ése y no otro fue el pecado de nuestro “conocido” Lucifer: inmiscuirse en la libertad de otros seres de elegir su destino.

-Pero, ¿qué hacen? -insistió Miguel.

Sofía se tomó su tiempo antes de responder.

-Podría decirse que, mientras la chispa divina custodia nuestra identidad, los ángeles de la guarda custodian (guardan) nuestra alma. Lo que hacen exactamente no lo sé, pero sospecho que no están ahí únicamente para observar cómo acertamos y nos equivocamos. Tengo la impresión de que, una vez hemos pasado cierto umbral de desarrollo espiritual, una vez nos hemos “sintonizado” con nuestro Padre, ellos nos ayudan a elevarnos. Llega un punto en el que les permitimos ayudarnos. Ojo, no estoy diciendo que nos eliminen obstáculos. Después de todo lo que te he contado, ya te puedes imaginar que el avance espiritual no se consigue eludiendo las responsabilidades y las dificultades cuando éstas nos llegan. Pero es muy posible que, cuando tengamos algún desafío que abordar, ellos nos ayudarán en lo que puedan para conseguirlo. Eso sí, depende de nosotros.

-¿De nosotros?

-Por supuesto, Miguel. No tiene sentido ayudar a quien no desea ser ayudado. Y el libre albedrío es sagrado. ¿Has pensado ya en las aparentes casualidades que, no sabes muy bien por qué, te han favorecido? Es posible que tus ángeles guardianes piensen que eres un buen chico y que mereces que te den un empujoncito.

-¿Aun cuando no les haya pedido que lo hagan?

-Ellos te conocen bien, incluso mejor que tú mismo. Conocen tus habilidades, tus miedos, tu lado luminoso y tu lado tenebroso. Además,

¿quién dice que no se lo has pedido? Tú has lanzado un SOS con el pensamiento, y ellos han respondido.

-Así que tenemos unos acompañantes de por vida... -Sofía asintió con la cabeza - ¿Y qué ocurre cuando morimos? ¿Nos dicen adiós y se van a custodiar a otro mortal?

-No -respondió Sofía, aunque matizó -No si decides sobrevivir. Verás, Miguel. Los ángeles de la guarda, como los mortales, también son peregrinos. Ellos también siguen un camino que les lleva hacia la perfección, hacia el Paraíso...

-Ah, pero... ¿no son perfectos? -la interrumpió el joven.

-No, no lo son -respondió Sofía inmediatamente- Muchos ángeles se sumaron a la rebelión de Lucifer. Esos sí fueron “ángeles caídos”. Es curioso, tenemos tendencia a pensar que, fuera de nosotros los humanos, allá arriba reina la perfección, y no es así. La perfección es la meta de todos los superuniversos, Miguel, pero sólo existe de forma inherente en el universo perfecto y en el Paraíso. En cualquier otro lugar del cosmos actual la perfección se adquiere por experiencia. Eso también es válido para los ángeles, que también ascienden. Y, ¿sabes cuál es el pasaporte más seguro al Paraíso para un serafín?

Miguel negó con la cabeza.

-Justamente ser ángel guardián de un mortal. ¡Parece ser que es un destino muy buscado por los serafines! De ahí que se presenten muchos voluntarios, de los que escogen a los más experimentados para esa función. Ellos nos ayudan a ascender hacia el Paraíso, y nosotros a ellos, así que el beneficio es mutuo. Si nosotros sobrevivimos...ellos nos acompañarán en nuestro camino hasta las mismísimas puertas del Paraíso. Es más: nuestra alma no podría salir de este planeta sin que un serafín la lleve al primer mundo del otro lado. Recuerda que te dije que en las primeras etapas de nuestro camino no disponemos de capacidad de transportarnos por las inmensas distancias interestelares. Una de las funciones de los serafines es la de llevarnos consigo para atravesar esas increíbles distancias. ¿Sabías que el hecho de representarlos con alas está relacionado con la forma que adquieren cuando se disponen a trasladar a alguien?

“Pero el ángel de la guarda no se limita únicamente a llevarnos a la otra orilla: una vez nos ha llevado hasta el primer mundo del otro lado, se encarga de custodiar nuestra alma durante todo el tiempo que dura el proceso de ‘resurrección’. Si para entonces teníamos una pareja personal de ángeles de la guarda, éstos ya no nos abandonarán durante nuestro recorrido ascendente por el superuniverso, y probablemente tampoco lo hagan durante el viaje por el universo perfecto. Lo que sí es seguro es que volveremos a reunirnos con ellos en el Paraíso.

-Veo que tendremos ocasión de conocerlos bien...-comentó el joven.

-Sí -respondió Sofía con una amplia sonrisa- Y, ahora que sabemos que están ahí y que se esfuerzan por ayudarnos, podríamos empezar a reconocer su trabajo, ¿no te parece?

Miguel la miró largamente sin decir nada y asintió.



-Ayer me hablaste de las ayudas que nos ofrecen desde allá arriba para que podamos desarrollarnos espiritualmente –recapituló Miguel en su siguiente cita – Si no recuerdo mal, dijiste que la chispa divina era un regalo del Padre y que los ángeles de la guarda eran un regalo del Espíritu. ¿Y el Hijo? Me extrañaría que, siendo las personas de la Trinidad iguales en importancia como parecen ser, el Hijo no nos ayudara en nuestro camino.

-Y te extraña bien –respondió la mujer- Porque sí es cierto que hay una ayuda que viene del Hijo. Aunque sería más ajustado a la realidad decir que procede de tu tocayo.

-¿De Miguel? –preguntó el joven, extrañado pues no comprendió la relación, pero que enseguida recordó – ¡Ah, claro! Los Migueles son creación del Padre y del Hijo de la Trinidad. ¿Y cuál es entonces la ayuda del Hijo en nuestro camino?

Sofía, como iba siendo habitual, respondió con una pregunta:

-¿Recuerdas qué sucedió el día de Pentecostés?

Miguel resopló. Los detalles de lo sucedido el día de Pentecostés entre los apóstoles de Jesús se habían desvanecido prácticamente de su memoria con el paso de los años y el creciente desinterés. Así que el joven negó con la cabeza, esperando que Sofía continuara.

-Ese día, querido Miguel, debería ser mejor recordado por los habitantes de este mundo, pues fue cuando llegó la ayuda del Hijo a este planeta.

-¿Te refieres a la llegada del Espíritu Santo? –preguntó Miguel con lo poco que recordaba de lo sucedido aquel día.

Sofía vaciló un poco antes de responder.

-No se trata exactamente del Espíritu Santo... yo preferiría llamarle por lo que era en realidad: el Espíritu de la Verdad.

-Espíritu Santo... Espíritu de la Verdad... ¿importa la diferencia? – inquirió el joven ante lo que parecía simplemente un cambio de nombre.

-Sí importa, porque los dos son espíritus (o mejor deberíamos decir circuitos) diferentes –insistió Sofía, vehemente- El Espíritu Santo (confundido durante muchos siglos con la tercera persona de la Trinidad) surge del espíritu madre del universo local, y el Espíritu de la Verdad es la presencia espiritual del Miguel del universo local. Así que ya ves, hay una diferencia. Aunque lo que quiero destacar ahora es el regalo del Hijo.

-Entonces... ¿qué fue lo que sucedió exactamente el día de Pentecostés? –preguntó el joven, intrigado- ¿Es cierto que aparecieron lenguas de fuego, que los discípulos de Jesús se pusieron a hablar en lenguas desconocidas y todo eso?

-Me temo que eso que dices forma parte de la distorsión que sufrió la historia. Primero, lo sucedido no tuvo nada de sobrenatural ni de milagroso. Segundo, no sólo le pasó a los apóstoles: el Espíritu de la Verdad se dio a todos los humanos de la Tierra sin excepción. Lo que en realidad sucedió fue algo que ya anticipó Jesús a sus discípulos antes

de marcharse definitivamente: recibieron una presencia espiritual que reacciona indefectiblemente hacia la verdad. Todos los que se hallaban junto a los apóstoles en aquella habitación notaron algo distinto en su interior, algo que les daba confianza y fuerzas para proclamar el evangelio del reino. Imagínate cómo se debían sentir, huérfanos de la presencia de su Maestro tras su muerte. Gracias al Espíritu de la Verdad, abandonaron todas sus dudas y temores y salieron valientemente a proclamar la resurrección del Hijo del Hombre.

-Entiendo, pero... ¿cómo funciona esa ayuda en nosotros? No he sentido nunca algo parecido a lo que, según tú, les pasó a los apóstoles.

Sofía le miró con una de esas sonrisas significativas.

-¿Estás seguro? Piensa que la percepción que tuvieron los apóstoles de esa presencia y la que puedas tener tú es distinta. Cuando tú naciste, el Espíritu de la Verdad circulaba por el planeta, lo que no era así en tiempos de los apóstoles. Ellos pudieron notar una diferencia cualitativa en su interior. A ti te costará más, pues el espíritu ha estado siempre ahí.

“Piensa por un momento, Miguel. El Espíritu de la Verdad actúa sutilmente, sin que apenas te des cuenta. A veces atribuimos su acción a la intuición, pero... ¿qué es la intuición en realidad? En el diccionario la definen como la facultad de comprender las cosas instantáneamente, sin necesidad de razonamiento. En realidad, la intuición es el terreno donde trabajan las ayudas de las que te he estado hablando, el cajón de sastre al que atribuimos nuestras ideas más o menos “espontáneas”. ¿No te ha pasado que estabas escuchando a alguien, o leyendo un libro y, sin saber muy bien por qué, has pensado que lo que decía era falso como una moneda de madera? Inconscientemente el Espíritu de la Verdad había sintonizado con tu mente y te había enviado una impresión.

Miguel asintió con la cabeza. Es cierto, había tenido esa sensación muchas veces y, como muy bien había dicho Sofía, lo había atribuido a la intuición.

-Entonces, si tenemos una manera de reconocer la verdad, ¿por qué nos equivocamos tanto? –preguntó Miguel, casi para sí.

-Muy fácil –respondió Sofía casi inmediatamente – Porque casi siempre estamos ciegos y sordos a la verdad. Estamos tan obcecados con nuestros prejuicios que no sabemos reconocer la verdad cuando pasa ante nuestros ojos. Y, como comprenderás, el espíritu no obliga. Una vez más, el libre albedrío es el que manda.

-¿Cuál es entonces la receta mágica para reconocer la verdad?

-No sé si hay métodos mágicos para reconocer la verdad, pero sí los hay eficaces. En primer lugar, hay que tener los ojos y los oídos bien abiertos. En segundo lugar, hay que tener la mente abierta. Tenemos que ir purgando nuestros prejuicios, nuestras ideas preconcebidas, no rechazar ningún canal pues la verdad, amigo mío, puede estar en cualquier parte. Si tenemos nuestros sentidos y nuestra mente abiertos a todo lo que nos llega, nuestra intuición (o como quieras llamarlo) nos alertará cada vez que la verdad se presente ante nosotros.

-Entonces... ¿hay que olvidarse de la razón?

-¡Por supuesto que no! –exclamó Sofía rotundamente- Hay que hacer que razón e intuición vayan de la mano, no que la una sofoque a la otra. El saber consciente es igual de válido que el inconsciente, siempre y cuando se aloje en una mente equilibrada. Y si además tenemos la actitud adecuada en nuestro interior, una actitud de sintonía con Dios, entonces es como si automáticamente... ¿cómo lo diría?...

-¿Entráramos en circuito? –sugirió Miguel.

-¡Eso es! Es entonces cuando todas las ayudas trabajan armónicamente para favorecer nuestro desarrollo espiritual.

-¿Y tú, Sofía? ¿Estás en circuito? –dijo Miguel, medio en broma.

-¡Eso creo! –contestó la mujer, riendo- O al menos lo intento. Y tú también lo estás, aunque no seas plenamente consciente de ello.

-Hay algo que siempre me ha obsesionado –confesó Miguel- ¿Llegaremos a conocer algún día la verdad de una vez por todas? La verdad con mayúsculas, quiero decir.

-¿La verdad absoluta?

-Sí.

-La verdad absoluta únicamente puede encontrarse en lo absoluto, querido Miguel. Y en lo absoluto sólo residen las deidades absolutas: el Padre, el Hijo y el Espíritu. En cualquier otro nivel de la realidad la verdad es relativa.

-¿Eso quiere decir que no es del todo verdad?

-No exactamente. Quiere decir que es una verdad condicionada, una verdad con matices. No hemos de llegar al extremo de los escépticos, que piensan que es imposible conocer la verdad. Ni hemos de inclinarnos por creer que todo es relativo, que nada es verdad, que no hay conocimiento seguro, porque tampoco es cierto. Es posible conocer la verdad, pero la verdad relativa. La verdad absoluta únicamente la conocen los seres absolutos.

“La verdad que podemos aprehender -la verdad relativa-, además de ser condicionada, tiene otra característica fundamental: es dinámica. La verdad condicionada no lo es de una vez por todas, sino que va cambiando a medida que cambian las condiciones de las que depende. Por eso es tan absurdo intentar fijar la verdad. Lo que podía ser cierto hoy puede que no lo sea mañana, porque han cambiado las condiciones para las que aquello era cierto. La verdad estática –en el nivel en el que nos hallamos- es una verdad muerta. Y la verdad muerta no vale para nada más que para encallarnos, para impedirnos avanzar. ¡Es una lástima que haya tanta gente encallada en sus verdades muertas! –suspiró finalmente, entristecida.

-“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres...” –recordó Miguel. Siempre le había gustado aquella frase, pronunciada por Jesús de Nazaret hacía más de veinte siglos. Si había algo que valoraba por encima de muchas cosas, bienes materiales incluidos, era la libertad. Seguramente por ese motivo, pensó, buscaba la verdad desde que tenía uso de razón.

Sofía asintió, con los ojos brillantes de emoción.

-“Yo soy la verdad, el camino y la vida” –citó la mujer, mirando hacia ninguna parte. Miguel sonrió; era otra de las frases dichas por Jesús.

-¿Quién dijo la frase: “no hay camino para la verdad, la verdad es el camino”? –preguntó Miguel, a quien le había venido a la memoria esa frase de repente.

-Gandhi –respondió Sofía- En eso tengo que darle la razón. La verdad es como un horizonte lejano: no podemos aprehenderla porque siempre está lejos, pero mientras intentamos ir hacia ella recorreremos un camino que es el que realmente importa, porque hemos abandonado nuestra posición cómoda y nos hemos ido moviendo, hemos progresado.

Se produjo un silencio de los que venían siendo habituales en las conversaciones entre la mujer y el joven. Miguel se dijo para sí que, a partir de entonces, debía confiar mucho más en su intuición.

-¡Hay que ver lo que ha dado de sí el día de Pentecostés! –exclamó Miguel, irónicamente.

-Sí –concedió Sofía- Y aún hay más: aquel día se produjo otro cambio significativo que tuvo importantes repercusiones en los humanos que a partir de entonces nacieron en el planeta, y del que ya te comenté algo cuando hablamos de la chispa divina: a partir de entonces, las chispas empezaron a llegar en masa a nuestro planeta. Todo ser humano de mente normal estaba ya preparado para recibirlas. De alguna manera, ambas cosas están relacionadas, ¿no crees? La chispa y el espíritu. Si tienes una ayuda para reconocer la verdad en cuanto la ves, ¿por qué motivo no ibas a poder tener la chispa divina alojada en tu mente?

-¿Sabes una cosa? –dijo Miguel, tras un momento de reflexión- Tengo la impresión de que no estamos tan desamparados como podríamos pensar.

Sofía esbozó una amplia sonrisa.

-Me alegro de que te hayas dado cuenta- comentó la mujer- ¡Y eso que no te lo he explicado todo! No sólo tenemos la triple ayuda de la chispa divina, los ángeles y el Espíritu de la Verdad. Este planeta, aunque esté aislado por la rebelión, no por ello ha dejado de tener príncipe ni gobierno. En este planeta, aunque no podamos verlos, hay muchos seres procedentes de allá arriba, trabajando a las órdenes de un gobierno superhumano. Por ponerte un ejemplo, hay ángeles que velan por el progreso de la humanidad, que intentan promover la concordia y la paz entre los pueblos.

-¿Y dices que están aquí, entre nosotros?

-Los espíritus viven en esferas físicas, no pululan en el espacio. Luego sí, están aquí.

-¿En algún lugar del planeta? –ante la pregunta del joven, Sofía movió la cabeza afirmativamente – Pero, ¿dónde? –insistió Miguel.

-No lo sé –admitió Sofía- Pero no me los imagino residiendo en Hong-Kong o en la isla de Manhattan. Supongo que vivirán en algún sitio más recóndito y tranquilo. A pesar de que no podamos verles, me imagino que preferirán la tranquilidad y, afortunadamente, todavía quedan lugares en el planeta con esas características. Total, las

distancias no importan para seres que no son materiales y que pueden desplazarse a velocidades prácticamente instantáneas.

Miguel recordó de repente haber leído algo sobre lugares donde ocurrían fenómenos extraños, lugares supuestamente “energéticos” donde algunas personas habían tenido extrañas visiones... ¿Tendría que ver aquello con el lugar de residencia de los “otros residentes”? Le comentó esta impresión a Sofía, quien se limitó a responder:

-Quién sabe, Miguel, quién sabe...

-Por cierto, acabas de decir hace un momento que no hemos dejado de tener príncipe –recordó el joven.

-Así es. ¡Veo que estás atento! –rió la mujer- Tenemos príncipe, sí, aunque provisional. ¿A que no adivinas quién es?

Miguel, después de pensarlo unos segundos, aventuró:

-¿Mi tocayo?

-¡Bingo!

-¿De qué vas a hablarme hoy, Sofía? –preguntó Miguel mientras caminaban por el paseo marítimo, bordeando la playa. Aquella tarde soplaba una brisa agradable. Septiembre estaba comenzando su andadura y el calor no era ya tan riguroso.

-Hoy voy a hablarte del dios que aprende –respondió Sofía rápidamente, como si trajera preparada la lección.

-¿El dios que aprende? –repitió Miguel- Yo creía que Dios lo sabía todo, que no necesitaba aprender nada.

-Si algún día decides profundizar más en todo esto, entenderás que el término “Dios” es una burda simplificación de una realidad mucho más compleja –respondió la mujer, sonriente- El dios que aprende no es el que conocemos hasta ahora como “Dios”. Para aclarar los términos y evitar confusiones, piensa en “Dios” como en el Padre. Junto con el Hijo y el Espíritu, está instalado en el nivel absoluto. Allí el tiempo y el espacio no existen. Pues bien, el dios que aprende está situado en el nivel finito, dentro del marco del espacio y el tiempo. Tuvo un origen en el tiempo, aunque no tenga final.

-Como nosotros... –comentó el joven.

-Como nosotros –confirmó Sofía. Y prosiguió – El dios que aprende fue creado por la Trinidad en un momento determinado, hace mucho tiempo. Pero, a diferencia de las personas que componen la Trinidad, no está completo: crece, evoluciona. De algún modo es como un feto dentro del vientre de su madre.

-Así que sigue incompleto.

-Eso es.

-¿Y quién o qué lo hace crecer?

-Dicho de forma sencilla: todos nosotros.

Miguel se detuvo y se quedó mirando a Sofía, inquisitivo. En esos momentos parecía que el tiempo se había detenido a su alrededor, que el resto de personas que caminaban junto a ellos eran simplemente parte de un decorado.

-¿Quieres decir que yo estoy ayudando a que el dios que aprende crezca?

-Eso mismo. Y yo, y aquel hombre que está sentado allí, y esa pareja que caminan por la orilla –señaló Sofía apuntando con la barbilla a todas aquellas personas.

-Pero... ¿cómo?

-Con tus experiencias, querido Miguel. El dios que aprende hace tuyas tus experiencias, aprende de ellas. Es como un inmenso saco de experiencias de todos los seres que pueblan los superuniversos. Está haciendo algo que no pueden hacer los dioses absolutos, que es aprender. El dios que aprende es un puente más tendido por el Creador hacia sus criaturas.

-¿Y para qué querrían los dioses crear un dios que aprende? –preguntó el joven.

-¿Para qué querían los dioses crear a otras criaturas? –preguntó Sofía a su vez – Supongo que es una manera de “zafarse” de las cadenas de la infinidad, a la vez que un acto de amor. El Padre crea unas criaturas imperfectas con el potencial de perfeccionarse, y este potencial se va desarrollando paulatinamente a medida que la criatura asciende, a medida que aprende a reconocer a sus creadores y les permite que la acompañen en su camino ascendente. Los potenciales se van haciendo reales, y las experiencias acumuladas durante el camino no se pierden para las criaturas ni para los creadores.

-Bueno, es obvio que para las criaturas las experiencias no se pierden...

-No tan obvio, querido Miguel. Te recuerdo que existe la posibilidad real de que una criatura abrace el mal y deje de existir.

-Es cierto. ¿Qué sucede en ese caso con las experiencias? ¿También pasan al saco del dios que aprende?

-Sí. Las experiencias no se pierden. De hecho nada se pierde en el cosmos. Pero ten en cuenta una cosa, Miguel. Cada criatura está dotada con una personalidad única. No hay dos iguales en todo el universo de universos. Por lo tanto, las experiencias que vive cada persona también son únicas. Todos tenemos nuestro sello distintivo, nuestra marca de exclusividad; tenemos unas capacidades y unos potenciales únicos, que pueden dar lugar a experiencias y realidades que también son únicas. ¿Qué pasa cuando alguien abraza el mal y deja de ser porque se vuelve irreal? Que, aunque sus experiencias –sus realidades- pasen automáticamente al dios que aprende, sus potenciales quedarán sin manifestarse por siempre jamás. Nadie en todo el cosmos los hará realidad de la misma forma que la persona que ha dejado de ser. Somos los portadores de unos valores y unos significados únicos.

-¿Significa eso que el dios que aprende jamás llegará a estar completo del todo? –preguntó el joven.

-No. Tarde o temprano alguien desarrollará los potenciales que quedaron pendientes de manifestarse. Pero indudablemente su evolución se habrá visto retrasada. ¿Te das cuenta, Miguel? Por muy insignificantes que podamos parecer ante nuestros propios ojos, estamos contribuyendo al crecimiento de un dios. Somos indispensables en su desarrollo. Nos necesita.

Miguel siguió caminando cabizbajo y pensativo. La idea de un dios incompleto que aprende de las experiencias de las criaturas era completamente nueva para él, pero empezaba a vislumbrar, una vez más, que todo encajaba en el rompecabezas de la creación del que Sofía le había ido entregando algunas piezas clave.

-¿Sabes una cosa? Justamente una de las etapas más importantes de nuestro camino hacia el Paraíso consiste en reconocer la presencia del dios que aprende.

-¿Quieres decir que le veremos como te estoy viendo ahora?

-Así es.

-¿Y también veremos a las personas de la Trinidad?

-También, aunque eso se produce más adelante en nuestro camino. No podemos reconocer la presencia de las Deidades si no hemos percibido antes al dios que aprende.

-Claro que, cuando podamos percibirle, no estará completo... –aventuró el joven.

-Posiblemente.

-Por cierto, ¿cuándo estará completo?

Sofía suspiró, mirando hacia el horizonte. Miguel la imitó. Mirar hacia el mar siempre le hacía pensar en la infinitud.

-Cuando se completen los superuniversos –respondió la mujer- Así que me temo que falta todavía mucho tiempo. ¡Quién sabe dónde estaremos nosotros para entonces!

-¿Cómo se completan los superuniversos? –preguntó el joven. Era terrible, una pregunta siempre llevaba a otra.

-Como ya te dije, los superuniversos pertenecen a la creación imperfecta e incompleta. Como tales se están perfeccionando física, mental y espiritualmente. La creación física no está acabada. El sistema de mundos al que pertenece la Tierra, por ejemplo, está lejos de haber llegado a los mil mundos habitados (según tengo entendido, ni siquiera ha llegado a los setecientos) Nuestro universo local tampoco está terminado. Así que puedes imaginarte que el resto de la creación también está más o menos igual.

“Pero no sólo hay evolución física. Del mismo modo que los seres humanos evolucionamos a escala individual, también evolucionan las civilizaciones que esos seres humanos conforman en cada uno de los planetas habitados. Esa evolución cuenta, y mucho, en el crecimiento del dios que aprende.

-O sea, que las civilizaciones también se perfeccionan.

-Así es. Llegará un momento en el que la utopía será una realidad en nuestro mundo. Bonito, ¿verdad?

-Bonito y esperanzador.

-Cierto. La utopía no es un sueño irrealizable sino que será una realidad tarde o temprano. Imagínate que la utopía se va extendiendo por toda la creación. Primero en los mundos, luego en sistemas enteros, y así hasta extenderse por las unidades más grandes: constelaciones, universos locales y superuniversos. ¡Llegará un día en el que cada rincón del superuniverso habrá alcanzado la perfección! Pues justo ese día del lejanísimo futuro, el dios que aprende dirá “aquí estoy yo”. ¿Y sabes dónde residirá a partir de entonces?

-¿En el Paraíso? –aventuró Miguel, pensando que compartiría residencia con las Deidades absolutas.

-No, mucho más cerca: en la sede de nuestro superuniverso.

-¿Y eso?

-Bueno, te dije que nuestro superuniverso es justamente una representación conjunta del Padre, el Hijo y el Espíritu. Y el dios que aprende es una creación de la Trinidad. Supongo que, siendo un dios finito, es el sitio finito más adecuado donde residir.

-¿Y qué pasará después?



Sofía suspiró profundamente. Por un momento sólo se escucharon las olas del mar rompiendo suavemente contra la orilla.

-Un acto de la creación ha terminado, y es el momento de que empiece otro: la gran aventura del espacio exterior. Ahí fuera hay una creación en construcción, con mundos por crear y criaturas por nacer. En el momento en que el dios que aprende termine de completarse, habrá, por un lado, un universo perfecto por naturaleza –el único perfecto hoy día – y por otro un universo perfecto por evolución. Todo estará listo para que vayan llegando a nuestros superuniversos acabados y perfeccionados los habitantes del espacio exterior, en su camino hacia una perfección de índole distinta.

-El Gran Jefe nunca se repite –comentó Miguel irónicamente.

-¿No es maravilloso? –Sofía miró hacia poniente, donde el sol estaba ya empezando a declinar- Del mismo modo que no hay dos puestas del sol iguales, ni dos personas iguales, tampoco se repiten los actos de la gran obra de teatro que es la Creación. Siempre habrá algo nuevo y estimulante con lo que nos tendremos que enfrentar. Aprenderemos de los habitantes del espacio exterior en la misma medida que ellos aprenderán de nosotros, del mismo modo que cuando atravesemos el universo perfecto y confraternicemos con sus habitantes.

-¿Y después? –preguntó Miguel.

-De momento todo son conjeturas... Pero es posible que el Gran Jefe, como le acabas de llamar, ensaye una nueva variación: un cosmos infinito. Claro que esto es como no decir nada. Si soy incapaz de imaginarme cómo será el espacio exterior, sus habitantes y los tipos de experiencia que tendrán, ¡mucho menos de concebir cómo será una creación infinita!

Siguieron caminando en silencio. El sol acababa de ocultarse justo detrás de un jirón de nube, lo que permitía que se pudieran observar sus rayos descendiendo oblicuamente hacia el horizonte. Miguel recordó que, cuando era pequeño y veía el mismo fenómeno, le decía a su madre: “Mira, mamá, una puesta de sol de Dios”. No pudo evitar sonreír ante aquel recuerdo, ni sentirse maravillado por las pequeñas bellezas que se asomaban a nuestros ojos todos los días. ¡Bellezas que nunca se repetían! Sofía tenía razón: si las pequeñas cosas no se repiten, las grandes tampoco.

Miguel suspiró hondamente, disfrutando plenamente de aquel momento y de aquella tarde de paseo junto al mar.

-¿Cómo se puede ser pesimista, después de saber todo esto? –preguntó finalmente.

-La mejor receta contra el pesimismo es aumentar la perspectiva. ¡Y nosotros esta tarde hemos llegado a la perspectiva cósmica! –exclamó la mujer.

Los dos rieron y, sin decir nada más, dieron media vuelta y emprendieron el camino de regreso.

Los días fueron transcurriendo rápidamente. Se acercaba el comienzo del nuevo curso, y Miguel estuvo bastante ocupado con los trámites de matriculación y otras gestiones relacionadas, así que no tuvo ocasión de volver a quedar con Sofía hasta el sábado, el día en que habían quedado para comer en casa de su amiga.

Poco después del mediodía, Miguel fue a buscar a Elena a su casa y juntos se dirigieron a casa de Sofía. Dos días antes Miguel había llamado a la mujer por teléfono y ésta les había dado la dirección. Sofía vivía cerca del centro de su pequeña ciudad, a menos de diez minutos caminando desde la casa de Elena. Fue un paseo agradable, pues el sol lucía radiante en el cielo y apenas circulaban coches por esa zona.

La calle, de casas de dos plantas, todavía mantenía aquel sabor de pueblo que poco a poco iba desapareciendo de la ciudad. Se detuvieron en una de las casas y llamaron a la puerta. Elena apretó con fuerza la mano de Miguel. Éste la miró y le dirigió una breve sonrisa. Se dio cuenta de que su novia estaba un poco nerviosa, y recordó que ella y Sofía no se conocían. Él también estaba un poco nervioso, no tanto por la cita en sí sino porque temía que Elena y Sofía no conectaran. Las mujeres, pensó, eran muy suyas para ciertas cosas.

Al cabo de unos segundos, Sofía abrió la puerta y les saludó calurosamente.

-¡Adelante! –exclamó con una sonrisa de oreja a oreja, invitándoles a pasar. Se plantó frente a Elena y le dio un abrazo espontáneo y efusivo que desconcertó tanto a la chica como a Miguel –Así que tú eres Elena. ¡Tenía muchas ganas de conocerte!

Miguel supo desde ese momento que su novia y Sofía iban a congeniar estupendamente.

El joven levantó la botella de cava que traía en la mano, como preguntando dónde debía ponerla, y Sofía se apresuró a meterla en la nevera para que estuviera bien fría a la hora de comer.

-Ya lo tengo casi todo listo –comentó la mujer, refiriéndose a la comida- Espero que os guste.

Les hizo entrar en la cocina para enseñarles los platos. Había preparado un pastel frío de pescado y, de segundo plato, solomillo de cerdo relleno de frutos secos. También tenía preparada una bandeja con canapés de salmón, queso camembert y paté. Miguel, que había desayunado poco, se relamió al ver toda aquella comida.

Después, Sofía les enseñó su casa. La planta baja tenía un comedor espacioso, la cocina, un pequeño aseo y una habitación literalmente forrada de libros, donde destacaba un cómodo butacón situado junto a la ventana. En la parte de atrás había un patio de paredes blancas con jardineras donde destacaba un rosal de rosas rojas, un gran jazminero y unas buganvillas de color fucsia intenso. Aquí y allá había grandes macetas con ficus, palmitos y otras plantas

que Miguel no acertó a identificar. Se notaba que a Sofia le gustaba la jardinería.

-Las plantas dan mucho trabajo, pero me entretengo cuidándolas y me alegran la vista –comentó la mujer.

El piso de arriba tenía tres habitaciones amplias y un espacioso cuarto de baño. Sofia dormía en la habitación más grande, y las otras dos parecían de invitados, listas para ser ocupadas por las posibles visitas. Del primer piso subía una escalera estrecha hacia una gran terraza donde tender la ropa y asomarse a la ciudad, que desde esa posición descendía ininterrumpidamente hasta el mar.

-Antes de irme a la cama, me gusta subir por las noches a la terraza y contemplar las estrellas –comentó Sofia. Y añadió, guiñándole un ojo a los dos- Es mi momento favorito para conversar con Dios.

Bajaron al comedor, donde Sofia ya tenía la mesa puesta para empezar el aperitivo, en el que los canapés eran el elemento principal (aunque no el único) La mujer trajo vino rosado en una cubitera, y se dispusieron a dar buena cuenta del pica-pica.

A pesar de los temores iniciales de Miguel a que se produjeran silencios incómodos, casi desde el principio los tres se sintieron a gusto y entablaron una animada charla. Sofia y Elena empezaron a hablar sobre filosofía, pues era una inquietud que las dos sabían que tenían en común.

-Es curioso. Siempre que he leído la obra de algún filósofo, he llegado a la conclusión de que tenía su parte de verdad, pero también su parte de error. ¡Es tan difícil acercarse a la verdad! –comentó Elena.

-Tienes razón –dijo Sofia afirmando con la cabeza- Pero eso no debe ser una excusa para que no intentemos buscar la verdad por nosotros mismos. Creo que el principal error del ser humano es que tiende a irse hacia los extremos en todo lo que hace. Por ejemplo, el filósofo “A” afirma que no podemos captar la realidad tal y como es, y lleva su argumento hasta el extremo de afirmar que nuestros sentidos nos engañan. Por otro lado, el filósofo “B” afirma que nuestros sentidos son una fuente fiable y llega a la conclusión de que nuestras impresiones sensoriales son lo único fiable. ¿No sería más correcto quedarse en el término medio y decir que nuestros sentidos son una fuente más o menos fiable de contacto con la realidad –aunque no la única ni la única fiable-, y que nos permiten comprender de modo razonable lo que nos rodea? Pues lo mismo pasa en muchas de las teorías filosóficas.

-Estoy de acuerdo contigo –dijo la chica, y añadió, ladeando la cabeza- ¿No te parece triste que la filosofía esté tan poco valorada hoy día? Figura casi de modo testimonial en los planes de estudio superiores... Y para qué hablar de la carrera universitaria. Estudiar Filosofía es ser un futuro desempleado.

-Es realmente triste, sí –respondió la mujer- Se considera que la filosofía es inútil, que no sirve para la vida de hoy. ¿Desde cuándo no es útil pensar por uno mismo? Una sociedad que no piensa es una sociedad de borregos abocada a su propia decadencia.

-¿Y qué me dices de la religión? –intervino Miguel- Mucha gente te mira raro cuando dices que eres creyente. ¡Y no digamos si te defines

como “religioso”! Lo más probable es que te vean como un beato meapilas.

-Es lógico, Miguel –razonó Sofia- Hasta ahora la gente piensa que la religiosidad es patrimonio exclusivo de las religiones. Es hora de hacerles ver que es posible ser religioso fuera de la órbita de las religiones institucionalizadas.

-Sí, pero... ¿cómo puedo hacer que la gente entienda que no hay que seguir ninguna religión para ser religioso? –preguntó el joven. Le parecía que esa lucha era como estrellarse contra un muro de cemento.

-Lo primero y más importante es dar ejemplo con tu vida. De ese modo los demás verán que eres alguien íntegro y consecuente. No tienes que ir haciendo proselitismo de tu actitud religiosa ante la vida, pero sí puedes ir haciendo comentarios de vez en cuando, dejando caer “perlas” a quien consideres que sabrá valorarlas...

-¿Un poco como hiciste tú conmigo? –preguntó Miguel sagazmente. Sofia rió abiertamente.

-Un poco, sí.

-¡Desde luego, conmigo te funcionó! –admitió el joven.

-Pero no siempre se tiene éxito –replicó Sofia- Puede suceder que el interlocutor no esté interesado en absoluto en lo que le estás diciendo, y entonces es mejor no insistir. No podemos dar a conocer a Dios a quien no le está buscando.

-Dime la verdad, Sofia... –dijo Miguel, envalentonado gracias al empuje del vino rosado- ¿Lo habías intentado con otros antes que conmigo?

-¿Te refieres a intentar explicarte mi verdad?

-Sí.

-No, Miguel. Al menos, no de la misma forma –reconoció la mujer. Suspiró profundamente y añadió- Es curioso. Alguna vez había hecho comentarios a otras personas, pero nunca había encontrado a nadie tan receptivo como tú. No sé, la intuición me dijo que tú me escucharías. Y, según parece, no me equivoqué. Pero insisto en que no es lo más frecuente. Lo más frecuente es justo lo contrario: recibir indiferencia, cuando no hostilidad. Es algo que debes... que debéis tener muy en cuenta –se corrigió, mirando a Elena.

Los tres quedaron en silencio durante unos instantes. Miguel bebió un poco más de vino y cogió un canapé de salmón. Estaban todos deliciosos.

-¿Por qué tiene que ser así? –se preguntó Miguel- Me he sentido solo e incomprendido tantas veces... Hasta que te conocí, sólo había hablado de este tipo de cosas con Elena.

-Son los tiempos que nos ha tocado vivir –intervino la joven- En nuestros tiempos no se niega a Dios, sino algo todavía peor: se le ignora. Mucha gente vive como si Dios no existiera, y ven como a bichos raros a los que tienen a Dios presente en sus vidas.

-Es verdad –dijo Sofia- Son malos tiempos para los buscadores de la verdad. Pero, ¿qué tiempos no lo han sido? Siempre se ha considerado sospechoso a todo aquel que intenta pensar por su cuenta, buscar la verdad allá donde se encuentre, apartarse de los caminos

trazados por otros antes que ellos. Yo en vuestro lugar no esperaría comprensión por parte de la mayoría. Pero las recompensas ante vuestros pequeños hallazgos de cada día os compensarán con creces la incompreensión y la soledad a la que muchas veces os veréis condenados.

-A menudo me pregunto si habrá muchos más como nosotros, buscando la verdad... -dijo Miguel.

-No lo dudes -afirmó Sofia convencida- Los buscadores de la verdad puede que sean bichos raros, pero no son animales en vías de extinción. Además, todos tienen una especie de radar interior que hace que se detecten los unos a los otros, y así no se sienten tan solos. Creo que en eso los de allá arriba tienen algo que ver -añadió, con un guiño.

-¿Existirá por ahí alguna "Iglesia de los buscadores de la verdad"? -bromeó Miguel.

-Que yo sepa, no -respondió Sofia- ¡Y sería preferible que no la hubiera! Ya sabemos los peligros que se corren cuando una verdad se dogmatiza y se prohíbe ponerla en duda. Por no hablar de lo que sucede cuando se empieza a poner jerarquía y burocracia por en medio: comienzan a surgir "autoridades" religiosas que intentan imponer su interpretación de la verdad, y ahí se desvirtúa todo. Creo que ya va siendo hora de superar la etapa de las religiones institucionalizadas. Es hora de que desaparezca la división entre creyentes de primera y de segunda. Hemos de convencernos a nosotros mismos de que ninguna autoridad religiosa puede interferir en nuestra relación con el Padre. ¿Cómo van a poder hacerlo, si tenemos un fragmento de Dios dentro de nosotros?

-¿Crees que algún día será posible que haya otro tipo de organizaciones... no sé cómo llamarlas..."religiosas"? -preguntó el joven.

-No sólo son posibles, sino que están comenzando a surgir -dijo Sofia con una de sus sonrisas enigmáticas- Todavía están en sus comienzos, pero estoy segura de que irán a más en los años por venir. El futuro nos va a deparar muchas sorpresas, queridos amigos.

-¿Eso te lo dice tu intuición, o la bola de cristal que tienes escondida debajo de la mesa? -bromeó Miguel.

Sofia rió de buena gana.

-Las bolas de cristal están bien como adorno... yo prefiero usar mi intuición para hacer predicciones -respondió la mujer, divertida.

-¿Y cómo son esas nuevas organizaciones que, según tú, ya existen? -preguntó Elena, que sentía curiosidad por lo que había dicho Sofia al respecto.

-Son organizaciones cuya meta es elevar la espiritualidad de la humanidad dando respuestas a las cuestiones trascendentes, ofreciendo valores tanto morales como religiosos que nos sirvan de base para vivir una existencia plena y con sentido. Se podrían definir como organizaciones de base, sin jerarquías rígidas, en las que todo el mundo es tenido en cuenta y no existen autoridades morales ni religiosas -respondió Sofia.

-Pero... bien que tendrán dirigentes... -objetó Miguel.

-Sí, claro, siempre tiene que haber un líder, alguien que lleve el timón –replicó Sofía.

-Nunca me ha gustado la palabra “líder” –reconoció Miguel.

-Eso es porque hasta ahora el término “líder” tenía connotaciones muy autoritarias. Pensamos en los líderes que hemos tenido hasta ahora, pero yo me refiero a otro tipo de líderes. Las organizaciones a las que me refiero no tienen una estructura piramidal, sino que su forma se asemeja más bien a una boina –aquí la mujer se echó a reír ante la comparación que había empleado- Ahora bien, los dirigentes de este tipo de organizaciones son un tipo de líderes diferente al que hasta ahora estábamos acostumbrados. Estos líderes son personas que están en lo más alto de la organización para servir a los demás, no para satisfacer su ego ni para su beneficio personal. Se encargan de coordinar, de fomentar las iniciativas de los demás... En definitiva, de vigilar que se cumpla el plan que se ha decidido en equipo.

“En este tipo de organizaciones, el trabajo en equipo es fundamental. Cualquiera que esté especializado en grupos sabe que un grupo es algo más que la suma de sus componentes: el trabajo en grupo es mucho más productivo que la suma de los trabajos individuales aislados. Muchos de los esfuerzos que nos esperan al otro lado tratan sobre aprender a trabajar en equipo, que es la forma más eficiente de trabajar en los asuntos del universo. Por esa razón estas organizaciones comienzan a ponerlo en práctica aquí y ahora.

-No sé, Sofía, esto que dices me suena demasiado utópico todavía... –comentó Miguel. Le costaba creer que ya hubiera organizaciones así.

-Sé que suena utópico, pero está empezando a ser realidad –insistió Sofía, vehemente.

-¿Acaso perteneces tú a una organización de ésas? –preguntó Elena.

Sofía mostró una sonrisa de oreja a oreja.

-¿No serás el pico de la boina? –bromeó Miguel, y rieron los tres.

Durante la comida también hubo conversaciones jugosas en las que, entre bocado y bocado, iban saltando de un tema a otro sin otro orden que no fuera el que iba surgiendo espontáneamente. Sofia había encendido la televisión justo cuando comenzaba uno de los informativos del mediodía, así que comenzaron a comentar las noticias a medida que iban apareciendo.

-Realmente, si hiciéramos caso de los telediarios, el mundo sería un nido de maldad y caos –observó Miguel tras ver unas imágenes especialmente cruentas.

-Tienes razón –repuso Sofia- Y es cierto que hay maldad, pero también es cierto que hay bondad. Sólo que la bondad no vende, no es televisiva. El problema, queridos amigos, es que al mal se le da mucha publicidad, una publicidad que no merece. No se trata de que nos den a entender que vivimos en Disneylandia, en un mundo ideal, porque esa tampoco sería una impresión real. Pero sería más ajustado a la realidad que dieran menos noticias catastróficas y más noticias positivas. Además, ¿os habéis dado cuenta de que, desde hace unos años, las imágenes de guerras, atentados y similares que aparecen en los medios son mucho más explícitas que antes?

Los dos jóvenes asistieron.

-Supongo que es por hacer la noticia más impactante –comentó Elena- Estamos tan saturados de información que las simples palabras ya no nos llaman la atención.

-Sí, pero es morboso... inmoral, diría yo –replicó Miguel.

-Y luego está la publicidad que se le hace a los malos en el cine y en los libros –dijo Sofia- Que, para colmo, generan un efecto de “imitación” en mentes enfermas.

-Desde luego, no dan una impresión general muy optimista –observó Miguel.

-Es cierto, pero creo que debemos elevarnos por encima de todo eso y ver la realidad tal como es, no como quieren que la veamos –dijo Sofia con vehemencia- Vamos a ver, ¿vosotros veis tanta maldad en vuestra vida diaria? Yo al menos veo mucha gente buena a mi alrededor. Es más: estoy convencida de que, si los buenos no fueran mayoría, la humanidad sencillamente no habría sobrevivido hasta nuestros días. La civilización no puede continuar –y mucho menos avanzar- sin gente que se mueva por impulsos altruistas, sin gente con ideales elevados que luche por ponerlos en práctica.

-En definitiva: hay que ser optimista –resumió Miguel.

-¡Por supuesto! –exclamó Sofia con los ojos brillantes- El optimismo es el motor de la sociedad. Las personas buenas son optimistas por naturaleza. Ojo, que no estoy hablando del optimismo ingenuo alejado de la realidad. Cuando hablo de los optimistas me refiero a todas esas personas que sueñan con un mundo mejor y que luchan todos los días para conseguir poner en práctica sus sueños.

-Esto me recuerda una entrevista que leí a Luis Rojas-Marcos, el psiquiatra –comentó Elena- Decía que jamás un pesimista había inventado nada.

-¡Y es totalmente cierto! –exclamó la mujer- Porque el pesimista piensa de antemano que no va a conseguir descubrir, crear, inventar nada nuevo. El optimista es el que piensa que, al menos, merece la pena intentarlo, y no se desanimará a las primeras de cambio si algo sale mal, porque piensa que la próxima vez le saldrá mejor. ¡Esa, queridos amigos, es la actitud que hay que mantener en la vida! De lo contrario no progresaremos.

-Pero, dime la verdad –dijo Miguel - ¿Crees sinceramente que tenemos motivos para ser optimistas, tal y como está el mundo?

-Rotundamente sí –contestó Sofía- No te dejes desanimar por las noticias ni por el estado de ánimo general. Piensa por un momento en la historia de la humanidad. Es cierto que todavía hay muchas desigualdades, mucha injusticia y mucho sufrimiento, pero ¿te atreverías a decir que estamos peor que en la Edad Media, por poner un ejemplo de una época pasada? Si has estudiado un poco de historia convendrás conmigo en que la humanidad en su conjunto ha mejorado. No digo que el progreso no implique algún que otro retroceso concreto en el tiempo, pero la tendencia siempre será a mejorar. No olvides que en este planeta hay mucho “personal” dispuesto a ayudarnos en esta empresa (y no me estoy refiriendo ahora a seres humanos) Sólo es necesario que haya cada vez más optimistas conscientes de que no están solos.

-O sea, que estamos condenados a ser felices –recapituló Miguel.

-Totalmente –insistió Sofía- ¡La utopía nos espera al final del camino!

-Caramba, Sofía. ¡Podrías escribir un “Elogio del optimismo” con todo lo que nos has dicho! –exclamó Elena medio en broma. Los tres rieron.

-¡Y que lo digas! –corroboró Miguel- Lo tuyo es pensamiento positivo, Sofía.

-Es que tener una actitud positiva es fundamental –insistió la mujer, sonriente- Además, lo mismo que la actitud negativa, tiene un efecto colateral muy importante: es enormemente contagiosa. Y decidme, ¿qué es mejor? ¿Contagiar buen rollo o extender el mal rollo? Si alguien empieza a discutir contigo y le respondes de manera agresiva, estáis no sólo propagando la discusión, sino subiendo su tono. Sin embargo, si le respondes con serenidad, inconscientemente le estás invitando a que él también baje puntos de agresividad. Extender el pensamiento positivo no depende sólo de los gobernantes o de la televisión: depende principalmente de nosotros mismos.

-Aunque no siempre se puede... –empezó a decir Miguel, pero Sofía le interrumpió.

-No, claro. Como decía un torero, una mala tarde la tiene cualquiera. Pero si al menos eres consciente de que has perdido el control y de que la próxima vez lo harás mejor, es señal de que estás empezando a cambiar hacia una actitud más positiva. Recuerda esto,



Miguel: el hombre más grande no es el que conquista una ciudad, sino el que aprende a controlarse a sí mismo.

-Bonita frase –observó el joven.

-Es de tu tocayo –replicó Sofía con un guiño. Y, dirigiéndose a Elena, le preguntó- ¿Te ha hablado Miguel de su tocayo?

-Algo me ha dicho, sí –respondió la joven con una sonrisa.

-Un buen tipo... –dijo Miguel, casi para sí mismo.

-El mejor –dijo Sofía y, levantando su copa de vino, exclamó - ¡Propongo un brindis! ¡Por Miguel, el mejor tipo que ha pisado nunca este planeta!

Y los tres, entre risas, hicieron chocar sus copas y siguieron comiendo y charlando.

-A veces me pregunto si nos merecemos los políticos que tenemos –comentó Miguel mientras la televisión iba sacando noticias sobre los últimos devaneos de la clase política del país.

Sofía esbozó una media sonrisa y replicó:

-La política es un reflejo de la sociedad. Para que haya políticos honrados tiene que haber un sustrato de personas honradas. De todas formas, creo que nos merecemos unos políticos mejores. Al menos una parte de la sociedad lo merece.

-El problema está en la inercia en la que uno se sumerge cuando entra en política –dijo Elena- La inercia de los toma y daca, de las componendas, de las cuotas de poder... Supongo que, aunque uno entre en política con la mejor de las intenciones, debe ser difícil romper con esa tendencia de los intereses creados.

-Sí, supongo que sí –convino Sofía- Pero alguna vez esa inercia tendrá que cambiar, ¿no?

-Sí, pero... ¿cómo? –intervino Miguel.

Sofía se tomó un tiempo antes de responder.

-No sé exactamente cómo, Miguel, pero siempre he tenido claro que fomentar una educación de calidad es fundamental para que la sociedad mejore.

-¡Pero eso llevará muchísimo tiempo! –protestó Miguel.

-Sí, pero... ¿quién dijo que tenía que ser rápido? –replicó Sofía- Recuerda esto, Miguel: la impaciencia es veneno para el espíritu. Cada vez que intentes progresar, piensa que el mejor progreso es el que se hace de modo lento pero seguro. Las revoluciones, aun las que se llevan a cabo con la mejor de las intenciones, están condenadas al fracaso porque el progreso no se puede promulgar por decreto. La gente ha de estar preparada para los cambios si queremos que éstos perduren. Yo siempre digo que creo en la evolución, no en la revolución. Reconozco que la revolución es una idea muy atractiva e incluso romántica, pero a la larga no es efectiva. Al final se acaba cumpliendo el deseo conservador de “que todo cambie para que todo siga igual”.

-Entonces... ¿qué es lo que propones? –preguntó el joven.

-Propongo un cambio que hará mucho menos ruido pero será mucho más efectivo –respondió Sofía- Todo pasa por conseguir que haya personas más justas y equilibradas. Y eso se consigue con la educación, por un lado en casa y por otro en la escuela, aunque si

tuviera que determinar cuál es la más importante, me inclinaría por la educación que se recibe en casa. Por desgracia hay muchos padres que, presionados por las exigencias de la vida actual, pasan muy poco tiempo con sus hijos y hace tiempo que han “dimitido” de ser padres. Piensan que con dinero y con la televisión pueden suplir el tiempo que han dejado de dedicar a sus hijos. Y eso es un grave error cuyas consecuencias hace años que estamos padeciendo. ¡La familia es la primera fuente de valores del ser humano! Pero, como soy optimista, pienso que alguna vez se cambiará esa tendencia y se empezará a dar prioridad a la vida familiar en detrimento de la vida profesional. De hecho, ya hay muchos que están cambiando sus prioridades.

-Pero no siempre se puede elegir el trabajo, Sofia –replicó Miguel.

-No te engañes, Miguel –respondió la mujer, tajante- Siempre podemos elegir. Podemos elegir llevar una vida más sencilla que no tenga esas necesidades ficticias que nos han creado desde fuera. Aun siendo cierto que no siempre se puede elegir el trabajo y que tenemos poco tiempo para nuestros hijos los días laborables, ¿quién te impide que les dediques los fines de semana? Lo importante no es la cantidad de tiempo que se pasa con la familia, sino la calidad de ese tiempo. Pero claro, eso requiere un esfuerzo que no todos están dispuestos a hacer. Es más fácil incrustarse en el sofá viendo la tele y quejarse del trabajo que dan los niños. El problema, queridos amigos, es que mucha gente elige lo más fácil en lugar de lo correcto.

-En cualquier caso, es algo que llevará mucho tiempo –insistió Miguel.

-¿Y qué? –respondió Sofia- Miguel, empieza a hacerte a la idea de que habrá cambios que no verás en el transcurso de tu vida en este planeta. Pero es muy importante y merece la pena que pongamos nuestro granito de arena para que nuestros deseos de un mundo más justo se hagan realidad. ¡Que puedas llegar a ver esos cambios es lo de menos! Entiendo que ahora eres joven y lo quieres todo aquí y ahora, pero con el tiempo comprenderás que es mucho más sabio tener paciencia y obrar en consecuencia. Ya lo dice el refrán, “las prisas son malas consejeras”.

-Así que, según tú, la educación es la clave para empezar a cambiar el mundo –recapituló Miguel.

-Bueno... –titubeó Sofia- Se podría decir así. Obviamente, cuando hablo de educación, no me refiero sólo a simples conocimientos sino también a valores tanto éticos como religiosos.

-Pues no es algo de lo que los políticos, que era de quienes estábamos hablando precisamente cuando salió el tema, se preocupen mucho –replicó el joven.

-Cierto –reconoció Sofia- Pero, si los políticos no están por ofrecer educación de calidad, podemos hacer dos cosas. Una de ellas es exigirla, si es que quieren que les votemos de nuevo. La gente de a pie dispone de mecanismos para presionar a los políticos, solo que no siempre es consciente de su poder. La segunda cosa que podemos hacer es buscarla por nuestra cuenta. Ya he dicho antes que la educación en

casa es la más importante. No es algo que necesite ineludiblemente de ayuda oficial.

-Es lógico que los políticos no estén demasiado interesados en que haya personas educadas, aunque lo proclamen de dientes para fuera -terció Elena - Los políticos prefieren electores ignorantes a electores informados y con sentido crítico.

-Que es justo lo que consigue la educación -apostilló Sofia.

Se produjo un silencio. Miguel, asintiendo con la cabeza, acabó diciendo con una sonrisa burlona:

-Con lo bonitas que me habían parecido siempre las revoluciones...

Los tres rieron de buena gana.

Tras la comida, que se remató con una deliciosa tarta de chocolate hecha también por Sofía, hubo una sobremesa que se prolongó durante horas. Miguel y Elena ayudaron a Sofía a recoger la mesa y, una vez terminaron, el joven le preguntó a Sofía si podía echarle un vistazo a su biblioteca.

-Adelante, puedes fisgonear todo lo que quieras –dijo con una sonrisa- Es más, si te interesa algún libro, puedes llevártelo. ¡Doy por supuesto que eres de los que devuelven los libros!

-Por eso no te preocupes. A mí también me gusta que me los devuelvan, y siempre procuro hacer lo que me gusta que me hagan –respondió el joven devolviéndole la sonrisa.

Así que, mientras Sofía y Elena charlaban animadamente en el comedor, Miguel fue a la habitación que hacía las veces de salón de lectura, y cuyas paredes estaban atestadas de libros casi desde el suelo hasta el techo.

Una de las cosas que llamó la atención de Miguel fue lo heterogénea que era la biblioteca de Sofía. Había libros de todas clases: ensayos sobre filosofía, política, religión, ciencia, así como novelas de todos los géneros, entre los que destacaba la ciencia-ficción. Pero lo que más le llamó la atención fueron los numerosos libros sobre ovnis, fenómenos paranormales y misterios de la Antigüedad. Esto le hizo recordar que Sofía le había prometido explicarle su teoría sobre los objetos volantes no identificados y, como fuera que a Miguel le interesaba lo que Sofía tuviera que decirle al respecto, cuando volvió al comedor intentó encauzar la conversación hacia esos derroteros:

-He visto que tienes muchos libros sobre ovnis y fenómenos extraños –comentó el joven apenas se sentó en el sofá, con Elena a su derecha y Sofía a su izquierda.

-Sí, es verdad –asintió Sofía- Hace ya un tiempo, cuando era más joven, empecé a interesarme por los supuestos visitantes del espacio y comencé a comprarme libros sobre el tema. Es curioso, pero en mi caso preguntarme sobre civilizaciones extraterrestres me llevó a una búsqueda que luego me llevó hacia descubrimientos más trascendentes. Supongo que los buscadores de la verdad nos empeñamos en buscarla en todas partes, incluyendo aquellos lugares que la mayoría descarta de antemano por no considerarlos “rationales”.

-Pero no me negarás que hay mucha mentira detrás de los ovnis –replicó Miguel.

-Más que mentira, yo lo denominaría “intoxicación” –le rectificó Sofía- Ten en cuenta una cosa, querido Miguel. Cuando el buscador de la verdad transita por caminos apartados de los habituales, encuentra verdades tan mezcladas con falsedades que a menudo es difícil separar el grano de la paja. Es más, no siempre se llega a tener claro lo que es cierto de lo que no lo es, pero siempre quedan las dudas, las preguntas, y eso ya es fructífero de por sí.

-¿Y has llegado a alguna verdad respecto a esto? –preguntó el joven.

Sofía se quedó pensativa unos segundos antes de contestar.

-Bueno, como te dije... he llegado a conclusiones más o menos plausibles, aunque (como siempre) no tengo pruebas ni puedo demostrar nada. Vamos a ver: hay algo que tenemos que reconocer como un hecho. Aunque haya un porcentaje muy elevado de avistamientos ovnis que pueden tener una explicación “natural” (léase aviones, satélites, maniobras secretas de los ejércitos), hay un porcentaje de casos que no tienen otra explicación que la de que son fenómenos de naturaleza desconocida no provocados por seres humanos. Además, son fenómenos que se han ido produciendo a lo largo de toda la historia de la humanidad, no sólo desde mediados del siglo pasado, como algunos creen. Sólo que antiguamente no les denominaban “platillos volantes” o “naves extraterrestres” sino “carros voladores”, “pájaros de fuego” o similares. Es comprensible que, cuando nos encontramos con fenómenos desconocidos, los describamos utilizando términos correspondientes a nuestro nivel tecnológico.

-Hasta aquí te sigo –dijo Miguel.

-Bien. Partiendo de que es un fenómeno que siempre ha estado ahí, las preguntas que enseguida vienen a nuestra mente son: ¿quiénes son? ¿Por qué están aquí? Desde el punto de vista occidental, y dado nuestro nivel tecnológico actual, lo más sencillo es referirnos a ellos como visitantes de otros mundos a bordo de sus naves. Hace dos mil años se pensaría en ellos como ángeles, porque para entonces ni siquiera se consideraba que hubiera otros planetas habitados.

“Respecto a la pregunta de por qué están aquí, podemos pensar que tienen el nivel tecnológico suficiente para realizar viajes interestelares, y que sienten curiosidad por nosotros, igual que un hombre blanco cuando se adentra en una selva tropical y se encuentra con indígenas que piensan que un teléfono móvil es un artilugio mágico.

-Sí, esa es la explicación de partida de la mayoría de investigadores, por lo poco que sé –comentó Miguel- ¿Acaso no es una explicación convincente?

-Sí y no –admitió Sofía a regañadientes- Hay cosas que no alcanzo a explicar si parto de la hipótesis extraterrestre. Por lo que sé, y según lo que ya te he ido explicando, las distancias entre mundos habitados son lo bastante grandes como para impedir el contacto entre civilizaciones de seres humanos. Además, y también por lo que sé, los que tienen la capacidad de viajar por el espacio atravesando distancias interestelares no son seres de carne y hueso.

-¿Y no podría ser que esas civilizaciones extraterrestres tengan la tecnología que les permita atravesar distancias enormes sin emplear una eternidad en el viaje? –preguntó Elena, que hasta entonces había estado siguiendo atentamente la conversación sin intervenir- La ciencia actual habla de agujeros de gusano, de la supuesta existencia de pliegues espacio-temporales...Bien podría ser que civilizaciones que nos llevaran miles de años de adelanto pudieran salvar dificultades que para nosotros son imposibles de superar actualmente.

-Elena, es posible que el espacio no sea como hasta ahora lo habíamos concebido, y que se puedan tomar atajos –respondió Sofia- En ningún momento estoy negando que esto pueda ser así. Lo que yo me pregunto, sabiendo lo que sé y creyendo en lo que creo, es si se permitiría a las civilizaciones compuestas por mortales de carne y hueso que mantuvieran contactos entre ellas.

-¿Por qué no se iba a permitir? –preguntó Elena.

-Porque la evolución en el cosmos se produce no sólo en el ámbito individual, sino también en el planetario –respondió la mujer- Permitir contactos entre civilizaciones de mundos habitados interferiría ineludiblemente en la evolución de esos mundos implicados. Queridos amigos: tengo la impresión de que los mundos habitados no están tan alejados entre ellos por casualidad, sino que existe una intención por parte de los creadores de mantenerlos lo más alejados posible para evitar así cualquier tipo de contacto.

-Entonces, si no son extraterrestres los que nos visitan... ¿quiénes son? –preguntó Miguel, rascándose la barbilla con aire pensativo.

Sofia se volvió hacia Miguel y le preguntó a su vez:

-¿Recuerdas que te dije que en nuestro planeta hay un gobierno superhumano?

-Sí, algo me dijiste –admitió Miguel.

-Pues bien, creo que los supuestos visitantes son la tropa de nuestro gobierno, que forman parte de los “otros habitantes” de nuestro planeta –afirmó Sofia rotundamente.

Miguel y Elena se quedaron en silencio durante unos segundos.

-Bueno, eso al menos explicaría por qué están aquí, sin tener que echar mano de los viajes interestelares... -reconoció Elena.

-Pero, vamos a ver... ¿cómo te explicas que la gente que dice haber visto extraterrestres los describa como seres de carne y hueso? Si son seres espirituales, se supone que no podríamos verlos, ¿no? –replicó Miguel enérgicamente. Le costaba admitir la hipótesis de Sofia.

-Es cierto que no son de carne y hueso, pero también me consta que, en ciertos casos, pueden hacerse visibles si lo desean –respondió Sofia- Por lo que tengo entendido, hay órdenes de seres capaces de manipular el medio físico y capaces de hacer visibles cuerpos de naturaleza menos densa. ¿Recuerdas, Miguel, las apariciones de Jesús después de su muerte? Jesús se apareció ante sus discípulos y ante otras personas durante repetidas veces, pero no con el cuerpo que antes tenía. Incluso al principio esas personas tuvieron dificultades en reconocerle... La razón es que, igual que nos sucederá a nosotros cuando pasemos al otro lado, Jesús tenía un cuerpo de naturaleza intermedia entre lo físico y lo espiritual, menos denso que el cuerpo que tenemos actualmente. Ese cuerpo, bajo manipulaciones especiales de ciertos seres, podría hacerse visible para el ojo humano. Lo mismo puede aplicarse a los supuestos visitantes de otros mundos.

-¿Y podríamos llegar incluso a tocar ese cuerpo “intermedio”? –preguntó Miguel.

-Sí, claro. De hecho es como si los “manipuladores” que acabo de mencionar pudieran “espesar” ese tipo de materia –respondió Sofia.

-Entonces, según tú, los visitantes del espacio son en realidad habitantes de este mundo –dijo Miguel tras unos instantes de reflexión- Pero seguimos sin responder a la pregunta de por qué se dejan ver de esa forma. ¡Parece que estén jugando al escondite con nosotros! Ahora se dejan ver, ahora se escabullen... ¿Por qué no se muestran abiertamente?

-En el fondo, tengo la impresión de que están representando una obra de teatro a escala planetaria –dijo Sofia pensativamente – De hecho ésa es mi teoría, que por supuesto otros han considerado antes que yo. ¡Creedme, no soy nada original!

-¿Una obra de teatro? –repitió Elena, intrigada.

-Sí, eso es. Cuanto más leo sobre encuentros con humanoides, más convencida estoy de que están actuando, de que todo responde a un plan de... no sé cómo llamarlo... ¿toma de conciencia?

-Mmmm... ya te entiendo –dijo Miguel moviendo la cabeza afirmativamente- Sería una forma de hacernos ver que existen otras realidades, de abrir nuestra mente...

-...Y mostrándose a grupos reducidos de gente consiguen que el impacto sea menos traumático –reflexionó Elena en voz alta.

-Si no son exactamente de naturaleza física, esto explicaría también las maniobras aparentemente imposibles de las naves extraterrestres, como por ejemplo los giros en noventa grados, aceleraciones instantáneas y similares –comentó Miguel.

-Así como las apariciones y desapariciones como por arte de magia, que también se dan, ya sea en encuentros lejanos como cercanos –apostilló Sofia.

-¿Y cómo explicarías el fenómeno del contactismo? –preguntó Elena.

-Me gusta que me hagas esa pregunta –respondió Sofia echándose a reír- Creo que, como en el fenómeno ovni, hay parte de verdad, pero aquí con mucha más paja entre muy poco grano. Una de las cosas que más me hace desconfiar es la abundancia de mensajes apocalípticos entre los contactados. Llevamos años en los que cada cierto tiempo le ponen fecha al Apocalipsis, pero éste no acaba de llegar. ¿No os habéis dado cuenta? Siempre ponen la catástrofe final a cuatro o cinco años vista, el margen de tiempo suficiente para que nadie se acuerde una vez pasado ese tiempo. La memoria, ya se sabe, es muy frágil. Además, siempre existe el recurso de decir que los de allá arriba nos han dado una prórroga para que rectifiquemos, y nos vuelven a poner el fin del mundo un poco más adelante en el tiempo.

“También me hacen desconfiar mucho los mensajes de tipo paternalista, en los que se ofrecen para sacarnos las castañas del fuego ante la amenaza de extinción. Tengo la impresión, queridos amigos, de que nadie va a sacarnos del atolladero, que tenemos que arreglárnoslas nosotros solos. Y está bien que sea así, pues resolver nuestros problemas con nuestros propios medios nos hará avanzar. Esperar que

otros hagan lo que tenemos que hacer nosotros es propio de mentes perezosas y débiles.

-Desde luego, es mucho más realista actuar como si no hubiera nadie al otro lado de la línea –comentó Miguel.

-Tampoco quiero decir con esto que no haya nadie al otro lado de la línea –replicó Sofía- Por supuesto que nos pueden brindar ayuda, pero el brazo ejecutor va a ser siempre el nuestro. Ya sé que lo he dicho muchas veces, pero el libre albedrío es sagrado para nuestros amigos del otro lado. No ayudarán a nadie que no desee ser ayudado, que no tenga la voluntad de actuar.

-En definitiva, los contactados no te parecen de fiar... -dijo Elena.

-En general no, aunque puede haber honrosas excepciones –respondió Sofía- En cualquier caso, tened en cuenta que tenemos la capacidad de reaccionar ante la verdad cuando la tenemos delante. Confíad en vuestra intuición y pedid ayuda a vuestra chispa divina. ¡Nunca falla!



Ya estaba empezando a oscurecer cuando Miguel y Elena decidieron que era el momento de marcharse. Así se lo dijeron a Sofía, pero ésta les insistió tanto en que se quedaran a cenar que no pudieron negarse. De modo que ayudaron a Sofía a preparar una cena fría a base de pan con tomate y embutido y siguieron disfrutando del placer de la conversación. Esta vez comieron en el patio, donde la brisa fresca que subía desde el mar, el olor a jazmín y las luces rojizas del atardecer se combinaron para crear el escenario propicio para una velada que, con el paso del tiempo, Miguel y Elena recordarían con verdadera nostalgia.

-Os agradezco mucho que hayáis querido hacerme compañía un rato más -dijo Sofía cuando se sentaron a dar cuenta de la cena- Quería aprovechar al máximo este tiempo con vosotros, teniendo en cuenta que no nos queda mucho...

Miguel y Elena la miraron, sin comprender muy bien a qué se refería. Sofía interpretó muy bien sus miradas, porque añadió:

-El próximo miércoles me marchó a Helsinki. Voy a pasar una larga temporada con mi hijo.

Los dos jóvenes se quedaron tan asombrados, que tardaron unos segundos en reaccionar.

-Pero... ¿cuánto tiempo vas a estar fuera? -acertó a preguntar Miguel.

-Todavía no lo sé muy bien -respondió la mujer- Seis meses, quizá un año... Ahora que estoy jubilada, no tengo obligaciones que me retengan aquí. Y me apetece cambiar de aires una temporada... ¡aunque sean aires gélidos! -rió.

Durante unos segundos reinó un silencio total.

-Vaya... ha sido toda una sorpresa -dijo Miguel, que seguía conmocionado por la noticia. Sabía que echaría mucho de menos las charlas con Sofía- Ha sido tan... repentino...

-Sí, es cierto, fue una decisión que tomé de repente -dijo Sofía con una sonrisa que intentó ser alegre, pero que a Miguel se le antojó un poco forzada - ¡Yo soy así! Me muevo mucho por impulsos. Y he decidido que me alejaré durante una temporada. ¡Pero eso no significa que perdamos el contacto! ¡Y menos ahora, que tenemos Internet! Porque tenéis acceso a Internet, ¿verdad?

Tanto Miguel como Elena asintieron con la cabeza.

-Estupendo entonces. Dadme vuestra dirección de correo, y yo os enviaré un mensaje tan pronto me instale en casa de mi hijo. ¡Disfrutaremos del placer de la correspondencia!

Sofía se levantó de la mesa, trajo una libreta pequeña donde anotó las direcciones que le dieron Miguel y Elena y garabateó su dirección de correo en una hoja que arrancó y entregó a Miguel.

-¡Listo! -exclamó la mujer- Ahora me tenéis que prometer que responderéis rápidamente a mis correos. ¡Es una pena que se esté

perdiendo el gusto de escribir! Hoy día casi nadie escribe más allá de unas cuantas líneas, que encima están mal escritas.

-No te preocupes, Sofia –le dijo Elena- Intentaremos responderte rápidamente.

-Y más de diez palabras –añadió Miguel, sonriendo.

Después de esa noticia, fue inevitable que la velada tuviera un regusto a despedida, aunque Sofia les prometió que se verían antes del miércoles.

-Quiero haceros un regalo, y todavía no lo he comprado –dijo- ¡Así que nos veremos de nuevo antes de mi marcha!.

-No hace falta que te molestes en regalarnos nada, Sofia –dijo Miguel casi inmediatamente.

-No es ninguna molestia –replicó la mujer- Quiero regalar algo que de alguna forma recuerde todas las conversaciones que tuve contigo durante este verano, así como este día. Miguel, te estoy muy agradecido por haber aguantado mis “palizas” todo este tiempo.

-Soy yo el que está agradecido, Sofia –dijo el joven- Me has abierto todo un mundo con tus palabras.

Sofia sonrió y se dirigió a Elena:

-A ti, Elena, lamento no haberte conocido antes. Aunque supongo que Miguel ya te habrá explicado muchas cosas...

-Sí, pero yo también lamento no haberte conocido antes –dijo Elena con total sinceridad.

-Es una pena que te vayas tan pronto –confesó Miguel- Nos quedan tantas cosas de las que hablar...

Sofia le miró largamente antes de responder:

-Quién sabe, quizá sea mejor así... Te he mostrado un camino alternativo, pero eres tú el que tiene que andarlo. No quiero ser maestra de nadie, Miguel. Lo único que he pretendido es plantearte preguntas y darte mis respuestas. Ya te dije en una ocasión que no pretendo imponer nada ni convencer de nada. Sólo quiero compartir lo que tengo con otros que también andan buscando la verdad.

“Aprovecha el tiempo que se abre ante ti a partir de ahora para leer, buscar, reflexionar. No seas ajeno a lo que sucede a tu alrededor. Los de allá arriba tienen formas muy sutiles de comunicarse con nosotros. No recibirás revelaciones espectaculares, sino pequeñas señales en las pequeñas cosas que suceden cada día. Confía en tu intuición. Pide respuestas y éstas acabarán llegando. Busca y acabarás encontrando. Ten siempre presente que la casualidad es uno de los muchos ropajes del Padre y de su tropa. El día en que se deja de creer en la casualidad, se empieza a ver la huella de la tropa a nuestro alrededor. Llámalo como quieras: yo lo llamo providencia.

“En el fondo, lo que he intentado transmitir son unas cuantas verdades muy sencillas. La verdad, en general, suele ser sencilla y no necesita de argumentaciones complejas; esto, dicho sea de paso, es un buen criterio para detectarla. Este mundo es el primer paso de una carrera de fondo cuya meta es la misma presencia de Dios. Y daremos unas zancadas más largas cuanto más sintonizados estemos con la voluntad del Padre. Y, ¿cuál es la forma de sintonizarse? Con el amor

desinteresado a los demás. El amor es la vitamina del alma, es el deseo de hacer el bien a los demás, es el servicio desinteresado. El amor eleva al que ama y al que es amado. El amor da fuerzas. El amor suma. Y no estoy hablando únicamente del amor de pareja, que es una de las muchas formas del amor, pero no la única ni la más importante.

-Has mencionado lo de estar sintonizados con la voluntad del Padre -dijo Miguel- ¿A qué te refieres exactamente?

-Muy fácil, Miguel: se trata de decirle al Padre “aquí estoy; es mi voluntad que se haga tu voluntad”. Es abandonarse en los brazos amorosos de Dios como un niño se abandona en los brazos de sus padres. ¿Verdad que un niño no se pregunta si sus padres le quieren o no, si va a comer ese día o si tendrá ropa que ponerse? El niño confía en sus padres. Sabe que le quieren, que tendrá un plato de comida en la mesa, que cuando se levante por la mañana tendrá ropa limpia preparada para ponerse. Del mismo modo, nosotros hemos de ser como niños y confiar en nuestro “otro” padre.

“En el momento en que empezamos a confiar en el Padre, dejamos de forzar los acontecimientos y tomamos las circunstancias de la vida tal y como se presentan. Dejamos de obsesionarnos con lo que pudo haber sido y no fue, y no nos desesperamos ante las situaciones que nos toca vivir y que están fuera de nuestro control. Sean cuales sean nuestras circunstancias, las encaramos con optimismo y confianza.

“Y esa confianza -os lo digo por experiencia- tiene repercusiones. El día que se empieza a confiar en el Padre, los problemas empiezan a visitarnos menos. Y los que realmente nos visitan pasan casi de puntillas por nosotros, porque somos capaces de solucionarlos fácilmente. Aquél que confía en el Padre no vuelve a sentirse solo y desamparado. Lo único que tenemos que hacer es cambiar de actitud ante la vida.

-Dicho por ti suena fácil, pero no creo que lo sea -replicó Miguel.

-No es fácil porque nos empeñamos en vivir como si Dios no existiera -dijo Sofía- Resulta tan absurdo como que un niño se preocupe por su sustento diario, cuando tiene unos padres que le quieren y se esfuerzan por cubrir sus necesidades básicas. Además, aunque sólo sea por puro egoísmo, tendríamos que ponernos en manos de Dios, porque Él siempre nos dará muchísimo más de lo que nosotros le damos. Él nos hará ser más grandes de lo que somos.

-Ojalá pudiera tomarme así las cosas ... -suspiró Miguel.

-Ya verás como sí podrás -le animó Sofía- Es cuestión de tiempo. Sólo hay que intentarlo conscientemente. Y te diré algo más: cuando hayas interiorizado esa actitud ante la vida, no querrás guardar esta “receta milagrosa” para ti solo. Sentirás el impulso irresistible de compartirla con los demás, querrás que los demás conozcan que es posible otra forma de vivir. Sentirás que se te ha dado una luz, pero no para que la escondas donde nadie pueda verla sino para servir de faro en la oscuridad.

Miguel suspiró hondamente.

-Me pregunto si los demás tendrán ojos para ver esa luz... -dijo.

-Quizá todos no, pero puedes estar seguro de que más de uno notará un cambio en ti, y se preguntará qué es lo que te ha vuelto tan...luminoso. Y es posible que, de todos los que se han dado cuenta, alguno de ellos quiera probar esa receta milagrosa. De este modo harás que se propague la luz.

-Así, según tú, ¿ésta es la receta de la felicidad? –preguntó Elena, casi como una afirmación.

-La felicidad es una consecuencia de la decisión de cambiar de actitud ante la vida. Pero creo que hay que enfocar ese cambio desde otro punto de vista. Hoy día nos venden muchas recetas para ser feliz, pero no creo que la felicidad sea la meta suprema de los seres humanos. Es algo tan fugaz en este mundo y parece estar en tantos lugares distintos que la búsqueda de la felicidad por la felicidad nos lleva por demasiados caminos y por ninguno en concreto. No, nuestra meta debe ser otra: la perfección. Si vamos por el camino correcto seremos indudablemente felices, y nuestra felicidad será cada vez más duradera. Pero será simplemente una consecuencia de algo mucho más importante, de nuestro propósito de ser perfectos como nuestro Padre lo es.

-Pero en este mundo es imposible que llegemos a ser perfectos – objetó Miguel.

-Aquí sí, pero eso no significa que no puedas tenerlo como un objetivo a muy largo plazo y actuar en consecuencia –respondió Sofía- Insisto en que este camino es una carrera de fondo en el que no gana el que más impulso toma al inicio, sino el más paciente y el más perseverante. Los impulsos si no se mantienen no sirven de nada. Son como fuegos de artificio que deslumbran durante unos segundos y luego desaparecen. Recordad el dicho italiano: “Chi va piano, va lontano”.

-El que va lento, llega lejos... -tradujo Elena.

-¿No os ha pasado que os abrumáis cuando tenéis mucho trabajo por delante, al pensar en la cantidad de cosas que tenéis que hacer? – planteó Sofía- Pero, si en lugar de agobiaros con el trabajo pendiente os fijáis metas más cortas y consecutivas, el mismo trabajo se os hace más llevadero.

-Sí, es verdad –admitió Miguel.

-Así que ya veis, todo es cuestión de la actitud que toméis ante las cosas –dijo Sofía, sonriente.

“Realmente”, pensó Miguel, “esta mujer no sólo es una optimista incurable, sino que además contagia el optimismo. ¡Es imposible ver negro lo que ella pinta blanco!”

El tiempo pasa volando cuando transcurre entre amigos, así que finalmente llegó el momento de marcharse, no sin pena por parte de los tres.

-¿Os va bien que nos veamos el próximo martes por la tarde en mi casa? –preguntó Sofía- ¿A las seis, por ejemplo?

Miguel y Sofía asintieron a la vez.

-Muy bien, pues entonces... ¡hasta el martes! –exclamó la mujer, y les estampó dos besos en las mejillas a cada uno antes de que salieran por la puerta.

Cuando Miguel y Elena se marcharon era casi medianoche y las calles de aquel barrio estaban desiertas. Hicieron casi todo el camino de vuelta en silencio, absortos en sus pensamientos. Había sido un día muy intenso.

-¿Qué te ha parecido Sofía? –preguntó Miguel mientras caminaban bajo la noche serena.

Elena se tomó unos segundos antes de responder:

-Me parece una gran mujer –y añadió, riendo suavemente- De mayor quiero ser como ella: sabia.

Miguel sonrió.

-Yo siempre había querido ser astronauta, pero he cambiado de opinión. También quiero ser sabio –bromeó el joven.

Y continuaron caminando por las calles desiertas abrazados por la cintura.

Aunque Miguel no quería que el tiempo pasara tan rápido, el martes acabó llegando inexorablemente, así que a la hora convenida Elena y él estaban llamando a la puerta de Sofía. Esta les recibió con la serena alegría que en ella era habitual y les invitó a sentarse a la mesa, donde había preparado café y pastas.

-¿Ya lo tienes todo preparado? –preguntó Elena.

-Oh, sí, soy rápida haciendo maletas –respondió la mujer mientras les servía el café- Lo que me ha costado más es decidir qué libros voy a llevarme. ¡Me he sentido como quien tiene que decidir qué tres cosas se llevaría a una isla desierta! –añadió, riendo.

-¿A qué hora sale tu avión? –preguntó Miguel.

-A las diez y media de la mañana, creo. ¡Menos mal que no tengo que madrugar! Desde que me jubilé me he malacostumbrado.

-Si necesitas que te llevemos al aeropuerto... –empezó a decir Miguel, pero Sofía le interrumpió rápidamente.

-No, gracias, no es necesario. Mi hija me llevará –y había un profundo agradecimiento en su mirada.

-Ah, de acuerdo, siendo así... –dijo Miguel, bajando la cabeza. Le hubiera gustado acompañar a Sofía al aeropuerto para pasar algo más de tiempo con ella, pero vio que no le cabría esa posibilidad.

Sofía se levantó de repente.

-Antes de que se me olvide... os traeré mi regalo –y se dirigió a la sala de los libros, de donde volvió con un paquete.

Por la forma, Miguel supuso que era un libro, y bastante grueso.

-Muchas gracias –dijo el joven- Pero insisto en que no tenías que haberte molestado.

-Bah, bah, déjate de historias –dijo Sofía con aire burlón- ¿Me vas a escatimar el placer de regalar?

Sofía dejó el paquete en la mesa, y Miguel y Elena se quedaron mirándolo sin saber muy bien qué hacer.

-Bueno... –dijo la mujer con juvenil impaciencia- ¿Lo abris o no?

Finalmente fue Miguel el que tomó el paquete y lo abrió. Tal y como él se imaginaba, era un libro de tapas azules y grueso como una Biblia. Tanto Miguel como Elena miraron a Sofía con aire interrogativo.

-Éste es el libro de donde he tomado todo lo que te he dicho –dijo la mujer- Ahora es el momento de que lo leáis y toméis una decisión respecto a lo que dice. Os prevengo que su lectura no es fácil, pero también os digo que merece la pena ser perseverantes y llegar hasta el final.

Miguel y Elena se quedaron sin saber muy bien qué decir.

-Muchas gracias, Sofía –acertó a decir Miguel, que notaba que se estaba empezando a emocionar más de lo que era habitual en él.

-Eso ya me lo has dicho antes –respondió Sofía con tono burlón.

-Sí, pero bueno... es que... no sé muy bien qué decir –dijo el joven torpemente.

-Lo único que lamento es que sólo es un ejemplar, cuando sois dos para leerlo –dijo la mujer.

-No importa, Sofia, ya echaremos a suertes quien lo lee primero –dijo Elena guiñándole un ojo.

-¡Ah, no! ¡Yo lo leeré primero! –exclamó el joven mientras alejaba el libro del alcance de Elena, que fingió enfadarse para seguir con la broma.

Sofía les miraba sonriente, con un brillo particular en la mirada.

-Desde luego, es evidente que estáis hechos el uno para el otro –dijo la mujer al cabo de unos segundos- Ojalá sigáis así, con esa complicidad. La relación de pareja es una de las más importantes, y hoy día hay demasiadas parejas que se rompen. ¿Cuántos años lleváis saliendo juntos?

Miguel resopló. Justo cuando iba a responder, Elena se le adelantó:

-Este verano ha hecho cuatro años. ¡Empezamos muy jovencitos!

-La verdad es que en cuanto nos conocimos congeniamos enseguida –dijo Miguel- Y... bueno, nunca se sabe qué puede pasar en el futuro, pero hoy por hoy soy capaz de imaginarme con Elena hasta el final de mis días.

-Vaya, gracias –dijo Elena, ligeramente ruborizada.

-Eso está bien –dijo Sofia, moviendo la cabeza afirmativamente- La relación de pareja tiene una importancia fundamental, pues justamente ahí es donde hombres y mujeres aprenden a convivir, a conocerse, a servir de complemento el uno del otro. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué hay dos tipos de seres humanos?

Miguel y Elena se quedaron pensativos unos segundos.

-No sé... supongo que para poder reproducirnos, ¿no? –aventuró Miguel, que nunca se había planteado esa pregunta.

-No necesariamente –replicó Sofia- Dios bien podría haber creado seres hermafroditas del mismo tipo. Pero no: creó dos variantes de seres humanos, lo cual es mucho más interesante. La uniformidad es muy aburrida, y no se aprende mucho de ella. En cambio de la diferencia y la diversidad se aprende mucho.

“No estoy inventando la rueda si digo que hombres y mujeres son muy diferentes en muchos aspectos. Y tampoco voy a insistir en las diferencias, porque creo que todos las conocemos. A lo que voy es que fuimos creados distintos no sólo para aprender los unos de los otros sino para cooperar. Y por desgracia la situación actual está muy lejos de ser la ideal para que todos ganemos con la cooperación. Estamos ya en pleno siglo XXI y la mujer no ha alcanzado, ni siquiera en las sociedades más avanzadas, una situación de igualdad plena con el hombre. Aún peor: en la mayoría de pueblos de la tierra, la mujer sigue siendo considerada como “persona de segunda clase”. Amigos míos, la sociedad en su conjunto se está perdiendo gran parte de la contribución femenina.

-Tienes razón, aunque en la sociedad occidental la mujer ha ido ganando en reconocimiento y poco a poco van apareciendo mujeres en puestos tradicionalmente ocupados por hombres –dijo Elena.

-Sí. La lástima es que estos cambios serían mucho más efectivos si se dieran en el ámbito mundial, no sólo en una de las culturas del planeta. Además, muchas veces las mujeres occidentales pagan un precio demasiado alto por sus conquistas profesionales, como por ejemplo verse obligadas a renunciar a la vida familiar e incluso a la maternidad. No sé, tengo la impresión de que muchas mujeres de las sociedades prósperas han caído en la trampa de buscar la igualdad emulando a los hombres, cuando en realidad creo que la clave está en alcanzar una igualdad, pero de otra clase.

-¿De otra clase? -preguntó Elena - ¿A qué te refieres?

-Me refiero a una igualdad que tenga en cuenta nuestras particularidades y nuestras diferencias. Hombres y mujeres tienen su esfera propia y sus derechos dentro de ella. No podemos competir en fuerza física con los hombres, por ejemplo, aunque muchas mujeres sean más fuertes que algunos hombres. Tampoco podemos pretender que los hombres tengan el mismo grado de sensibilidad y empatía que en general acostumbra a tener la mujer, aunque también es cierto que hay hombres con una gran sensibilidad. Somos tan diferentes que no tiene sentido competir en el terreno del otro. Lo que yo propongo es que todos aportemos nuestras dotes para sintetizar conjuntamente un valor superior.

“Si hombres y mujeres camináramos juntos y dejáramos de competir entre nosotros y de empeñarnos en someternos los unos a los otros, la evolución social y espiritual de la humanidad se vería notablemente impulsada. Hombres y mujeres estamos ‘condenados’ a entendernos, no sólo en esta vida sino en todas las etapas de nuestra carrera hacia el Paraíso, ya que la “feminidad” o la “masculinidad” con la que nacemos no nos abandona jamás, forma parte de nuestro carácter para siempre. Entonces, ¿no deberíamos empezar por entendernos desde el principio?

-Sí, desde luego -convino Miguel- Pero... ¡a veces sois tan complicadas!

Sofía rió de buena gana.

-Deberíamos venir con manual de instrucciones, ¿verdad? -bromeó la mujer- Pero, como no es así, la única alternativa es echarle voluntad... y, sobre todo, amor.

-¿Crees que alguna vez llegaremos a esa igualdad que mencionas? -preguntó Elena- ¡De momento lo veo difícil!

-Es difícil, pero estoy segura de que tarde o temprano se conseguirá. Ya le comenté a Miguel que nuestro futuro es la utopía, y en la utopía la verdadera igualdad de sexos es una realidad. La verdadera igualdad se alcanzará cuando a nadie se le ocurra contar cuántas mujeres hay en una lista electoral, del mismo modo que sería absurdo contar el número de candidatos rubios o con ojos azules. Cuando nadie considere digno de mención que una mujer forme parte de un vuelo espacial, cuando sea meramente anecdótico que una mujer presida el gobierno de una nación poderosa. Cuando hombres y mujeres compartan las tareas del hogar al cincuenta por ciento, si es que ambos contribuyen al sustento económico de la familia.



“Y ahora que menciono la familia... no puedo dejar de recordar que la relación de pareja es la base de la familia, lo cual la hace también enormemente importante. Y, aunque actualmente parece que suena “carca” decirlo, hay que cuidar la familia pues es la primera unidad social. Nacemos en una familia, nos hacemos personas en una familia y formamos a otras personas en una familia. Ya sé que vosotros sois muy jóvenes y no os habéis planteado aún formar una familia. Pero ojalá tengáis presente cuando llegue el momento la importancia de crear un hogar donde vuestros hijos aprendan a ser personas equilibradas.

-Sí, espero tenerlo presente para entonces –dijo Miguel.

-Aunque los niños tampoco vienen con manual de instrucciones... – apostilló Elena.

-No os preocupéis por eso, que de todo se sale –dijo Sofía con un guiño.

Siguieron charlando animadamente hasta que llegó el momento de la despedida. Sofía les dio un largo y efusivo abrazo a los dos. Elena no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Miguel no lloró, pero tenía un nudo en la garganta que apenas le dejó decir:

-Me alegro mucho de haberte conocido.

Sofía le dedicó su más amplia sonrisa y le respondió:

-Yo también me alegro de haberte conocido a ti.

Ya en la puerta de su casa, añadió:

-¡Prometeme que me escribiréis! Cuando esté instalada en casa de mi hijo, os escribiré un correo a los dos.

-No te preocupes, Sofía, te escribiremos –le dijo Miguel.

Miguel y Elena salieron fuera, dieron unos cuantos pasos calle abajo, y el joven quiso volverse para dar un último adiós a su amiga. Siempre recordaría la imagen de Sofía en el quicio de la puerta, con su ropa sencilla y esa imagen de paz interior que transmitía, diciéndole adiós con la mano.

Poco después de la marcha de Sofía, comenzó la rutina de las clases para Miguel. Ese era (teóricamente) su último año en la universidad, y tenía que trabajar duro si quería aprobar las últimas asignaturas de la carrera. Para colmo le quedaba también el proyecto de fin de carrera, con lo que no iba precisamente sobrado de tiempo.

Conforme pasaban los días, las vacaciones de verano iban quedando muy lejanas en el tiempo. Miguel recordaba con auténtica añoranza las tardes que había pasado con Sofía hablando sobre lo divino y lo humano, pues la tranquilidad de la que entonces gozaba había desaparecido de su vida con el comienzo del curso.

Una semana después de marcharse, Sofía le escribió un correo para decirle que ya estaba instalada en casa de su hijo. Miguel apenas pudo contestarle unas líneas. Tampoco sabía muy bien qué decirle; se sentía algo culpable porque todavía no había comenzado a leer el libro que Sofía les había regalado con toda la ilusión del mundo. A pesar de que había bromeado con Elena sobre que él sería el primero en leerlo, llegó a proponerle a la joven que fuera ella la que comenzara. Pero Elena insistió en que, puesto que él ya había sido informado de muchas de las cosas que estaban en el libro, debía ser él el primero que lo leyera.

Miguel siempre recibía dos o tres correos de Sofía a la semana, todos dirigidos también a Elena. Era una gozada leer sus mensajes, pues en ellos cualquier anécdota trivial era motivo de una lúcida reflexión. Realmente Sofía estaba atenta a las pequeñas cosas que le sucedían todos los días. Miguel intentaba también prestar atención a todo lo que sucedía a su alrededor, y así también tener algo que contarle a su amiga. Alguna vez le había hecho explicar de nuevo alguna cosa sobre la que habían hablado en aquellas conversaciones veraniegas, o había evocado alguna de esas conversaciones en particular. Sofía siempre le respondía rápidamente.

Llegó un nuevo año, y con él los exámenes de la carrera. Miguel estuvo tan ocupado estudiando que no se dio cuenta hasta que terminó los exámenes de que Sofía llevaba todo lo que llevaba de año sin escribir ningún mensaje. Por eso, aprovechando la tregua que se produce tras los exámenes, le escribió un largo correo poniéndole al corriente de su vida.

Pasaron los días y no recibió ninguna respuesta. Le extrañó, pero pensó que debía haber algún buen motivo que explicara ese silencio.

Empezó a preocuparse seriamente cuando pasó un mes y seguía sin recibir respuesta de Sofía. Llegó incluso a preguntarse si Sofía se había olvidado de ellos, pero enseguida recordaba la insistencia de la mujer en que le escribieran. No, no podía haberse olvidado de ellos.

Miguel le envió cuatro correos de los que no obtuvo respuesta. Así que finalmente decidió no insistir más y esperar que fuera Sofía la que se pusiera en contacto con ellos.

Fue un día de primeros de abril. Después de cenar, Miguel fue a su habitación, encendió el ordenador y abrió el correo, como solía hacer casi todos los días. Ante su sorpresa, en la bandeja de entrada había un mensaje de Sofía. Al verlo no pudo evitar exclamar un “¡menos mal!”. Ignoró el resto de mensajes y abrió directamente el correo de su amiga. Sentía una gran curiosidad por saber el motivo de su largo silencio.

Aunque estaba escrito desde la dirección de Sofía, no era Sofía quien lo había escrito, sino su hija. El mensaje decía así:

*Querido Miguel: soy Marta, la hija de Sofía. Sé que mi madre os tenía gran aprecio a ti y a tu novia, y por eso he considerado que teníais que saberlo. Os escribo estas líneas para deciros que mi madre dejó este mundo el pasado domingo (o sea, hace tres días)*

*Ella me pidió que os enviara un escrito después de su muerte, escrito que adjunto en este correo. No seré yo quien os dé más explicaciones, pues prefiero dejar que sea ella quien se explique.*

*Aunque estamos muy tristes por no tenerla con nosotros, estamos seguros también de que ha comenzado una nueva etapa en un lugar mejor. De momento nos queda su recuerdo y el convencimiento de que, tarde o temprano, nos volveremos a encontrar.*

*Recibid un fuerte abrazo*

*Marta*

Durante un buen rato Miguel se quedó mirando la pantalla del ordenador, con la mente bloqueada. Ahora sabía lo que había pasado. Sofía había estado agonizando todo ese tiempo.

Se sentía tan hundido que no tenía ánimos de abrir el fichero adjunto para leer el escrito de Sofía. Pero hizo un esfuerzo de voluntad y lo abrió. Esto fue lo que su amiga había escrito:

*Querido Miguel:*

*Para cuando leas esto, ya no estaré en este mundo. Creo que no tardaré mucho en pasar al otro lado; noto que las fuerzas me abandonan un poco más cada día. Por eso quiero aprovechar ahora, que todavía tengo ánimos para escribir, para contarte algunas cosas que creo que debes saber.*

*Os mentí, Miguel. No fui a Helsinki con mi hijo. Una semana antes de que nos viéramos por última vez fui a una revisión médica rutinaria y en los análisis de sangre vieron unos valores alterados. Así que me hicieron pruebas más exhaustivas y me diagnosticaron un tipo de leucemia. Según los médicos, me quedaban seis meses de vida como mucho.*

*Para mí fue un mazazo, pues hasta entonces había atribuido el cansancio y las pequeñas dolencias persistentes a los achaques de la vejez. Aunque, tras el golpe inicial, sentí una extraña paz. De algún modo sentía que se me estaba dando la oportunidad de dejar mis asuntos en orden.*

*Pensé que lo mejor que podía hacer era apartarme silenciosamente de vuestras vidas. Igual al leer esto piensas que me equivoqué; en cualquier caso, ya no tiene vuelta atrás. Ya te había mostrado el camino*

*que yo en su día había recorrido, y prefería que me recordaras como estaba entonces, cuando la enfermedad todavía no me había deteriorado demasiado.*

*Cuando os hice creer que me marchaba a Finlandia, en realidad ingresé en el hospital para empezar un tratamiento que finalmente no tuvo éxito. Te ahorro aquí todo el sufrimiento físico por el que he tenido que pasar... Sólo te diré que no fue precisamente agradable. Pero estuve acompañada por mis hijos, y gracias a su apoyo y su cariño pude sobrellevar mejor los peores momentos de la terapia.*

*En el momento de escribirte estas líneas estoy técnicamente “desahuciada”. Supongo que de un momento a otro vendrá “la de la guadaña” a hacerme una visita. Pero... ¿sabes una cosa? No tengo miedo a morir. Hará cosa de unos quince días tuve una recaída grave. Los médicos pensaban que de esa noche no pasaba. Hubo un momento en el que realmente sentí que estaba a punto de dejar este viejo cuerpo, y sentí una paz como nunca había sentido. Sólo en el último momento pareció que el Padre tenía otros planes para mí, y continué a este lado. Pero ahora sé que la muerte no es más que dormir y despertar en otra parte. No es más terrible que eso.*

*No sé si, cuando leas esto, has empezado a leer el libro que os regalé. En tus últimos mensajes no decías nada al respecto, así que interpreto que todavía no le has hincado el diente. Si es así no pasa nada. Seguro que lo leerás cuando sea el momento adecuado para ti.*

*En fin, me gustaría decir muchas más cosas, pero las fuerzas no me dan para mucho más. Dale un beso muy fuerte a Elena de mi parte. Ojalá sigáis juntos durante toda la vida, forméis una familia y sigáis siendo tan buena gente como sé que sois.*

*Podría decir adiós... pero prefiero un “hasta la vista”.*

*Sofía*

Miguel leyó el escrito de Sofía una y otra vez, hasta casi sabérselo de memoria. Cuando apartó la vista de la pantalla, tenía los ojos llenos de lágrimas. Lo único que pensaba era que ya no volvería a ver a Sofía, que se había marchado para siempre. Sin embargo, enseguida vino un pensamiento claro y rotundo, procedente de lo más profundo de su mente:

“Recuerda que ella ha dicho ‘hasta la vista’. No se ha ido para siempre. Os veréis al otro lado.”

“Es verdad”, pensó Miguel. “¡Qué tonto soy! ¿Acaso no he creído siempre que hay vida después de la muerte? Entonces, ¿por qué me pongo triste y pienso que no voy a verla nunca más?”

Justo en ese momento, sin pensar, miró hacia la estantería y lo primero que vio fue el libro que Sofía le había regalado, que esperaba pacientemente a que fuera su turno. Una vez más, tuvo un pensamiento claro y rotundo:

“Tienes razón, Sofía. Lo leeré cuando llegue el momento. Y ese momento ha llegado. Te lo debo.”

Así que, ni corto ni perezoso, tomó el libro de la estantería, lo abrió por la primera página y, aquella misma noche, todavía con el dolor de la

pérdida de su amiga, comenzó a leer. Y así lo hizo durante las noches siguientes, sin ponerse excusas, arrebatándole horas al sueño si era preciso.

## Epílogo

Habían pasado ya cinco años desde que Sofia había pasado a la siguiente etapa en su viaje hacia el Paraíso. En ese tiempo, Miguel y Elena acabaron sus carreras respectivas según lo previsto y se metieron de lleno en el mundo laboral. Ante la sorpresa de sus padres, que pensaban que tardarían más tiempo en dar ese paso, en cuanto consiguieron trabajos estables decidieron independizarse y comenzar una vida en común.

Los padres de Elena tenían un piso alquilado que recientemente habían desocupado y, puesto que los jóvenes habían decidido casarse en el juzgado e invitar sólo a un número reducido de personas, consideraron que su mejor regalo de boda sería ofrecerles ese piso como vivienda de alquiler. Después de emprender las reformas más imprescindibles, finalmente entraron a vivir. Comenzó para ellos la prueba más dura de una relación de pareja: la convivencia. Afortunadamente, salieron airoso de ella.

Miguel tardó un año en leer el libro que le regaló Sofia. Conoció muchos más detalles de las cosas que su amiga le había contado y pudo integrarlas en una visión del cosmos mucho más amplia. Fascinado por su contenido, animó a Elena a que lo leyera. Ésta se puso a ello casi inmediatamente después de que Miguel terminara su lectura. Como Miguel, tardó aproximadamente un año en leerlo.

Muchas noches, después de cenar, apagaban la televisión y se ponían a charlar sobre lo que se contaba en ese libro. Así, lo que uno de ellos no había entendido demasiado bien, el otro podía aclararlo. Muy pronto empezaron a buscar por Internet, y supieron así de otras personas que también habían leído o estaban leyendo ese libro, y compartieron con otros las transformaciones que estaban experimentando en sus vidas. Asistieron a reuniones, conferencias, hicieron sólidas amistades y disfrutaron de la alegría de compartir con otras personas las mismas inquietudes respecto a las grandes preguntas de la vida.

Curiosamente, muchas de las personas que conocieron sabían de Sofia, de la que tenían un concepto muy elevado. Gracias a ellas, Miguel y Elena supieron que Sofia había dejado muchas de sus ideas por escrito en artículos donde había ido dejando reflejados sus pensamientos y sus experiencias. Los leyeron todos, y de esa forma conocieron un poco mejor a su amiga y tuvieron muchas más ocasiones de recordarla.

Poco a poco, casi sin ser conscientes de ello, su actitud ante la vida empezó a cambiar. Se dieron cuenta de que es mucho más gratificante dar que recibir; que hay que trabajar para vivir, y no vivir para trabajar; que lo que uno recibe no es para él solo; que nuestros actos han de ser consecuentes con nuestros pensamientos.

Así, como resultado natural de esa transformación paulatina, empezaron a colaborar en diferentes proyectos y organizaciones,

utilizando parte de su tiempo libre en ayudar a otros. Comprobaron que, con voluntad y disciplina, se puede tener tiempo para todo, y que el tiempo es algo demasiado valioso como para desperdiciarlo en banalidades.

Pero, de todos los proyectos, el más importante en el que se habían embarcado hasta ahora era en el de ser padres. Si no les fallaban las cuentas, Elena daría a luz a finales de julio. Justamente el mes en el que, seis años antes, Miguel conoció a Sofía un día cualquiera en un parque cualquiera.

Un día de finales de mayo por la tarde, Miguel y Elena salieron a pasear, aprovechando que hacía muy buen tiempo. Sus pasos les llevaron hacia un parque situado en las afueras de su ciudad, en el que había rosales y flores que en aquella época del año lucían sus colores en cada rincón.

Como llevaban un buen rato caminando y Elena necesitaba descansar, se sentaron en un banco. Justo a unos pocos metros, en un banco cercano, vieron a un chico algo más joven que ellos. No les habría llamado la atención si no fuera porque estaba solo y tenía una expresión huraña en la mirada.

En cualquier otra circunstancia, Miguel no hubiera prestado mayor atención al chico, pero su intuición le dijo que había algo más que un simple enfado en su actitud y que tenía que ayudarlo, así que, sin pensárselo dos veces, se levantó del banco y se dirigió hacia donde estaba el joven.

-Hola –le saludó Miguel- Perdona, pero ¿podrías decirme dónde hay una farmacia por aquí cerca? Tengo que comprar unas medicinas para mi mujer –dijo, señalando a Elena.

El joven pronto desarrugó el ceño y explicó a Miguel con todo detalle dónde quedaba la farmacia más cercana.

-Muchas gracias, ahora mismo iré para allá –respondió Miguel. Y ya se había dado media vuelta cuando de repente se volvió- Oye, ya que me has ayudado tan amablemente, me gustaría ayudarte.

-¿Ayudarme? ¿A mí? –repitió el joven, asombrado.

-Sí. Me ha parecido que estabas algo fastidiado.

-Sí...bueno, pero... ¿acaso te importa? –dijo el joven, poniéndose a la defensiva.

Miguel se quedó de pie mirándole, pero no dijo nada. El joven se dio cuenta en ese momento de que no tenía motivos para mostrarse agresivo con Miguel y se apresuró a añadir:

-Perdona, no era mi intención ser tan borde. Es que... estoy un poco cansado de la vida, eso es todo.

-¿Te puedo preguntar cuántos años tienes? –preguntó Miguel.

-Veintiuno –respondió el joven.

-Veintiún años son pocos años para estar cansado de la vida –observó Miguel.

El joven resopló antes de responder.

-Quizá sí, pero no le veo sentido a tantas cosas...hay demasiadas dificultades, demasiadas injusticias, demasiado...

-Ven, vamos a tomarnos una cerveza y me lo cuentas –le interrumpió Miguel, sin pensárselo dos veces.

-¿Y tu mujer? ¿Y las medicinas?

-Mi mujer se viene con nosotros. Y las medicinas pueden esperar –respondió Miguel, invitándole con un gesto a que se levantara.

El joven pareció desarmado y sin saber muy bien qué hacer. Finalmente se encogió de hombros y se levantó del banco rápidamente.

-Por cierto, me llamo Miguel. ¿Y tú?

-Carlos.

-Encantado. Ahora, Carlos, dime dónde hay un bar por aquí cerca. Yo invito.

Miguel llamó a Elena, le presentó a Carlos y los tres salieron del parque en dirección a la calle. Mientras caminaban, Miguel levantó la vista hacia el cielo y dijo para sí mientras sonreía:

“Va por ti, Sofía”.

Vilanova i la Geltrú,  
27 de enero de 2007